

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Especialización en Periodismo Cultural



Trabajo Integrador Final
Estudiante: Yael Natalia Tejero Yosovitch
DNI: 31422538 - yael.tejero@gmail.com
Cohorte: 2013-2014
Director: Dr. Enrique Schmukler

Título:

Mirando al sur:
Un análisis de *Los suicidas del fin del mundo* (2005), de Leila Guerriero, y *Falsa Calma* (2005), de María Sonia Cristoff

Índice

| | |
|---|-----------|
| Agradecimientos y dedicatorias..... | 5 |
| Introducción..... | 6 |
| 1. La crónica: diario de viaje..... | 13 |
| 1.1. Orígenes irremontables..... | 13 |
| 1.2. Ornitología de la crónica..... | 20 |
| 1.3. Dos espacios, dos definiciones..... | 28 |
| 2. Terra (in)cógnita..... | 34 |
| 2.1. Una tradición vasta e incommensurable..... | 34 |
| 2.2. La crónica como mapa..... | 43 |
| 2.3. El lugar del viento..... | 51 |
| 3. Crónica cultural..... | 56 |
| 3.1. Las problemáticas culturales..... | 56 |
| 3.2. Gone with the wind..... | 57 |
| 3.2.1. La comunidad y el suicidio..... | 57 |
| 3.2.2. La comunidad y la nación..... | 64 |
| 3.3. La tensión de las dicotomías..... | 68 |

| | |
|--|------------|
| 3.3.1. La comunidad otra..... | 74 |
| 3.3.2. La alteridad propia..... | 78 |
| 3.4. Entre la nada y el petróleo..... | 83 |
| 3.5. El hilado cultural..... | 88 |
| 4. El documento disperso..... | 93 |
| 4.1. Del documento al archivo..... | 93 |
| 4.2. Del vacío documental al archivo que relata..... | 97 |
| 5. Conclusiones..... | 101 |
| 6. Bibliografía..... | 106 |

Dedicatorias y agradecimientos

Antes de iniciar las páginas de este trabajo, quiero destinar mi agradecimiento principal y mi dedicatoria a Silvia, mi madre, por su energía, su confianza y su amor incondicional. A mi tío Leonardo, por sus colores y sus paisajes. Y a mi padre, mis abuelas y abuelos, siempre presentes, acompañándome desde donde estén. A mi hermana Raquel por su calidez incondicional. A Silvia Borneana por todo su afecto.

Quiero expresar un especial agradecimiento a mis colegas y amigos Claudia Fernández Silva, Elena Vinelli, Mariano Massone, Carolina Bartalini, Lucía Di Salvo, Paula Rey, Leonel Tribilsi, Judith Slodky, Magdalena Barbalato, Ailin Nacucchio, Magalí Haberman, Juan Ignacio Pisano, por todas las charlas que hemos compartido, el apoyo constante, las recomendaciones bibliográficas y los préstamos de libros. Agradezco también a Alicia Montes y a Núria Sabaté Llobera, quienes respondieron amablemente a mis consultas bibliográficas y me facilitaron materiales complementarios.

Agradezco especialmente a María Sonia Cristoff y a Leila Guerriero, por sus maravillosos textos, que hicieron posible este humilde TIF.

También quiero expresar mi gratitud a todos los profesores, profesoras y personal no docente de la Especialización en Periodismo Cultural de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata y a los compañeros y compañeras que tuve la suerte de conocer. A Enrique Schmukler, por su dirección e interlocución constante.

Agradezco también a mis directores de tesis doctoral en curso, Armando V. Minguzzi y Marcelo Topuzian, que alentaron la culminación de este TIF y aceptaron con amabilidad los paréntesis que este trabajo impuso a mi investigación doctoral.

A Farmacia Pinal, por una historia centenaria de trabajo y esfuerzo.

A la educación pública argentina.

Introducción

La crónica como práctica periodística y literaria y el territorio como arena de disputas políticas e ideológicas son cuestiones enlazadas desde siempre. Cuando el cronista se sumerge en un espacio desconocido, se abre a diversas formas de alteridad, incluyendo también la que se inscribe en la subjetividad de quien observa, pregunta y registra. El territorio es un objeto de interés científico-social antiquísimo, aunque no por eso pierde vigencia. Ha sido el eje vertebrador de muchas de las historias que nuestros/as escritores/as han querido contar en las crónicas publicadas en la Argentina y otros países de habla hispana en los últimos años. Entre los más importantes y reconocidos, podemos mencionar a Cristian Alarcón y sus libros *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* (2003) y *Si me querés, quereme transa* (2010). En el primero se ocupa de la violencia policial, el desamparo y la solidaridad en las villas de San Fernando, mientras que en el segundo investiga el narcotráfico dentro de un barrio marginal de la Ciudad de Buenos Aires. En torno a la primera crónica, Mariana Enriquez sostiene: “El libro no es sólo un relato sobre la marginalidad y la acción criminal del aparato policial y el Estado sino que se inserta en una práctica política”¹. Se trata de una práctica política que se desarrolla en un espacio territorial urbano o suburbano y que convoca la problemática del poder. Otro referente importante es el periodista argentino residente en España, Roberto Herrscher, autor de *Los viajes de Penélope* (2007), que narra su visita al barco malvinense “Penélope”, donde también se reencuentra con su propia historia como ex combatiente de la Guerra de Malvinas.

Ya en la segunda década del siglo XXI encontramos una prolífica cantidad de publicaciones. En 2014, Sonia Budassi publica *La frontera imposible. Israel-Palestina*, donde la mirada no se limita solo al conflicto bélico en el espacio territorial palestino-israelí, sino que también se ocupa del espacio virtual de las redes sociales y los bastiones digitales en el que se enfrentan los distintos actores políticos. En el mismo año, sale a las librerías *El agua mala. Crónica de Epecuén y las casas hundidas*, de Josefina Licitra. La obra revisa la historia del célebre balneario que en 1985 sufre una inundación fatal que destruye el pueblo por completo y a toda la comunidad que vivía de las propiedades naturales de sus aguas. La obra examina con detalle los anuncios del desastre y la negligencia política que, en un contexto postdictatorial, condujo a Epecuén a la ruina. Licitra también es autora de *Los otros. Una historia del Conurbano bonaerense* (2011), donde el espacio suburbano es el eje central. En cuanto a los territorios de los confines, Federico Bianchini escribe *Antártida. 25 días encerrado en el hielo* (2016), donde describe las bases argentinas en dicho

¹ Enriquez, Mariana. “Silban las balas”. En Página/12, 28 de septiembre de 2003. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-754-2003-09-28.html>. Fecha de la última consulta: 22 de julio de 2019.

territorio y las actividades científicas que allí se realizan. A través de las historias que vive y recoge en ese viaje, da cuenta de la experiencia de extremar límites y sentidos, algo que ya había explorado en *Desafiar el cuerpo. Del dolor a la gloria. El deporte llevado al extremo* (2014) y más recientemente en *Cuerpos al límite. Cómo engañar a la mente para lograr lo imposible* (2017). En *Antártida*, además de los retos que el territorio le impone al cuerpo (lo cual implica la obediencia absoluta a las reglas que permiten la supervivencia), el cronista se enfrenta a un desafío retórico que consiste en la construcción de tropos para representar un escenario poco habitual. Este texto también pone sobre la mesa la importancia de la soberanía no solo territorial sino también científica. En la disputa sobre este terreno también encontramos la crónica *Gigantes. La guerra de los dinosaurios en la Patagonia* (2015), de Miguel Prenz, donde una serie de hallazgos paleontológicos se presenta como salvación ante la crisis petrolera de los años '90, lo cual permitió la explotación turística de la región, pero que implicó a su vez un fuerte conflicto entre intendentes, directores de museos y paleontólogos.

Se incorpora al terreno de la historia criminalística del país el cronista Javier Sinaí con su obra *Los crímenes de Moises Ville. Una historia de gauchos y judíos* (2013), donde reconstruye una serie de asesinatos de colonos israelitas llegados de Ucrania, ocurridos entre 1889 y 1906 en la histórica colonia santafesina. Desde una perspectiva más autobiográfica, la periodista y escritora Mariana Enríquez publica *Alguien camina sobre tu tumba. Mis viajes a cementerios* (2013), donde las necrópolis del mundo se convierten en espacio de recorridos, indagaciones y encrucijadas entre la historia general y personal. Enríquez ha escrito novelas y cuentos y es una de las más importantes periodistas culturales de *Página/12*. Ha cultivado también el perfil biográfico, género que explora de manera exquisita en su libro *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo*, publicado en 2014.

Un año antes de la primera movilización del colectivo “Ni una menos” contra los femicidios y la violencia de género², Selva Almada publica *Chicas muertas* (2014), donde investiga tres crímenes impunes ocurridos en Entre Ríos en la década de 1980. En este texto recupera la memoria de las víctimas (cuyas muertes permanecen sin condena), denuncia la violencia patriarcal y el abandono que sufrieron estos casos, como tantos otros.

Hemos mencionado apenas algunas de las crónicas publicadas en los últimos años escritas por cronistas argentinos/as, a los que se suma una enorme cantidad de antologías donde el espacio y el territorio (urbano, rural o de cualquier otra índole) asume un lugar preponderante en la mirada de quien escribe. Tal como señala Enríquez a propósito de Alarcón, esa posición también supone una

² Masiva movilización ocurrida el 3 de junio de 2015 en Buenos Aires en ocasión del femicidio de Chiara Paez y de una enorme cantidad de víctimas de violencia de género. <https://www.perfil.com/noticias/sociedad/como-surgio-movimiento-ni-una-menos-2015.phtml>. Para más información, consultar Peker, Luciana (2017). *La revolución de las mujeres*. Buenos Aires, Eduvim.

afirmación política. Bajo ciertas concepciones, el territorio equivale a un espacio de inscripción de cultura, puesto que ya no existen territorios plenamente “naturales” sino que todos han sido marcados por acontecimientos históricos y hoy son áreas de distribución de instituciones y prácticas culturales apropiadas subjetivamente como objeto de representación, de apego y de pertenencia socioterritorial (Giménez, 1996, p. 14-15; Sosa Velásquez, 2012, p. 99). Por eso, el territorio como problemática siempre implica por añadidura alguna forma de comunidad, pues es un espacio con el que la colectividad se identifica, representa y construye en tanto que objeto de apropiación, construcción y cambio (Sosa Velásquez, 2012, p. 99-100). Por otro lado, la cuestión del territorio también supone la alusión al problema de la energía, los recursos naturales y el medioambiente. Una serie de fenómenos del presente y el pasado reciente demuestran la pertinencia de la problemática territorial y social: el avance del fracking, la megaminería o el abuso de agrotóxicos en distintas regiones del país, cuyas comunidades se han visto movilizadas en respuesta a estas prácticas nocivas y contaminantes. Por todo lo dicho, consideramos fundamental el lugar que la crónica mantiene y el desafío político que encara en el presente. Siguiendo esta premisa, nuestro corpus se constituye de dos obras publicadas en el año 2005: *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico*, de Leila Guerriero y *Falsa calma. Un recorrido por los pueblos fantasma de la Patagonia*, de María Sonia Cristoff. Ambas obras construyen recorridos, personajes y ambientes y recrean testimonios y personajes que más o menos explícitamente dan cuenta de los efectos devastadores que las políticas neoliberales de los años '90 tuvieron en la Argentina de comienzos del siglo XXI. El primero se estructura en trece episodios donde la cronista recoge testimonios de una ola de suicidios acontecidos entre 1997 y 2001 en la localidad de Las Heras (Provincia de Santa Cruz), una problemática social que no ha llegado a los periódicos de tirada masiva ni a los noticieros que desde Buenos Aires dicen mostrar la realidad del país. A través de los relatos de los testimoniados, Guerriero reconstruye la vida cotidiana de Las Heras, la historia política y social del pueblo y las problemáticas sociales que atraviesan a la comunidad. Por su parte, Cristoff se ocupa de un conjunto de pueblos patagónicos y en cada capítulo pone el foco en distintos personajes. El capítulo diez, que cierra el libro, está destinado a Las Heras y la historia de los suicidios. En el resto de los episodios la cronista visita las localidades de Cañadón Seco, Pico Truncado (Provincia de Santa Cruz), Maquinchao, El Cuy y El Caín (Provincia de Río Negro).

Nacida en 1967 en la ciudad de Junín, Provincia de Buenos Aires, Leila Guerriero comenzó su carrera periodística en el año 1991, en la revista *Página/30*. A partir de ese momento, sus textos fueron publicados en diversos medios, entre los cuales se encuentran *La Nación* y *Rolling Stone* (Argentina), *El País* y *Vanity Fair* (España), *El Malpensante* y *Soho* (Colombia), *Etiqueta negra* (Perú), *Gatopardo* y *Letras Libres* (México), *Paula* y *El Mercurio* (Chile), *Granta* (Reino Unido), *Lettre Internationale* (Alemania y Rumania) y *L'Internazionale* (Italia), entre otras. Recibió varios

premios como el CEMEX-FNPI. Sus textos fueron incluidos en antologías de crónicas tales como *La Argentina crónica* (Planeta, 2007), *Mejor que la ficción* (Anagrama, 2012) y *Antología de la crónica latinoamericana actual* (Alfaguara, 2012), entre otras. Es autora de varios libros donde cultiva diversos géneros periodísticos. En *Frutos extraños* (Aguilar, 2009) compila una serie de perfiles de personajes excéntricos como “El clon de Freddy Mercury”, que narra la historia de Homero, un imitador del célebre cantante; o “El rey de la carne”, donde se perfila la figura y el entorno del empresario ganadero Alberto Samid. Además, la compilación incorpora crónicas sobre variados temas como problemáticas de género, las empresas de venta directa o incluso la vida en la Patagonia. También ha publicado libros como *Una historia sencilla* (Anagrama, 2013), en el que se ocupa del mítico festival de Malambo de Laborde, ampliamente conocido entre los cultores del género pero prácticamente ignoto para el conjunto de la sociedad argentina. En esta obra se ponen en juego tres problemas que serán centrales en *Los suicidas del fin del mundo*: la relación entre comunidad, territorio y nación. Otro libro de perfiles escrito por Leila Guerriero es *Plano americano* (Universidad Diego Portales, 2013), donde se ocupa de distintos escritores, artistas e intelectuales como Pedro Henríquez Ureña, Idea Vilariño, Nicanor Parra, Aurora Venturini o Roberto Arlt, entre otros. Sus ensayos sobre periodismo narrativo fueron compilados en la antología *Zona de obras* (Anagrama, 2014), donde encontramos piezas de un enorme valor para la reflexión sobre el género. Recientemente ha salido a la luz su libro *Opus Gelber. Retrato de un pianista* (Anagrama, 2019) dedicado a la vida del músico argentino Bruno Gelber.

Como compiladora, Guerriero editó la antología *Los malditos* (Universidad Diego Portales, 2011), donde recoge perfiles de distintos artistas latinoamericanos (Alejandra Pizarnik, Gustavo Escanlar, Jorge Barón Biza, entre otros) escritos por autores de renombre como Alan Pauls, Mariana Enríquez, Alberto Fuguet o Juan José Becerra. Asimismo, como resultado de un taller de periodismo narrativo dirigido por ella misma, compiló la antología *Voltios. La crisis energética y la deuda eléctrica* (Planeta, 2017), donde se investigan las causas de los cortes de suministro eléctrico en la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano bonaerense. Es responsable de la selección y edición de artículos de Javier Cercas publicados bajo el título *Formas de ocultarse* (Universidad Diego Portales, 2016) y dirige la colección “Mirada crónica”, de la editorial Tusquets, donde han publicado sus obras Hinde Pomeraniec, Daniel Riera, Federico Bianchini, Javier Sinay, Miguel Prenz, Andrés Burgo, Victoria de Masi, Gabriela Saidon, entre otros.

María Sonia Cristoff nació en Trelew en 1965. Se graduó en Letras en la Universidad de Buenos Aires. Publicó *Desubicados* (Sudamericana, 2006), un libro donde una narradora en primera persona explora las contradicciones de la experiencia urbana y encuentra en el zoológico un espacio donde detenerse a pensar. En este texto, breve y contundente a la vez, podemos encontrar una aproximación a la dimensión animal de la comunidad humana. También expone un nutrido

anecdótico sobre estos espacios ya anacrónicos en el mapa de la ciudad posmoderna. La experiencia de deambular también está presente en *Bajo influencia* (Edhasa, 2010), donde cobra protagonismo el encuentro de dos personajes en la ciudad, Cecilio y Tonia, quienes emprenden un proyecto artístico vinculado con el arte conceptual. “(...) la aparición de *Bajo influencia*, segunda novela de María Sonia Cristoff, se destaca en la narrativa actual por plantear mediante la observación corrosiva del mundo del arte –y sus protagonistas de galería– una reflexión sobre la ‘hechura’ del arte contemporáneo y la recepción de su consumidor” (De Mello, 2011). En 2014, Cristoff publica la novela *Inclúyanme afuera* (Mardulce, 2014), que cuenta la historia de Mara, una intérprete que decide radicarse en un pueblo distante de la ciudad y llevar adelante un proyecto excéntrico que consiste en el arte de mantenerse en silencio durante un año. Para eso, consigue un empleo como guardia de museo, una labor que acompaña su misión de callar. El personaje minimiza su interacción con los demás, pero no con el lector, con quien comparte su experiencia y enuncia las reglas de un protocolo que funciona como subtexto: el manual de retórica del silencio que ella misma ha confeccionado para llevar adelante su propósito. Además, se intercalan una serie de anotaciones sobre (inter)textos afines a los temas de la novela. Estas notas de algún modo complementan los silencios del personaje convocando sentidos que parecen digresivos pero convergen en los aspectos centrales de la mirada de Mara.

Más recientemente, la autora publica *Mal de época* (Mardulce, 2017), una novela que narra dos historias de forma paralela: por un lado, la trama de FG, un personaje que recuerda una guerra o quizás la inventa y se arroga una misión de la que poco se sabe; por otro lado, un narrador o narradora que investiga en torno a la figura de Albert Dadas, un paciente psiquiátrico del siglo XIX cuya patología consistía en la fuga constante. Cristoff también editó las compilaciones *Acento extranjero* (Sudamericana, 2000), *Geografías literarias* (Cántaro, 2005), *Idea crónica* (Beatriz Viterbo, 2006), *Pasaje a Oriente* (Fondo de Cultura Económica, 2009). Algunos de sus textos fueron incluidos en antologías como *Crítica del Testimonio* (Beatriz Viterbo, 2009) y *Buenos Aires, la ciudad como plano* (La Bestia Equilátera, 2010).

Si bien existen pocos trabajos académicos sobre las autoras, hay un creciente interés periodístico y una importante gravitación de ambas figuras en el ámbito de la literatura y la no ficción latinoamericana. *Los suicidas del fin del mundo* ha sido una crónica de importancia capital en la trayectoria de Leila Guerriero y es indudable que la publicación de *Falsa calma* el mismo año habla de un modo de procesar los efectos de la crisis y los conflictos políticos finiseculares vistos desde la perspectiva del aislamiento. Estos textos que bien pueden ser considerados inaugurales de la no ficción contemporánea en relación al territorio (del que otrora se ocuparan textos fundacionales de la literatura argentina) proponen la apertura de una nueva etapa de la imaginación espacial en el siglo XXI. Ambas crónicas revisan la contracara de los proyectos de nación tras el derrumbe social

de la crisis del 2001. Nuestra hipótesis es que las dos crónicas exploran y representan distintas formas de comunidad y alteridad. El espacio/territorio/paisaje, el testimonio, el intertexto y el documento son todos elementos constituidos como componentes externos que se integran en los relatos a través de un tejido que las cronistas construyen para oponer al aislamiento una forma de integración. En *Los suicidas del fin del mundo*, Guerriero se apropia del territorio para construir un paisaje integrado a los testimonios y elabora, a través de los relatos, una determinada forma de comunidad que la cronista representa como respuesta a la catástrofe social. En *Falsa calma*, la cohesión entre trama, testimonio e intertexto funciona como una matriz que atraviesa todos los capítulos. En las distintas partes de este trabajo intentaremos dar cuenta de esta hipótesis a partir de distintos ejes de lectura.

Con esta finalidad, el primer capítulo, titulado “La crónica: diario de viaje”, está destinado a la historia y las características del género crónica y al modo en que las autoras caracterizan su labor y sus producciones a través de prólogos o ensayos. El primer apartado intenta delinear una historia posible –no la única– del género crónica y remontarse a los orígenes desde el punto de vista de quienes han relevado aspectos fundamentales. El segundo apartado del primer capítulo se aproxima a las características de la crónica en América Latina, pero recalca en problemas teóricos sobre el género. En él se recuperan las problematizaciones más recientes que la noción de género discursivo o literario permiten hacer a la historiografía literaria, en particular, a la historia del género crónica. El tercer apartado avanza sobre las caracterizaciones que las propias autoras han hecho sobre la no ficción. Se busca que el recorrido planteado en el segundo apartado permita iluminar las reflexiones metagenéricas que las autoras proponen para su propia producción, tanto en prólogos y ensayos como en las crónicas mismas.

El segundo capítulo, titulado “Terra (in)cognita” analiza el problema del espacio, el territorio y el paisaje en las dos obras. Para eso, se inicia con un primer apartado que releva de manera muy breve la forma en que los discursos escritos han configurado el espacio de la llanura y la Patagonia. Para eso, apelamos a textos críticos que han hecho una tarea fundamental de investigación sobre el tema. En el segundo apartado, se analiza el modo en que ambas crónicas representan y problematizan la relación entre el mapa y el territorio cuando se aproximan al espacio geográfico que es objeto de la crónica. El tercer apartado se ocupa de los modos de representación del viento como fenómeno que revela múltiples sentidos en la narración y en los testimonios.

El tercer capítulo, “Crónica cultural”, aborda problemáticas culturales que ambos textos ponen en un lugar central. En el primer ítem, el abordaje del caso de los suicidios masivos de Las Heras es atravesado por cuestiones como la comunidad y la nación. Estos problemas atraviesan también todos los apartados siguientes donde se analiza la representación y el posicionamiento de las autoras en torno a la dicotomía “civilización y barbarie”, las formas de comunidad que se

construyen frente al aislamiento y la desintegración, las prácticas culturales en tensión y la relación entre las condiciones materiales, las formas de producción y la comunidad.

Finalmente, el cuarto capítulo, “El documento disperso”, se ocupa del modo en que las cronistas apelan al trabajo documental, al modo en que ambas incorporan el documento al texto y al uso que de él se hace para construir un archivo capaz de narrar una historia. Asimismo, también se analiza la forma en que ambas autoras proceden ante el vacío documental que encuentran en el proceso de escritura. Las “Conclusiones” intentarán recuperar el análisis que cada capítulo ofrece respecto de las distintas formas de alteridad señaladas. Además, esta recapitulación será analizada partir de las reflexiones metagenéricas que ambas autoras proponen y de la hipótesis que hemos planteado en esta introducción.

1. La crónica: diario de viaje

1.1. Orígenes irremontables

Quizás por el uso del mismo vocablo, se suele ubicar el origen de la crónica en las crónicas de Indias u otro tipo de crónicas generales históricas (aunque existen otros vínculos históricos que enlazan ambos géneros). En el prólogo al libro *Mejor que la ficción* (2012), el escritor español Jorge Carrión (1976) presenta un resumen muy pertinente para pensar en la tradición de los distintos géneros que derivan en la crónica actual. El autor se remonta a las crónicas que históricamente hicieron referencia a biografías, genealogías e historias de poder en torno a guerreros, reyes, nobles o imperios. Sin embargo, mientras que los libros de viajes maravillosos, de cruzadas y de conquistas se escribieron con la voluntad de justificar intereses, la crónica actual a menudo intenta denunciar estructuras de poder (Carrión, 2012). A propósito del universo textual en torno al descubrimiento y la conquista de América, Walter Mignolo ofrece una gran cantidad de estudios pormenorizados sobre la emergencia y el desarrollo de diversos géneros discursivos. Entre la pluralidad de obras de este autor, destacamos el artículo “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista” (1982), un estudio que divide su abordaje entre varios tipos de textos: Cartas relatorias, relaciones, crónicas y un conjunto de producciones que denomina “familia textual”. En primer lugar, el autor se ocupa de las cartas relatorias, como las de Cristóbal Colón o Hernán Cortés: misivas que relatan con cierto detalle un acontecimiento en particular. Se distinguen así del gran cúmulo de correspondencia que se intercambiaba entre los conquistadores y la Corona. El objetivo principal de hombres como Colón o Cortés no era el de escribir sino el de “descubrir y conquistar”, puesto que en todas las tierras de las Indias sometidas a la “Majestad Imperial” había orden y mandato de dar informe fidedigno de lo que se llevaba a cabo (Mignolo, 1982, p. 59). Entre los textos pertenecientes a esta subdivisión, Mignolo ubica el *Diario de navegación*, de Colón, que combina estructuras de cartas y diarios y da inicio a un cambio en el concepto de habitabilidad del orbe³. Las cartas y diarios son “informes de una empresa política y comercial y el testimonio de la imaginaria y las obsesiones del sujeto a cargo de tal empresa” (Mignolo, 1982, p. 63). Mignolo ubicará en ese período el momento de la historia cultural en el cual la nominalización del referente (“Indias” o “América”) “entra en litigio” y las cartas de Américo Vespucio (aunque escritas en italiano o latín) encuentran su lugar. Estas cartas también cumplirán una función textual en el cambio del concepto del orbe,

³ Forma parte de lo que el investigador denomina “textos de descubrimiento”, distinto a los “textos de conquista”: “Los textos del descubrimiento se diferencian, de este modo, de los de la conquista no sólo por su tema, sino por la dimensión que tal tema adquiere: en el caso del descubrimiento la carta (información verbal en la que se describe la posición de las nuevas tierras) es complemento de la carta (el mapa, información gráfica donde se diseña la posición de las nuevas tierras): dos sistemas de signos que van articulando una misma modificación conceptual” (Mignolo, 1982, p. 60).

especialmente la carta *Mundus Novus* (1502). Ya en el período de la conquista son las cartas relatorias de Hernán Cortés las que dan cuenta de episodios fundamentales.

En segundo lugar, Mignolo se ocupa de las relaciones, marcando la distinción entre la relación como tipo discursivo y el empleo de la palabra “relación” como relato o informe. El autor analizará las “relaciones de la conquista y de la colonización”, textos que se caracterizan por rasgos pragmáticos y organizativos. En el siglo XVI, el vocablo (versión castellana de las palabras latinas “relatio” o “narratio”) designaba la narración o informe que se hacía de algún hecho sucedido. Una de las características de las relaciones es que ellas no transcribían las observaciones libres de sus autores sino que respondían a pedidos oficiales. Estas respuestas se oficializaron y codificaron a partir de 1574. Existieron diversas manifestaciones de regulaciones sistemáticas de las preguntas a las que debían responder las relaciones⁴. Otros libros, sin llevar el título de relación, seguían el principio organizativo indicado por los cuestionarios pero podían, a la vez, moverse libremente por otros campos⁵. En cuanto a las crónicas, Mignolo sostiene que en la mayoría de los casos, los cronistas “indianos” empleaban el vocablo como sinónimo de “historia”. Tanto las cartas como las relaciones se escribieron con la obligación de informar a la Corona y no con la intención de pasar a la dimensión del libro. Si forman parte de la historia literaria o de la historia de la historiografía, esto no se debe a la intención con la que fueron escritas, sino al cambio epistemológico a través del cual se consolidan dichas disciplinas y se recuperan del pasado aquellos textos relevantes para la investigación. El último grupo de textos se presenta bajo la denominación de “Familia textual”, y en él Mignolo incluye aquellos ejemplares que presentan dificultades para incluirlos como parte de la historiografía, pero se relacionan fuertemente con la familia de textos que está examinando. Además, muestran fuertes evidencias de su carácter “literario” (por ejemplo, *La Araucana*, *El Cautiverio Feliz*, *El Carnero*, etc.).

En cuanto a la crónica y la historia, Mignolo considera necesario recordar la trayectoria y el sentido que tienen ambos vocablos en el siglo XVI como punto de partida para identificar la clase de discursos a la cual alude quien emplea una o ambas palabras para designar lo que escribe. En primer lugar, historia (que proviene del griego) se emplea en la antigua Grecia (y es así como al parecer lo emplea Herodoto), en el sentido de ver o formular preguntas apremiantes a testigos

⁴ Algunas de ellas son, por ejemplo, informar cuáles eran los nombres de las provincias, poblaciones, etc; cuáles fueron los primeros conquistadores; cuáles eran las provincias pobladas por españoles; en qué lugares había minas de metales, piedras, pequería de perlas, etc. También se encuentran asientos sobre qué tierras convenía reservar para futuros pobladores o en qué sitios debía regularse la hacienda y la justicia en nombre de la corona (Cfr. Mignolo, 1982, p. 72). Un caso notorio es el de Juan de Ovando y Godoy, cuya labor estuvo destinada a recoger “relaciones geográficas e históricas” de Indias y que obtuvo en 1568 el cargo de Consejero de la Inquisición y Visitador de Indias. También se menciona el trabajo del Licenciado Salazar de Villasante titulado *Relación general de las poblaciones españolas del Perú* y el de Pedro de Rivera y Antonio de Chávez y de Guevara, titulado *Relación de la Ciudad de Guamanga y sus términos, año 1586* (Mignolo, 1982).

⁵ Tal es el caso de *Geografía y Descripción Universal de las Indias*, de Juan López de Velasco y el *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*, del Padre Antonio Vázquez de Espinosa.

oculares; y significa también el informe de lo visto o lo aprendido por medio de las preguntas. El componente temporal no aparece en el vocablo. Por esta razón, Tácito denomina “anales” al informe de lo pasado y llama “historia” al informe de los tiempos contemporáneos. En los tratados de historiografía de los siglos XVI y XVII se mantiene esa distinción. Crónica, por el contrario, es el vocablo para denominar el informe del pasado o la anotación de los acontecimientos del presente fuertemente estructurados por la secuencia temporal. En su sentido medieval, la crónica es una lista organizada sobre las fechas de los acontecimientos que se desea conservar en la memoria. En el momento en que ambas actividades y vocablos coexisten, es posible hallar crónicas que se asemejan a las historias, es decir, que no se limitan al informe temporal sino que incorporan un discurso bien escrito en el cual el asiento temporal de los acontecimientos se enlaza con las exigencias de la retórica. Con el paso del tiempo, las dos actividades tienden a resumirse en la historia, la cual, por un lado, incorpora el elemento temporal y, por el otro, desplaza a la crónica como actividad verbal. Mignolo demuestra que hacia el siglo XVI, los anaes y crónicas habían ido desapareciendo gradualmente y habían sido reemplazados por la *historiae* (narración del tipo gesta o del tipo *vitae*, que irá de a poco conformando la biografía). Es este, al parecer, el sentido en el que se emplea el vocablo “crónica” en los escritos sobre el descubrimiento y la conquista, como por ejemplo la *Crónica del Peru* (1554), de Cieza de León. Pero también puede emplearse el vocablo “anaes” en lugar de “crónica”, para la narración de acontecimientos “dignos de memoria” que corresponden a la historia. Así, Ruy Díaz de Guzmán titula *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata* (1612) y emplea la palabra para referirse a los “anaes” del descubrimiento⁶. El propósito de la historia (del escribir historia) se caracteriza, por un lado, en un nivel filosófico y, por otro, público. En cuanto al primero, se considera desde Aristóteles que la historia se diferencia de la poesía por ocuparse de verdades particulares, en tanto que la poesía lo hace de generalidades verosímiles. El fin público de las verdades particulares es el de la utilidad comunitaria. Los propósitos, sin embargo, pueden variar de acuerdo a los fines⁷. Es insoslayable el caso de Fray

⁶ En *Historia General y Natural de las Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo es el primero que emplea el vocablo “historia” con plena consciencia de la actividad historiográfica que emprende. Allí se destaca el *Sumario de la Natural Historia*, donde la concepción de la historia natural supone valorar la experiencia en relación al descubrimiento de las nuevas tierras y también el abandono de los lapidarios y bestiarios medievales. Su concepción de historia moral se vincula con la historia como memoria de los hechos notables del pasado y el de la historiografía como discurso escrito capaz de cumplir esa tarea. Esa idea también aparecerá en los *Comentarios Reales del Inca Garcilaso de la Vega*. Otro ejemplo de la concepción de la historia moral aparece en *Hispania Vitrix*, de Francisco de Gómara (compuesta por *Historia General de las Indias* y *La conquista de México*) de 1553. Bernal Díaz del Castillo ofrece otra cara de la *Conquista de Méjico*, focalizada en la figura de los soldados, por eso emplea indistintamente los términos “relación” e “historia”. Esta obra tiene un lugar especial en la historiografía de la conquista no sólo por elevar a los soldados al rango de “personajes dignos de ser historiados” sino también por “el arte de contar”: el empleo de la lengua de “Castilla la vieja” y el conjunto de referencias al refranero, el romancero y los libros de caballería (Mignolo, 1982).

⁷ Para ejemplificar esta cuestión, Mignolo toma un fragmento del prólogo de *Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de Las Casas: “El fin y el propósito se resumen en la frase siguiente: ‘Resta pues afirmar, con verdad solamente moverme a dictar este libro la grandísima y última necesidad que por muchos años a toda España, de verdadera noticia y de lumbre de verdad en todos los estados della cerca deste Indiano Orbe, padecer he visto’ (pag. 12)” (Mignolo, 1982, p. 77). En toda lectura atenta de otros prólogos y enunciados diseminados en las crónicas, se advierten enunciados que

Bartolomé de las Casas y su *Historia de las Indias* así como también su *Apologética Historia*. En el tercer libro de esta obra se propone demostrar la “capacidad racional del indio por sus obras, examinadas de acuerdo al esquema aristotélico de las tres especies de prudencia: monástica, económica y política” (Mignolo, 1982, p. 85). Este texto permite matizar la afirmación de Jorge Carrión cuando sostiene que en las crónicas de Indias predominaba el propósito de justificar estructuras de poder: hubo cronistas, como Las Casas, que también se inclinaron por la denuncia. Asimismo, *Apologética Historia* incluirá la estructura argumentativa dentro del discurso historiográfico, al igual que *Historia Natural y Moral de las Indias*, del padre José de Acosta. La obra de Garcilaso de la Vega muestra, según Mignolo, el modo en que cambia la formación discursiva historiográfica hacia el siglo XVII. La tendencia más notable gira hacia historias particulares y eclesiásticas, por sobre las generales, naturales y morales. Una razón estriba en el interés creciente por el conocimiento de regiones específicas y en la tendencia historiográfica que se inclina por concentrar la concepción del relato histórico tanto en sus fines (rescatar del olvido los hechos notables para bien de la comunidad) como en sus medios.

Entre los siglos XVII y XVIII se desarrollaron algunos procesos que son fundamentales para la evolución ulterior del género: la expansión de los periódicos en Europa y América y la emergencia de la novela moderna. Es durante ese período que se gesta lo que ya en el siglo XIX se evidenciaría como el proceso de profesionalización del escritor a partir de la emergencia de la prensa masiva. Los primeros periodistas modernos en lengua española como Ricardo Palma o Mariano José de Larra, ya en el siglo XIX, dejaron de lado el relato de lo colectivo y lo público para priorizar el retrato de lo particular y privado: “de modo que el cronista deviene moralista nacional y analista de lo individual” (Carrión, 2012, p.22). La mirada nacional también está presente en aquellas figuras políticas e intelectuales que, en los procesos de independencia de las colonias españolas, divulgaron sus ideas a través de crónicas, ensayos y diarios de viaje. En ese entonces, en lo que hoy es Argentina, los escritores exploraron en torno al modelo escriturario de los viajeros y exploradores europeos. Tal es el caso *Facundo* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), un texto de difícil definición genérica, que combina elementos de la biografía, el ensayo y la novela, entre otros registros, y que fue originalmente publicado por entregas en el periódico chileno *El progreso* en el exilio del autor durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas.

Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, la renovación literaria que implicó el modernismo como movimiento latinoamericano supuso también el pasaje del nacionalismo local al cosmopolitismo. Algunos de los autores pertenecientes a este movimiento –por ejemplo, José Martí

no son descriptivo-narrativos sino “palabra del historiador”, donde éste toma posición y hace explícitas las reglas del juego que adopta. Este entramado entre narración, descripción y enunciados reflexivos sobre la crónica reaparecerá en los textos contemporáneos y en los debates sobre el género discursivo en cuestión. La reflexión metatextual sobre el género en el género mismo no es nueva en la historia de la literatura o de la retórica.

(1853-1895) o Rubén Darío (1867-1916) – cultivaron la crónica como género y, por su práctica poética, hicieron uso de recursos del simbolismo, entre otras corrientes. Carrión señala que, entrado el siglo XX, es la ciudad –y no el país– la patria de los cronistas. Esos cuadros costumbristas del siglo XIX y las crónicas de los modernistas de corte poético-filosófico de principios del siglo XX son claros antecedentes de la no ficción de los últimos años. La crítica académica también reconoce la huella que la crónica costumbrista y el modernismo hispanoamericano del siglo XIX legaron a la crónica actual. Mónica Bernabé sostiene que el cronista burlón de las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma se deja oír en el humor y la ironía de los cronistas contemporáneos (cfr. 2006, p. 16). Sin embargo, Alicia Montes agrega que en estos últimos, la cadencia está marcada por el culturalismo y por eso prefieren abandonar los estereotipos y las generalizaciones por medio de las cuales, en el siglo XIX, se presentaba lo diferente (cfr. 2014, p.18). La etapa modernista en el cambio de siglo configura al género como “vidriera” de las contradicciones del proceso de modernización; estetiza el progreso y registra la miseria y la explotación. La crónica finisecular y los relatos publicados a comienzos del siglo XX incorporan lo cotidiano, que “la literatura de la torre de marfil” había relegado como secundario y habilita la incorporación del lenguaje literario al periodismo y de los temas que tradicionalmente pertenecieron a la esfera periodística, a la literatura (Rotker, 1995; Montes, 2014).

Pero estos escritores en lengua castellana que produjeron su obra en el cambio del siglo XIX al XX (entre los que también se incluían José Enrique Rodó, Amado Nervo o Enrique Gómez Carrillo) no invocaron a los cronistas de Indias como sus antepasados. Es recién con el fenómeno del Boom Latinoamericano de los años '60 y '70 cuando podemos encontrar la construcción de ese linaje que remite a los cronistas de Indias y que luego fue reapropiado por la escritura de no ficción. Según el escritor colombiano Darío Jaramillo Agudelo (1947), editor y prologuista de la *Antología de la crónica latinoamericana actual* (2012), este género vertebró toda la historia literaria de la Argentina: desde Sarmiento hasta las obras de Rodolfo Walsh (1927-1977), pasando por las *Aguafuertes Porteñas* de Roberto Arlt (1900-1942), publicadas entre 1928 y 1933 en el periódico *El mundo*. La figura de Rodolfo Walsh cultivó este género dentro de las coordenadas políticas propias de su país. En la revista *Mayoría*, fundada en 1957 por impulso de los hermanos Bruno y Tulio Jacovella, se desarrolló un trabajo de divulgación del revisionismo histórico. Allí se publicaron por entrega las obras *Operación Masacre* (1957) y *Caso Satanowsky* (1973):

Es una revista cultural donde podemos rastrear los orígenes de un ‘nuevo periodismo’, una modalidad narrativa cuya historia anglosajona suele indicar a Truman Capote como padre fundador, aunque los trabajos de Walsh en Argentina se anticiparon a él varios años (Badenes, 2017, p. 153-154).

A menudo se vincula el desarrollo del periodismo narrativo latinoamericano con la tradición norteamericana (y con autores como Truman Capote, Norman Mailer, Gay Talese, Tom Wolfe, John Hersey) o europea (con casos como Oriana Fallaci, Günther Walraff y Ryszard Kapuściński). Sin

embargo, la crónica en América Latina tiene su propia historia. Mientras que los escritores modernistas hicieron de sus crónicas “pequeños poemas en prosa de contundente actualidad”, los novelistas del medio siglo le dieron estructura, construyeron personajes e hicieron uso de flashbacks, monólogos interiores y de organización en capítulos (Cfr. Carrión, 2012, p. 25).

Con el inicio de la última dictadura militar en Argentina (1976-1983), comenzó no sólo una etapa represiva de fuerte silenciamiento de los medios de comunicación sino también un proceso de concentración mediática que continuaría posteriormente durante los años '90. La labor de compromiso político de Walsh y otros tantos periodistas fue constante a través de la colaboración en la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) y en Cadena Informativa, que “proveyó datos duros a medios de comunicación, embajadas y políticos, entre otros destinatarios, para romper el cerco informativo” (Igal, *Anfibia*, s/f)⁸.

Los inicios de los períodos dictatoriales en países de América Latina coincidieron con el final del Franquismo en España. Carrión ve en ese contexto político una de las causas del desencuentro entre las miradas de los cronistas españoles y los latinoamericanos: Asimismo, también el periodismo narrativo hispanoamericano y el norteamericano sufrieron destiempos:

La herencia del modernismo y del Nuevo Periodismo americano, por tanto, es asumida en un contexto convulso, entre el duelo por los desaparecidos y la irrupción del neoliberalismo, entre la muerte de la revolución y el nuevo imaginario global, entre el fin de la Ciudad Letrada y la transformación de Buenos Aires, Lima, Caracas o México D. F. en megalópolis difusas. Una posmodernidad herida (Carrión, 2012, p. 34).

El regreso de la democracia en los países de América Latina, y particularmente en Argentina, presenta a la literatura y al periodismo muchos desafíos políticos y culturales vinculados con la construcción de una cultura democrática. Entre finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, la crónica latinoamericana se desarrolla en una extensa red de revistas editadas en diferentes ciudades del continente, generando así una conciencia de comunidad panhispánica⁹. El género migró al formato libro y comenzó a figurar en las listas de los más vendidos. Este boom editorial brindó condiciones para la gestión de espacios de intercambio y formación. La masivización de Internet como fenómeno contemporáneo también permite la ampliación del espacio de la crónica a través de revistas digitales o blogs. El espacio que la crónica hispanoamericana perdió en los diarios, lo pudo recuperar parcialmente en revistas de periodismo narrativo o crítica cultural y en redes inmateriales como Internet. Dos hitos dieron cohesión a esta red de periodismo narrativo y literatura de no

⁸ También es importante destacar el rol de Prensa Latina, la agencia de origen cubana, fundada entre otros por Walsh a instancias de la Revolución de 1959. A causa de la persecución ejercida por la Triple A y luego con la llegada de los militares al poder, el trabajo de la agencia se tornó cada vez más riesgoso. Diversas corresponsalías extranjeras colaboraron denunciando en el exterior los crímenes de la Dictadura. La publicación de la “Carta Abierta de un escritor a la Junta Militar”, en el primer aniversario del golpe (1977), fue el acto de mayor compromiso de Rodolfo Walsh antes de su secuestro y desaparición (Igal, Diego. “Todos los misterios de la carta de Walsh”, *Revista Anfibia*, s/f. Disponible en: <http://www.revistaanfibia.com/cronica/todos-los-misterios-la-carta-walsh>).

⁹ Mencionamos algunas a modo de ejemplo: *Etiqueta negra* (Perú), *Gatopardo* (Colombia, Argentina y México), *El malpensante* y *Soho* (Colombia), *Lamujerdemivida* y *Orsái* (Argentina), *Pie Izquierdo* (Bolivia), *Marcapasos* (Venezuela), *Letras libres* (México), *The clinic* y *Paula* (Chile).

ficción: la creación de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, creada por el escritor colombiano en 1995, y la apertura de la Fundación Tomás Eloy Martínez, que desde 2010, tras la muerte del escritor, se propone custodiar su legado y promover el periodismo a través de actividades de debate, reflexión, talleres y difusión.

La importancia de la crónica en el contexto actual no se vincula solamente con el auge del periodismo digital sino que responde a una trama histórica compleja donde los medios de comunicación son arena de disputa permanente. En el caso puntual de la Argentina, la historia del período democrático está profundamente marcada por las consecuencias de la dictadura. Durante el gobierno de Carlos Menem (1989-1999), se emitió un decreto que se sumó a la ley de Radiodifusión de la Dictadura y que habilitó la formación de multimedios¹⁰. En los últimos años, un conjunto de publicaciones culturales independientes argentinas resiste a los oligopolios¹¹. Según Cora Gornitzky, este tejido diverso de publicaciones conforman toda una constelación cultural que disputa sentidos y explica en buena medida el pulso de la nueva narrativa periodística local (2017, p. 220). La especialista se refiere a la Asociación de Revistas Culturales Independientes (ARECIA), que agrupa a unas 200 publicaciones autogestionadas entre las cuales se encuentran *Revista Mu*, *Revista Nan*, *Periódico Vas*, *Hecho en Buenos Aires*, *La Balandra*, *Periódico Andén*, entre otras¹². “Con rigor narrativo, con una poética innovadora, con nuevas preguntas, toman riesgos estéticos y políticos para abrir lo que el poder obtura” (Gornitzky, 2017, p. 220). Se suman a esta constelación cultural todas las publicaciones –impresas o digitales– que a través de la autogestión o del apoyo institucional, convergen en la disputa por contar la realidad¹³.

En un contexto de poder corporativo cada vez más hegemónico, de militancia periodística y de discusiones académicas sobre la literatura testimonial y/o documental, los periodistas o escritores de no ficción asumen tareas a caballo entre ambos campos culturales –el literario y el periodístico– ofreciendo un trabajo de compromiso con la tarea que emprenden. Da cuenta de ello el Festival de No ficción “Basado en hechos reales”, realizado en Buenos Aires en 2017, donde distintos escritores disertaron, conversaron y ofrecieron talleres sobre el periodismo narrativo y de investigación.

¹⁰ “Con el triunfo electoral de Carlos Menem en 1989, se abrió una década signada por la espectacularización de la política y una concentración de medios centrada en el negocio televisivo. Una década en la que se mercantilizó cada vez más el quehacer periodístico, se precarizaron las condiciones de trabajo y primaron las modas y la cultura del entretenimiento” (Badenes, 2017, p. 207).

¹¹ “Lo cierto es que este tejido diverso de publicaciones, que conforman toda una constelación cultural que disputa sentidos, explica en buena medida el pulso de la nueva narrativa periodística local. La Asociación de Revistas Culturales Independientes (ARECIA) agrupa a unas 200 revistas, buena parte de estos emprendimientos editoriales. [...] Con rigor narrativo, con una poética innovadora, con nuevas preguntas, toman riesgos estéticos y políticos para abrir lo que el poder obtura” (Gornitzky, 2017, p.220).

¹² Para más información, consultar <http://revistasculturales.org/>.

¹³ Algunas nacen en ámbitos académicos, como es el caso de *Anfibia* de la Universidad Nacional de San Martín. Otras surgen de la autogestión, como revista *Cítrica*, compuesta en su mayoría por ex periodistas del diario *Crítica*.

Las dos autoras cuyas obras nos proponemos analizar forman parte de una generación de escritores preocupados por la construcción de una mirada de lo real que nada tiene que ver con la presunción de objetividad de los medios hegemónicos concentrados al calor de las políticas neoliberales. En *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico* (2005), Leila Guerriero investiga una ola de suicidios ocurrida en el pueblo de Las Heras entre 1998 y 2001 poniendo el foco en las realidades que a duras penas son noticia a nivel nacional. En *Falsa calma. Un recorrido por pueblos fantasma de la Patagonia* (2005), María Sonia Cristoff narra historias singulares de localidades que han quedado aisladas a causa de los diversos avatares sociales, económicos y políticos de la Argentina. En todos los casos que toma (incluido el de Las Heras), el aislamiento es consecuencia de una conjunción de políticas inconclusas y del vaciamiento de los recursos del Estado. Mientras que Cristoff cuenta con una trayectoria más ligada a la ficción y a la crónica literaria, Guerriero se reconoce como periodista y transita el espacio de la crónica y el perfil. Ambas autoras emprenden un viaje no solo a un espacio de alteridad territorial sino a nuevas miradas y testimonios posibles sobre ese espacio que las une con la tradición que hemos esbozado y a la vez permite nuevas representaciones y miradas.

1.2. Ornitología de la crónica

Como caracterización liminar, la de Juan Villoro ha sido retomada por muchos cronistas y críticos: la crónica es el ornitorrinco de la prosa (2006)¹⁴. La metáfora permite dar cuenta de las características del periodismo narrativo como lugar de encuentro de otros géneros. Si el ornitorrinco tiene la característica de parecer la suma de otros animales, del mismo modo la crónica se mimetiza con otros géneros pero siempre en la búsqueda de un equilibrio armonioso:

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la “voz de proscenio”, como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser (Villoro, 2006).

El interés por la alteridad está presente en lo que el género crónica comparte con las prácticas etnográficas y con los problemas sobre el concepto de cultura que esta entraña. La

¹⁴ Juan Villoro se basa en la metáfora que ofrece Alfonso Reyes cuando habla del ensayo como “centauro de los géneros”.

investigadora chilena Javiera Carmona Jiménez sostiene que los temas de la etnografía y del periodismo narrativo coinciden en la atención que destinan a los relatos particulares (2010, p. 15). Según Cristian Alarcón, el periodismo abre los mismos interrogantes que la literatura en el sentido de que ambas apuntan a lo universal. Resuenan aquí las nociones aristotélicas a las que hace referencia Walter Mignolo cuando se ocupa de historiar el género “crónica” en relación con la “historia”: la historia se diferencia de la poesía por ocuparse de verdades particulares, en tanto que la poesía lo hace de generalidades verosímiles. Pero la caracterización que se suele hacer respecto de la crónica contemporánea en la crítica académica o los prólogos a las antologías pone énfasis no solo en los aspectos universales de los hechos singulares que relata sino en su condición marginal o “subalterna”. Un buen cronista pondrá su ojo en aquello que la mirada “objetiva” de la prensa hegemónica omite o desconoce. Concibe la realidad como algo que se interpreta a medida que se narra. La crisis de aquella aspiración a la objetividad aparente que pregona la prensa oficialista abonó el terreno para el desarrollo de una escritura de no ficción que permite al cronista asumir tanto su propia subjetividad como la verdad de los sucesos que relata (Bonano, 2014). El aporte de la no ficción como género literario permitió pensar el trabajo de selección, montaje y narrativización operados sobre el material testimonial.

Aquella definición preliminar que ofreció Juan Villoro ha sido objeto de múltiples recapitulaciones, tanto críticas como reivindicativas. En *Políticas y estéticas de la representación de la experiencia en la crónica contemporánea* (2014), Alicia Montes destina un capítulo a revisar el problema del género discursivo. Allí sostiene que a causa del carácter proteico, transgresor e inestable de la crónica contemporánea, sus relatos ponen en cuestión la noción tradicional de género y habilitan un replanteo de las concepciones que hay acerca de esta categoría y las narrativas alegóricas que la sostienen (2014, p.16). Si retomamos una de las definiciones modernas de género discursivo que ofrece Mijaíl Bajtín (1982), acaso una de las más revisitadas por los estudios literarios y lingüísticos, es posible resaltar algunas observaciones. Antes que nada, es menester recuperar su definición de géneros discursivos como tipos relativamente estables de enunciados que reflejan condiciones específicas de la esfera de la praxis humana en la que surgen y que comparten contenido temático, estructura y estilo (entendido como una selección de recursos léxicos, fraseológicos y gramaticales). Bajtín señala que los cambios históricos en los estilos de la lengua están ligados de manera indisoluble a los cambios de los géneros discursivos. La lengua literaria representa un sistema complejo y dinámico de estilos. Recordemos que esta afirmación se basa en el presupuesto de una distinción teórica propia del formalismo ruso entre lengua literaria y lengua no literaria¹⁵. Para lograr una comprensión de la dinámica histórica de estos sistemas que no se limite a

¹⁵ Según sostiene Terry Eagleton en *Una introducción a la teoría literaria* (2004), los formalistas concebían la obra literaria como un conjunto más o menos arbitrario de recursos a los que más tarde consideraron como elementos o

la descripción de estilos existentes sino que logre dar explicación histórica de tales cambios, es necesario elaborar una historia de los géneros discursivos, puesto que estos reflejan de un modo más inmediato todas las transformaciones de la vida social. Aunque con una mirada más centrada en la semiótica textual que en el formalismo, Mignolo recorre lo que llama “tipos discursivos” teniendo en cuenta la estrecha relación entre esas formas y los acontecimientos y procesos histórico-sociales que los hicieron emerger. Ya decía Bajtín que en cada época del desarrollo de la lengua literaria, determinados géneros “dan el tono” o, podríamos decir, se vuelven hegemónicos: “Donde existe un estilo, existe un género. La transición de un estilo de un género a otro no sólo cambia la entonación del estilo en las condiciones de un género que no le es propio, sino que destruye o renueva el género mismo” (Bajtín, 1985, p. 254).

Si bien este abordaje, de raigambre formalista, pertenece al campo de la teoría y la crítica literaria, Alicia Montes tomará un camino de problematización de las crónicas que se abre y deriva hacia otras disciplinas, en contra de toda mirada cerrada de las esferas, géneros y campos del saber. Uno de los problemas propios de la crónica, que convoca a muchas otras disciplinas científico-sociales es el problema de lo cultural. Si gran parte de las crónicas contemporáneas se ocupa de sectores sociales subalternos y marginados, la noción de identidad y alteridad resultan fundamentales. Además, tal como sostiene Montes, si el género literario tiene carácter de mediador social que organiza y da sentido a la experiencia sobre lo dado, el género discursivo como categoría y la crónica como género en particular aparecen indisolublemente unidos a la mirada que se tiene sobre la cultura (2014, p. 20). El capítulo “Maneras de definir lo que no se define: esto no es una pipa”, se expresa la intención de elaborar un relato distanciado del que efectúan las ciencias sociales respecto de la crónica contemporánea en el ámbito de América Latina. El objetivo es construir ejes de trabajo con respecto a las características textuales y la especificidad de esta narrativa urbana tanto a partir de los aportes de la teoría de los géneros como a través de la crítica sobre la crónica, los prólogos a las antologías y las reflexiones que los propios cronistas realizan sobre su labor tanto en sus textos como en las entrevistas. La metatextualidad se vuelve una dimensión muy útil para este propósito: “Me interesa analizar los relatos alegóricos que subyacen en las lecturas que se han hecho en las últimas décadas, y se hacen hoy sobre la crónica, y en los modos de construir su genealogía” (Montes, 2014, p. 37). Aunque el tema específico de la crónica urbana no es el que involucra a las autoras que nos ocupan, este mapa teórico que elabora Montes es de suma utilidad para el abordaje de ambas crónicas. Tanto la crítica académica como los propios cronistas han elaborado un discurso con respecto a su propia práctica de escritura tanto para legitimar su lugar en

funciones dentro de un sistema textual total. Estos recursos compartían su efecto “desfamiliarizante”: “Lo específico del lenguaje literario, lo que lo distinguía de otras formas de discurso, era que ‘deformaba’ el lenguaje ordinario en diversas formas. Sometido a la presión de los recursos literarios, el lenguaje literario se intensificaba, condensaba, retorció, comprimía, extendía, invertía. El lenguaje ‘se volvía extraño’, y por esto mismo también el mundo cotidiano se convertía súbitamente en algo extraño, con lo que no está uno familiarizado” (Eagleton, 2004, p. 14).

la institución literaria como para configurar sus condiciones de recepción en el mercado. Y en ese metadiscurso, hay un consenso sobre su condición transgresora de las normas, inestable e híbrida (Montes, 2014, p. 37).

La cuestión de la “hibridez” resulta entonces fundamental para reflexionar sobre la contigüidad de la crónica y otros géneros y también sobre sus distintas caracterizaciones. Alicia Montes identifica semejanzas entre los discursos que circulan sobre el testimonio (donde la voz del subalterno adquiere un carácter central) y los discursos sobre la crónica (numerosas veces definida como contradiscurso que se niega a hacer de la noticia un negocio o a narrar la violencia cotidiana a través de la banalización frecuente en los medios) (2014, p. 39). La crónica y el testimonio también comparten la indefinición y ambigüedad de su carácter genérico. En la introducción a *Idea crónica*, compilado por María Sonia Cristoff, Mónica Bernabé sostiene: “Los críticos que estudian la amplia gama de formas que va del Nuevo Periodismo a la narrativa documental trabajan con un corpus difuso, en donde la crónica se confunde con el testimonio y el testimonio no logra distinguirse de la novela de no ficción” (2006, p. 8). No obstante, esta indefinición también forma parte de las definiciones en disputa de otros géneros, por ejemplo, el ensayo. Recordemos la entrada que Jaime Rest ofrece en *Conceptos fundamentales de la literatura moderna* (1979) para referirse a este género: si bien su definición se limita a una categoría general (“composición preferentemente en prosa”) con un rasgo específico (“que suele proporcionar información, interpretación o explicación sobre un asunto tópico”), también hace foco en la aptitud mimética que lo lleva a confundirse con el cuento, el diálogo, la biografía, el discurso histórico, científico o moral.

Algunas de las observaciones mencionadas conducen a Montes a considerar que el testimonio, más que un género, es una clase de discurso que conserva sus rasgos característicos a través del tiempo y que puede actualizarse de manera independiente en los géneros que lo utilizan. En este sentido, sería transhistórico y transgenérico: “Desde esta nueva perspectiva, el testimonio pasa a formar parte, en la crónica, de una estrategia más global y, en consecuencia, está definida por la función social y política que en cada momento asume el género” (2014, p. 43). En el territorio de la crónica se ponen en juego las tensiones entre literatura experimental, periodismo y demandas del mercado editorial¹⁶. En cuanto a la emergencia de la crónica como un género caro al mercado editorial, este proceso conlleva el riesgo de la institucionalización cultural mediante la cual un género deja de ser alternativo y pierde su capacidad de transmitir sentidos disruptivos de la

¹⁶ También agrega: “Desde las perspectivas del género, las funciones del testimonio se transforman de acuerdo a las relaciones que establece en cada coyuntura histórica con las instituciones, ya que en el cuerpo de la crónica se evidencian permanentemente las tensiones entre literatura experimental, periodismo y demandas del mercado editorial. Por ello, si bien es verdad que una de las condiciones de su actual centralidad es el gusto que demuestra por la erosión de fronteras, la transgresión y la combatividad política, este rasgo no la define de manera excluyente en el presente, como tampoco definió su forma cambiante en el pasado, tal como atestiguan las relaciones de Indias y la crónica costumbrista del Siglo XIX, entre otros momentos de su configuración (Monsiváis, 2006). Existe un riesgo objetivo en la legitimidad súbitamente adquirida por la crónica: la normalización de su discurso” (Montes, 2014, p. 46).

comunidad de la cual surge (cfr. Salazar, 2005; Montes, 2014). Toda centralización del margen supone una cooptación y asimilación por parte del sistema. En este sentido la tesis de Montes alerta sobre la necesidad de explorar el género sin cristalizarlo en función de un metatexto prescriptivo: “Así, los escritos sobre la crónica y las crónicas mismas parecen indicar que esta denominación genérica debe considerarse un significante en deriva en el que la idea de género difiere su sentido cada vez que se pretende conceptualizarlo (...)” (Montes, 2014, p.49).

Un debate que resulta central –y que recupera Alicia Montes en su obra– es aquel que se establece entre Tzvetan Todorov y Maurice Blanchot en torno a la vigencia de los géneros. En *El libro que vendrá* (1959), Blanchot plantea una división entre la práctica de la escritura en tanto literatura y la vigencia del género como categoría normativa cuya vigencia pone en crisis. En *Los géneros del discurso* (1978), Todorov refuta el cuestionamiento de Blanchot al plantear que la trasgresión genérica requiere de una ley para que aquella sea percibida como tal. También sostiene que la vigencia histórica de los géneros está confirmada por la existencia de un discurso sobre los mismos, que son percibidos como tales en el curso de la historia. En las sociedades institucionalizadas, la comunicación se da en el marco de prácticas discursivas y los textos individuales se producen y perciben en relación a las normas genéricas que los codifican. Es por eso que los géneros funcionan como horizontes de expectativas tanto para lectores como escritores. El género, entonces, continúa siendo una categoría convencional que organiza territorios y establece fronteras. Los prólogos donde los compiladores sostienen un metadiscurso sobre las crónicas permiten brindar claves genéricas de lectura, establecer genealogías y asegurar la colaboración interpretativa del lector (Genette, 1987; Montes, 2014)¹⁷. Así, una de la hipótesis de la que parte el libro *Políticas y estéticas de la representación de la experiencia urbana en la crónica contemporánea* es que lo propio de la cultura contemporánea (también llamada postmoderna) no es la desaparición, la hibridación o el estallido de los géneros, sino la producción de una clase de textos de vocación transdiscursiva signados por un “inagotable espíritu transformista y transgresor”, que atraviesa campos y entre los cuales se encuentra la crónica urbana, como forma “llamada a narrar el presente desde la perspectiva de lo cotidiano” (Montes, 2014, p.57). Esta idea se emparenta fuertemente con la noción de postautonomía, concepto que acuñara Josefina Ludmer en su artículo “Literaturas postautónomas 2.0” (2009) y que hace referencia a escritos del presente que atraviesan la frontera de la literatura y quedan afuera y adentro, en una posición diaspórica. Forman

¹⁷ Entre los casos que analizará Alicia Montes se encuentran los libros *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México* (1978, 1980, 2006), de Carlos Monsiváis y *Safari accidental* (2005) de Juan Villoro, entre otros. Otro aporte teórico con respecto a los géneros que la autora tomará en cuenta lo brinda la especialista Marie-Laure Ryan: “La teorías que ponen el acento en el componente histórico de los géneros han señalado que cada época tiene un sistema genérico que está en estrecha relación con la sociedad en la que surgen. En ellos se inscriben los rasgos que caracterizan la estructura social y la cultura en la cual emergen, y existe una razón pragmática que avala esta idea, ya que los actos de habla producen géneros literarios (Ryan, 1988, p. 267)” (Montes, 2014, p.57). En esta definición resuenan los ecos del clásico texto de Mijail Bajtín, “El problema de los géneros discursivos” (1979).

parte de la categoría “literatura” en la medida en que conservan el formato libro, se definen como tal y circulan en espacios vinculados con lo literario, pero se instalan en una realidad cotidiana para “fabricar presente” y ese es precisamente su sentido: “Representarían a la literatura en el fin de ciclo de la autonomía literaria” (2009, p. 42), puesto que las categorías que acompañaban a la institución moderna llamada “literatura” –tales como la ficción– son puestas en crisis. Este diagnóstico de crisis coincide también con otros debates académicos internacionales que señalan una crisis institucional, social y política de los estudios literarios y una pérdida de hegemonía en la topografía de los saberes como resultado de reformas institucionales, políticas y académicas que atravesaron las universidades europeas¹⁸. Sin embargo, diversas respuestas a ese diagnóstico señalan que lo que estaría en crisis es la idea de literatura como realidad autónoma, cerrada sobre sí misma, que sigue una visión canónica establecida por el modelo segregacionista del siglo XIX y que todavía construye nuestras representaciones del hecho literario (Schaeffer, 2011; Louis, 2013).

El género, entonces, también es una categoría en disputa en los debates sobre la postautonomía literaria. Aunque distantes en el tiempo, Montes recupera dos artículos de Jean-Marie Schaeffer que trabajan esta cuestión: en primer lugar, “Del texto al género. Notas sobre la problemática genérica” (1985) y en segundo lugar, “Los géneros literarios ayer y hoy” (2001). En el primero, el teórico distingue las teorías ontológicas y normativas sobre el género (propias de la tradición crítica que pondría el foco en “la ley”), de las que toman lo genérico solo como categoría de productividad textual (que engendran transformación, cruce y estallido). Sostiene que todas las teorías desarrolladas hasta el momento tienen un basamento ontológico: cuando intentan responder qué es un género, en realidad se preguntan por la relación entre género y texto, es decir, entre los fenómenos empíricos y los conceptos. El género es pensado como término trascendente y abstracto referido a un elemento casi físico. No obstante, la idea de exterioridad genérica puede considerarse desde un punto de vista no ontológico ya sea como una descripción teórica o un discurso normativo interiorizado. En el primer caso, se establece una relación entre dos textos concretos: un metatexto y otro que es manifestación empírica de la producción literaria. En este caso, el vínculo pasa a ser prescriptivo y no ontológico. En los prólogos que analiza Alicia Montes se observan metadiscursos que ofrecen una teoría del género diseminada, que a su vez prescribe rasgos comunes: “Esta teoría del género deviene descriptiva de su poesis, y, al mismo tiempo, fija cierto deber ser político, estético y ético” (Montes, 2014, p. 63). En el segundo caso, se trata de la postulación de un término mediador entre un conjunto de textos que pueden adecuarse a un modelo genérico, implícito como invariante en ese conjunto. Esto supone el pasaje de una categoría con rasgos temáticos y formales a un texto individual que se acomoda, pero no funda clase ni describe características. En este caso, lo

¹⁸ Nos referimos particularmente a las reformas de educación superior derivadas del Proceso de Bologna iniciado en 1998.

genérico es concebido como una red de similitudes formales, temáticas o estratégicas de las que participan un conjunto de obras. Se trata de remisiones transtextuales que conciben el texto como palimpsesto (Genette, 1981). Para esta noción, Schaeffer se inclina por el concepto de genericidad en lugar de género (1985), una noción que prima en la construcción de antologías donde aparecen rasgos comunes entre los textos, que no por ello renuncian a su heterogeneidad ni se rinden ante un modelo ontológico externo a ellos:

La tensión entre homogéneo/heterogéneo, apropiación/transformación, propia de la *genericidad* se manifiesta de manera evidente en la antología *Idea crónica* (Cristoff, 2007), que incluye textos tan diversos como el relato autoficcional que estructura ‘Mi vida como hombre’ de Alan Pauls; la entrevista de María Moreno a un miembro de la tribu sadomasoquista en ‘No, mi ama’; el relato de viaje en ‘China en bicicleta’ de Carlos Cortez; el testimonio de una experiencia de una catástrofe natural en ‘Temporal’ de E. Rodríguez Juliá; y la yuxtaposición polifónica de escenas urbanas en ‘La hora del consumo de emociones. Vámonos al Ángel’ de C. Monsiváis, entre otros relatos. Al respecto, en la contratapa del libro, Cristoff (2007) elude el uso de la categoría ‘género’ como principio organizador del corpus y prefiere referirse a ‘idea’, concepto poco productivo por su carácter difuso e inabarcable que sirve para eludir el problema, en lugar de ponerlo en cuestión críticamente, mientras que por otro lado engloba los textos en la categoría de no-ficción, sin delimitar los alcances de esta terminología, que buena parte de la crítica suele considerar un género (Montes, 2014, p. 66. *Cursivas en el original*).

El crítico o cronista elige caracterizar la crónica a partir de ciertos rasgos que hacen surgir un modelo a través del cual se determinan especificidades genéricas. Alicia Montes identifica en el “Prefacio” a *Safari accidental* (2005) de Juan Villoro, el relevamiento de la hibridez como rasgo del género, lo que pone en evidencia un binarismo entre lo puro y lo mixto. Esa es la lógica cifrada en la metáfora del “ornitorrinco de la prosa”. Los discursos sobre la crónica son relatos donde el género como norma relacional y horizonte de lectura y escritura permite genealogías y conjuntos textuales. Sin embargo, al observar la genericidad se puede dar cuenta de un conjunto de similitudes temáticas y formales sin necesidad de construir un modelo trascendental y esencialista. Esta concepción transtextual de lo genérico tiene como ventaja que permite fijar criterios empíricos que las teorías ontológicas no pueden sostener porque, además del carácter trascendente del género, suponen binarismos donde el primer término suele tener connotaciones positivas y el segundo suele asociarse con cierta forma de marginalidad: “historia/crónica, puro/híbrido, “realidad/ficción” (Montes, 2014, p.68). También es importante tener en cuenta que la definición de un género se produce de manera retrospectiva y los textos se seleccionan en relación con los elementos constitutivos de ese género ontológico. Lo que se construye así es un género imaginario respecto del cual las obras concebidas como un todo orgánico no son más que ecos lejanos pensados como parte de un binarismo trascendente. Esto supone una indiferencia ante el carácter discursivo del texto y su condición de cadena abierta en relación con la serie literaria y el archivo con el que dialoga (Schaeffer, 1985, p. 177-178). Los rasgos de la genericidad de un texto se han multiplicado al ampliarse los medios tecnológicos y sociales a través de los que circula la literatura.

La clasificación en categorías organiza la recepción, es horizonte de expectativas y forma

parte del funcionamiento de la industria cultural. Pero antes que hibridez genérica, cabría hablar de una categoría transdiscursiva. El recorrido de Alicia Montes recupera el texto de Jacques Derrida, “La ley del género” (1980), donde resuena la voz de Boileau y su preceptiva rígida acerca de no mezclar los géneros. La promesa incumplida en la práctica es productividad transformadora y supone la necesaria caducidad de los binarismos “ficción-no ficción” o “relato referencial/relato ficcional”. El género es una categoría relacional necesaria pero imposible en la que se juega la posibilidad e imposibilidad de la taxonomía. Es por eso que Montes señala el carácter aporético del género: lleva a la muerte lo que engendra. Las concepciones circulantes sobre la crónica prefieren subrayar su carácter “monstruoso”, pero se sustentan en el presupuesto de que género, norma y pureza se autoimplican: “(...) el discurso crítico, para legitimar la crónica necesita construirla como lo otro del género (...)” (Montes, 2014, p. 72).

Consideramos que la imposibilidad de toda taxonomía no impide pensar la categoría de género en términos históricos tomando los momentos de transformación como mojones de la historia literaria. En todo caso, se trata de un problema que la historiografía de la literatura y de la lectura debe trabajar. En este sentido, si nos permitimos la apelación a la crónica de indias como antecedente, no resulta extraña la estrategia de legitimación del género crónica a través de una figura de alteridad o “género alterno”. Desde una posición ontológica, en la taxonomía de géneros discursivos, la crónica sería lo “otro” respecto de algo hegemónico, al igual que sucede con sus temáticas. En efecto, tal como sostiene Alicia Montes, construir la especificidad genérica de la crónica a partir de la marginalidad permite postularla como forma contrahegemónica (2014, p. 72).

El texto “Los géneros literarios ayer y hoy” (2001), de Jean-Marie Schaeffer, aporta una perspectiva para desnaturalizar el relato implícito en la idea de estallido del género, usado para explicar la producción literaria del siglo XX. La idea de estallido descansa sobre el presupuesto de que existe un estadio previo de estabilidad y homogeneidad. Su hipótesis es que no hay un solo tipo de relación entre la genericidad actual y la del pasado. La idea de explosión solo contempla uno de los aspectos: la oposición entre pureza genérica y transgresión. Desde las propuestas de Schaeffer y Derrida, Alicia Montes piensa cuáles han sido las formas en que la crítica académica y el periodismo leyeron en fenómeno de la crónica en América Latina:

De modo tal que, partiendo de la *idea de genericidad*, como principio de producción textual (Schaeffer, 1995 y 2001) y aceptando el *carácter paradójico e indecible de todo género* (Derrida, 1980), se puede determinar que los relatos que se han elaborado hasta el momento sobre la crónica necesitan de la idea ontológica de género como ley en dos sentidos: por un lado, para garantizar un horizonte de expectativas que permita pactos de lectura en la recepción, y la circulación de los textos en el mercado y las instituciones, y que haga visible su presencia *novedosa*, a nivel de mercancía, y *nueva*, como producción literaria y objeto de estudio; por el otro, esta idea normativa permite legitimar tanto en la institución literaria, como en el espacio del periodismo, el carácter rupturista del modo de narrar de la crónica y ubicarlo en un lugar contrahegemónico (Montes, 2014, p.74. Cursivas en el original).

Sin renunciar a las teorías ontológicas ni a la noción de género como categoría normativa

que funciona como tal en determinados ámbitos e instituciones, una mirada del género como categoría de productividad textual, transtextualidad o genericidad podría explicar ciertas respuestas y posiciones que las cronistas proponen ante los debates sobre el estatuto de la crónica. En el siguiente apartado examinaremos el modo en que Leila Guerriero y María Sonia Cristoff presentan sus propias prácticas y textos en el marco de estos debates.

1.3. Dos espacios, dos definiciones

Las aproximaciones expuestas en el anterior apartado permiten estudiar la crónica como un género “de moda”, activo y proliferante, que los escritores y periodistas exploran con frecuencia. Leila Guerriero se define como periodista y en sus textos reflexivos sobre su propia práctica es evidente que su labor también es denominada como periodismo narrativo. En efecto, el libro *Zona de obras* (2014) compendia una serie de discursos y ensayos publicados en medios de distintos países de habla hispana como *El Mercurio* (Chile) o *El Malpensante* (Colombia), y también leídos en distintos eventos de instituciones como la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano o el Instituto Cervantes de Madrid. Dentro de esa antología, el ensayo titulado “Qué es y qué no es el periodismo literario: más allá del adjetivo perfecto”, la autora parte de una definición muy general de esta práctica: se trata de un periodismo que toma ciertos recursos de la ficción (estructuras, climas, tonos, descripciones, diálogos, escenas) para contar una historia real y a partir de esos elementos “monta una arquitectura tan atractiva como la de una buena novela o un buen cuento” (2014, p.32). La primera regla que enuncia es que la práctica del cronista supone la investigación de archivos, estadísticas, libros, documentos históricos, mapas, fotos, causas judiciales. Podemos agregar que esta labor aproxima el periodismo narrativo al trabajo del historiador. En su definición general no parece alejarse demasiado de una visión sencilla e instrumental de la crónica, que ya se ha erigido en un lugar común. Pero esa caracterización es rápidamente contrariada por una prescripción que podría parecer cuasi mágica: “(...) todo lo que hay que hacer es permanecer primero para desaparecer después” (p. 33). En rigor, lo que Guerriero propone es la utopía de superar la paradoja del observador, algo que acerca su práctica a la del etnógrafo¹⁹. Se trata de

¹⁹ “Desde que en 1922, Bronislaw Malinowski propuso en ‘Los Argonautas del Pacífico Occidental’ los tres principios metodológicos de la ‘magia del etnógrafo’ para captar el espíritu de las culturas distantes, la Etnografía se ha transformado mucho. El abanico de las perspectivas etnográficas es variado e incluye la vida en las ciudades, medios de comunicación, salas de clases, producción de ciencia y tecnología, fenómenos religiosos y un largo etcétera. De las descripciones totalizantes y omnicomprendivas de lugares remotos y exóticos se ha pasado a los estudios focalizados en temas limitados, más cercanos, e incluso ‘microscópicos’, como los escolares usuarios del MSN o los pacientes de los servicios de salud pública de una ciudad o una familia de un barrio. Desde esta perspectiva, los temas de la Etnografía y del Periodismo narrativo coinciden en cuanto la atención está en los relatos particulares que se revelan como nodos de

encontrar el lugar desde donde la propia presencia no obstruya la emergencia de lo espontáneo. En el caso de la crónica, se trata de la búsqueda de una escena, un detalle, una frase y cualquier elemento que revele la singularidad de su objeto: el carácter universal de la historia particular. Para Guerriero, el periodismo –literario o no– es lo opuesto a la objetividad: “Es una mirada, una visión del mundo, una subjetividad honesta” (2014, p. 44), que reconoce su punto de vista como tal. Como sostiene Javiera Carmona Jiménez, “(...) Periodismo narrativo y Antropología tienen algo en común: comparten de una manera vigorosa una fuerte base etnográfica en la que destaca –en términos del antropólogo Clifford Geertz– su componente textual” (2010, p. 14). No obstante, la investigadora añade que la crónica admite la duda, utiliza la alusión y la elisión, y no se autoerige como la verdad absoluta puesto que muestra a su escritor. La etnografía padece el trauma del documento científico, que se esfuerza por ocultar a su autor y todas las operaciones textuales, intelectuales y epistemológicas que son inmanentes al discurso; sin embargo, implica experiencias claramente biográficas como en un relato de ficción (Carmona Jiménez, 2010). El propio Claude Lévi-Strauss escribió *Tristes trópicos* (1955) en primera persona y en esta obra, el relato etnográfico y la narrativa de viajes están estrechamente emparentados. Si bien la participación del etnógrafo consiste en la observación de lo que sucede, la formulación de preguntas o la recopilación de cualquier dato que arroje luz sobre los temas de su investigación, también hay que decir que su objetivo último es interpretativo: buscar estructuras de significaciones socialmente establecidas, que no son evidentes en la “superficie” de las expresiones sociales. “La tradición antropológica distinguía tres operaciones consecutivas en la descripción etnográfica: observar, registrar y analizar. Según Geertz, en la ‘descripción densa’ las tres acciones no son autónomas, sino simultáneas e imposibles de distinguir entre sí” (Carmona Jiménez, 2010, p. 15). El énfasis está en ver y describir lo que la gente hace e interpretarlo, y no en participar como un espía o intentar convertirse en nativo. La “observación participante” implica “atención a la posición en la que se construyó la significación”; una posición que, según plantea Geertz en *La Interpretación de las Culturas*, no está en la exterioridad en la que se sitúa el etnógrafo (1987). En el caso de la crónica, Martín Caparrós ve este problema como una debilidad que nos obliga a crear el lugar desde el que estamos mirando (Caparrós, 2007).

En estas analogías entre el cronista y el etnógrafo no son solo ellos los que deben asumir sus posiciones e identificar sus propios prejuicios. Los sujetos entrevistados también diseñan estrategias para pensar públicamente sus creencias y opiniones, es decir que el contenido de sus respuestas y el modo en que construyen una narrativa pública guarda relación con sus percepciones y creencias. Esta es la enseñanza que Alejandro Grimson y Javier Auyero (1997) toman del sociólogo

una trama general, ‘lo que puede sintetizar el mundo. La pequeña historia que puede contar tantas. La gota que es el prisma de otras tantas’” (Carmona Jiménez, 2010, p. 15).

norteamericano Erving Goffman. Por eso advierten que tomar aquello que los sujetos dicen como representativo de lo que piensan sería un error epistemológico. Si se quiere recuperar el punto de vista del actor, sus narrativas no deben ser tomadas como absolutamente correspondientes con sus representaciones y creencias, aun cuando guarden una estrecha relación²⁰.

[...] nos interesa pensar los modos en que los sujetos que estudiamos nos imaginan para conocer las relaciones que establecemos con ellos, las características del diálogo constitutivo del proceso de investigación que estamos realizando. Esta parece ser una cuestión clave de la reflexividad: es imprescindible analizar y entender cuál es el sentido práctico que nuestros interlocutores otorgan a nuestro rol y, por lo tanto, comprender de qué manera nos construyen (Auyero & Grimson, 1997, p. 5)

Si el periodista, como el etnógrafo, toma notas, graba entrevistas y saca fotos, los actores tienden a ver en él un canal hacia el ámbito público y la legitimación de sus voces. Grimson y Auyero dicen que hay algo de verdad en la confusión: métodos como el trabajo de campo prolongado o los momentos en los que la participación predomina sobre la observación pueden formar parte tanto del periodismo como de las ciencias sociales. Sin embargo la esfera de la práctica social en la que ambos se encuentran difiere. Si la escritura académica se rige por protocolos altamente prescriptivos, el periodismo narrativo o la crónica gozan de un margen de libertad mayor que permite pensar los géneros a partir de la noción de genericidad y esto afecta directamente el lugar desde el cual se construye la mirada de lo que se narra.

La tendencia a usar indistintamente los nombres que designan un mismo objeto (periodismo narrativo, crónica, no ficción) dan cuenta del modo en que éste (y las prácticas sociales e institucionales que implica) funciona simultáneamente en el campo de lo literario y lo periodístico. En “(Del arte de) contar historias reales”, publicado originalmente en Suplemento *Babelia*, *El País* (España, 2010) e incluido luego en *Zona de obras*, Guerriero recupera la mirada de Villoro y sostiene: “(...) lo que ha cambiado es un prejuicio: ‘El prejuicio que veía al escritor como artista y al periodista como artesano resulta obsoleto. Una crónica lograda es literatura bajo presión.’” (2014, p.61). En este sentido, el caso de Guerriero es emblemático, puesto que hay una búsqueda de legitimación por parte de la autora, dentro del campo literario. En otras palabras, una necesidad de cierta pertenencia genérica que la autorice a formar parte de la literatura. Los ensayos de Guerriero

²⁰ Para ilustrar esta cuestión, los autores describen el marco de sus investigaciones sobre el barrio porteño de Bajo Celina ubicado en la frontera entre el “barrio coreano” y la Villa Azurduy. En ese proyecto, orientado a estudiar los procesos migratorios provenientes de Bolivia y Perú en ese barrio en particular, los investigadores insistieron con múltiples explicaciones acerca de su rol. Primero fueron confundidos con algunos de los empleadores que a menudo acuden en horas matutinas a reclutar personal. Luego fueron asociados con el rol de los periodistas que se acercan a documentar una realidad determinada. A pesar de las explicaciones que ofrecieron acerca del rol del investigador en ciencias sociales, los entrevistados siguieron pensando que se trataba de periodistas. Así tomaron conciencia de que no estaban conociendo de manera profunda lo que hacían y pensaban los habitantes de “Bajo Celina”, sino que estaban reconstruyendo lo que ellos querían que apareciera en los medios de comunicación. A pesar de no poder remediar esa confusión en el corto plazo, también podía sacarse provecho de ella: los medios podían funcionar como mediaciones para “desentrañar la perspectiva de estos hombres” (Auyero & Grimson, 1997, 4-5). Esto permitió a los investigadores extraer una conclusión: la alteridad aparecía representada en dos figuras. Por un lado, el “empleador” que iba a buscar mano de obra y, por otro, el periodista.

donde reflexiona sobre su práctica adquieren un fuerte tono prescriptivo, en tanto que el aspecto ontológico descriptivo emerge ante la referencia a obras que la autora considera ejemplares. Pero sus prescripciones a menudo suelen estar dominadas por recursos retóricos como la metáfora o la personificación, lo que implica que estas descripciones y prescripciones forman parte en sí mismas de un artefacto literario:

La no ficción latinoamericana hace estas cosas: imposta modos, lenguas, busca metáforas, empieza por el final, termina por el principio, se enreda para después desenredarse, se hace la tierna, la procax, la estoica, se escribe en presente perfecto, en castellano antiguo, en primera persona, se hace la poética, la minimalista, la muy seria, la barroca. Duda. Prueba. A veces se equivoca. Pero existe: prueba. (Guerriero, 2014, p. 64)

La crónica se construye desde las estrategias textuales (“imposta modos, lenguas, busca metáforas, empieza por el final, termina por el principio”), desde el diálogo con la tradición y la forma (“se escribe en presente perfecto, en castellano antiguo, en primera persona”), y –aunque esto implique la postulación de una cierta pureza contra la que se esgrime la noción de genericidad– también se construye desde la mimesis (“se hace la poética, la minimalista, la muy seria, la barroca”).

En el prólogo a la reedición de *Falsa calma* de 2014, María Sonia Cristoff elabora una teoría crítica sobre la crónica que expresa su visión sobre el estado de la narrativa de no ficción a principios del siglo XXI en Argentina. En los orígenes de este prólogo está el cuaderno de notas inaugurado diez años antes de la reedición, luego de la primera publicación de este libro. En esas páginas que aún estaban en proceso de escritura, Cristoff registró “ideas, hipótesis, analogías, polémicas, adendas, incomodidades, referencias bibliográficas, citas probables e improbables” (2014, p. 9). Para escribir su prólogo, elee esas notas como quien “hace un alto para volver a mirar un mapa” (2014, p. 9) y se remonta a otros cuadernos de notas anteriores, lo que da cuenta de un conjunto de fragmentos y reflexiones de larga data. En la recuperación de esas ideas, Cristoff describe una serie de tendencias que en los años ’90 empujaron a la autora a tomar la decisión de viajar al sur y encarar una tarea de traducción de los manuscritos de un personaje que había vivido en el siglo XIX²¹. En la residencia donde permaneció para realizar su labor, había una biblioteca de libros de viaje; lecturas que, combinadas con la tarea de traducción, configuraron su escritura: “(...) esas formas no ficcionales están actuando en todo lo que escribo, y en lo que pienso mientras escribo” (2014, p. 10). En este prólogo hay una toma de posición muy contundente sobre el género:

[...] en el exacto principio de este siglo, la narrativa de no ficción salió de ese cono de sombra en el que durante las dos décadas previas habían venido escribiendo extraordinarios textos María Moreno, Raúl Rossetti, Matilde Sánchez y Osvaldo Baigorria y, apartándose de ellos, se extendió hasta convertirse en un tipo de relato mainstream, lo que generó muchas más publicaciones y recetas y premios y malentendidos que discusiones, y entonces abro mi libreta de notas para a la vez abrir opciones, otras posibilidades de lo que se puede entender por no ficción. Porque junto con ese resurgimiento se ha instalado también un supuesto que parece indicar que por crónica únicamente debe entenderse una

²¹ En el prólogo, no se indica quién es este personaje.

narrativa escrita bajo los preceptos de los manuales de ética periodística a la que luego se debe edulcorar con literatura. Porque en esa receta lo que menos me cierra es el edulcorante (2014, p. 11).

Lo que entra en discusión en este fragmento es la consideración de la literatura como aditivo y la reducción del periodismo a un código de reglas manualísticas. Cristoff lamenta el hecho de que en este resurgimiento de la crónica, la figura de Rodolfo Walsh sea nombrada como moneda de cambio pero no haya sido tomado como referente, sobre todo por su capacidad de trabajar con la coyuntura más próxima (“ese fantasma de todo escritor”) y convertirse en “precursor de una forma de no ficción” en la que están presentes las características de todos sus cuentos²². Cristoff sostiene que la literatura era para Walsh lo inevitable, pero también dice que, en el fondo, esa actitud se debe a la certeza de que periodismo y literatura son cosas distintas, aunque próximas e intercambiables según los contextos. Definitivamente, la literatura no es un conjunto de ornamentos que adosar al relato periodístico resultante de un chequeo de fuentes. Si así fuera, se reduciría la literatura a sus técnicas y no a un espacio de búsqueda de la propia poética, en diálogo con “lecturas y precursores y polémicas y apuestas y fantasmas” (2014, p.12), al margen de toda posible autoridad institucional o de manual; un espacio de libertad como “campo minado por la cualidad indómita del lenguaje” (2014, p. 13). Esta posición, en consonancia con la idea de genericidad, permitirá analizar la escritura de *Falsa calma* como un espacio que, lejos de toda oposición entre pureza o hibridez, busca un concepto para contar la historia de cada personaje; un concepto que está en la intersección entre los testimonios y los intertextos.

Para Cristoff, lo que se pone en juego en la crónica no es “esa entelequia llamada verdad objetiva, chequeable” sino la articulación de una hipótesis: “las estrategias a partir de las cuales está construida, el trabajo sobre el terreno en el que se apoya, las lecturas con las que dialoga, las posturas con las que discute” (2014, p. 15). En esa articulación, la autora considera perfectamente válido tomarse las libertades técnicas que haga falta. “De hecho creo que es así, en tanto maquinaria propagadora de sentidos —y no en tanto recetario de técnicas— que la literatura ingresa en este tipo de narrativas” (2014, p. 15). El yo no es concebido como entrada al confesionario sino como figura que dispara lecturas. Si la genericidad es una categoría de productividad textual, esta perspectiva sobre la crónica comparte la posición definicional que considera al texto como palimpsesto. En suma, las aproximaciones definicionales que hemos visto en los dos textos de ambas autoras (tanto el ensayo de Guerriero como el prólogo de Cristoff) proponen enunciados singulares y distintivos respecto del conjunto de caracterizaciones que prevalecen en los discursos metatextuales. En el caso

²² “(...) es una pena que, más allá de que se lo nombre como moneda de cambio, en ese resurgimiento de la crónica no se haya tomado como referente central a Walsh, a quien un hecho —¿o una frase? —arrancó de su partida de ajedrez y de su escritura de cuentos cifrados para lanzarlo hacia una narrativa capaz de vérselas con la coyuntura más próxima, ese fantasma de todo escritor, y de no solo salir airoso sino también precursor de una forma de no ficción en la que están presentes aquellos cuentos cifrados, las lecturas que ellos suponen e incluso más de una de aquellas jugadas de ajedrez. Pero no están presentes como trucos adosados para tratar de que el texto sea una novela, o igual que una novela o mejor que una novela, están presentes porque en Walsh la literatura es, simplemente, lo inevitable” (Cristoff, 2014, p. 11).

de Guerriero, lejos de toda intención de consolidar una epistemología de la crónica, las definiciones de periodismo literario que propone combinan, tanto en el sintagma que lo designa como en las descripciones que lo ilustran, una mirada que contempla la combinación de dos ámbitos institucionales distintos. Asimismo, se trata de una postura normativa y ontológica representativa de su propia producción. La relación entre el metatexto y las manifestaciones empíricas se da en relación a los grandes referentes del periodismo narrativo convocados por la propia cronista en sus ensayos, y el conjunto de crónicas donde Guerriero pone en juego su propuesta. La aproximación de Cristoff, por el contrario, se inclina más por la perspectiva que concibe al género como categoría de productividad textual o como red de similitudes formales y temáticas. Para finalizar, la crónica no es sólo un texto periodístico producto de una práctica cultural que hace uso de recursos literarios para dar cuenta de determinadas realidades, sino también un texto literario que a partir del trabajo con materiales de archivo, con testimonios y con recursos retóricos genera una forma discursiva y poética que excede los límites de la autonomía estética pero que interviene al mismo tiempo en una doble dirección: al interior de las instituciones vinculadas con la literatura y hacia todo el espectro de la discursividad social.

2. Terra (in)cógnita

2.1. Una tradición vasta e incommensurable

En “La región silenciada. Una mirada a la Patagonia Argentina a través de *Los suicidas del fin del mundo*, de Leila Guerriero” (2013), Núria Sabaté Llobera inscribe a la autora dentro de un grupo de escritores que intentan romper con el encasillamiento regional que se le ha dado al territorio sur de la Argentina y Chile. Entre ellos se encuentra también Cristoff²³. La hipótesis del artículo de investigación es que Guerriero interpreta los suicidios no como crímenes auto-infligidos sino como acciones resultantes de las políticas nacionales e internacionales heredadas de la época de la colonización y la expansión interna argentina del siglo XIX. Según Sabaté, la atención que Guerriero brinda a los suicidios de Las Heras es una respuesta a la indiferencia de los periódicos hegemónicos. Las entrevistas a familiares y conocidos de las víctimas se convierten en “testimonio plural del imaginario patagónico” porque dan cuenta de otra Patagonia, que no sale en los panfletos turísticos ni recibe beneficios económicos de la extracción del petróleo (Cfr. Sabaté, 2013, p. 243). Sabaté vincula la obra de Guerriero con una red textual que desde los tiempos de la colonia fundaron las primeras imágenes de la Patagonia. En esas imágenes, el americano aparece como un salvaje que necesita ser civilizado y el espacio es tratado como una “inmensidad imposible de habitar” (2013, p. 236). Para poder analizar de cerca las representaciones del territorio y las dimensiones sociales y culturales que ambas cronistas ponen en juego, dedicaremos este primer apartado del capítulo a recorrer brevemente algunos de los principales textos y análisis críticos que han formado parte de esa red textual.

El espacio, el territorio, la topografía, el desierto: son conceptos que se presentan como una obsesión en el imaginario y la tradición literaria argentina en general y están presentes en el ensayo de interpretación nacional tanto en el siglo XIX como en el XX. Incluso aparecen en las prácticas discursivas y pictóricas anteriores a la consolidación del Estado-nación, en tiempos de la conquista y la colonia. A finales del siglo XVIII, reverbera la pintura de las llamadas “vistas” de los expedicionarios que representaban ciudades y paisajes como parte de una campaña para “retratar el imperio”. Esta práctica respondía a una larga tradición iconográfica de artistas y cartógrafos cultivada en los Países Bajos desde el siglo XVI y difundida en toda Europa (Penhos, 2005). En las vistas de Buenos Aires y Montevideo, imperan diversas modalidades que coinciden con las descripciones del *Diario* de Alessandro Malaspina (1754-1809), marino italiano al servicio de la Corona Española. Sin embargo, el corpus expedicionario fue pobre en representaciones de la

²³ La autora incluye a figuras como Cristian Aliaga, María José Abeijón, Marcelo Eckhardt, Carlos Sacamata y Luciana Mellado.

llanura. El modelo de vista desde la costa resultaba eficaz para Buenos Aires, una región carente de vegetación y de accidentes, donde la identificación del territorio la cumplieron las pocas construcciones existentes en aquel período. Ya en los informes de Malaspina, la llanura es evaluada en términos utilitarios, como espacio anexo a la ciudad, disponible para su explotación.

Según sostiene Laura A. Enrique en su trabajo “Paisajes coloniales en las fuentes escritas: una propuesta para re-pensarlos mediante la idea de ‘nodos territoriales’”, hacia finales del siglo XVIII, la zona comprendida entre el Río Salado y el Río Negro se constituyó como una suerte de espacio fronterizo que los españoles decían dominar, pero en rigor era controlada por diversos grupos indígenas. Es a partir de la fundación del Virreinato del Río de la Plata en 1776, que comienzan a organizar expediciones de reconocimiento al interior de los territorios coloniales, antes solo conocidos desde las costas. Todos los textos (diarios de viaje, informes, cartas de funcionarios militares o exploradores), de aquellos que recorrieron el sur de la región pampeana y el norte de la Patagonia permiten conocer los modos en que tomaron forma los paisajes, pero siempre con el sesgo de aquel que reconstruía el territorio a través de sus descripciones (Cfr. Enrique, 2015, p. 141).

En el siglo XIX, los viajeros ingleses han jugado un rol fundamental en la codificación de la pampa como un espacio vacío. Esto se debe a que las categorías topográficas que usaron desde una perspectiva europea fueron rápidamente apropiadas y resignificadas en clave política por los primeros escritores nacionales que intentaban distanciarse de la tradición hispánica²⁴. El crecimiento de viajeros ingleses en la primera mitad del siglo XIX, que arriban por intereses comerciales o científicos, abre un nuevo itinerario en la literatura de viajes por la región, que invierte el trayecto canónico de Lima hacia el Sur: ahora el recorrido supone el cruce de la pampa desde Buenos Aires hacia las provincias mineras de los Andes, Chile y Perú. Para llegar a las montañas, había que recorrer durante días una extensión sin accidentes; ese fue el primer impacto de la llanura en la imaginación de los viajeros. Las descripciones aluden a la “ausencia física” y la “carencia estética” y se empieza a gestar la idea de la zona como espacio vacante (Stratta, s/f). Adolfo Prieto, en su estudio titulado *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina* (1996), recorta el período entre 1820 y 1935. En ese trabajo, Prieto encuentra en los relatos de los viajeros una referencia común al texto de un naturalista que, curiosamente, jamás menciona el Río de la Plata: Alexander Von Humboldt y su obra *Personal Narrative of a Journey to the Equinoctial Regions of the New Continent* (1941), escrito entre 1799 y 1804. Según plantea Fermín Rodríguez en su trabajo *Un desierto para la nación. Escritura del vacío* (2010), a comienzos del siglo XIX,

²⁴ “El tópico del desierto, que expresó las aspiraciones fundacionales de la generación del 37 debe casi todo a esos observadores llegados de la ‘Europa civilizada’ que fijaron una manera de mirar los espacios y una retórica para expresarla”. Isabel Stratta, Isabel, “La imaginación espacial en Radiografía de La Pampa”. II Congreso Internacional sobre la obra de Ezequiel Martínez Estrada, 2005, s/d.

Humboldt redescubre América para los lectores urbanos ávidos de viajes por el espacio y tiempo a través de los libros (Cfr. 2010, p. 31-32). En la época de los viajeros científicos y comerciales, en el período de expansión del capitalismo en su fase imperial y en el momento de la constitución de los estados nacionales en América, el deseo de hacer un viaje a regiones poco visitadas por los europeos es inseparable de los intereses del capital en expansión. En esta fase, la incertidumbre espacial de los territorios desconocidos se transforma en un objeto susceptible de ser conocido por medio de instrumentos científicos, “evaluado como riqueza o gozado estéticamente como paisaje” (2010, p. 33). A diferencia de los no lugares imaginados por las utopías, los territorios desconocidos se transforman en “lugares concretos, a medias conocidos; contra-espacios donde el mundo europeo queda invertido; heterotopías” (2010, p. 33)²⁵. Este viaje constituyó un artefacto cultural que puso a circular una representación de América del Sur como nueva realidad histórica y objeto visible: “como evidencia de una naturaleza intacta abierta a la mirada y disponible para la apropiación y explotación económica” (2010, p. 35). En *Aspects of Nature*, publicado en 1808, Humboldt presenta las selvas tropicales, las montañas cubiertas de nieve y las llanuras y planicies como parte de un continente desierto, no mediado todavía por la historia, sobre el cual la mirada romántica opera una totalización estética. Fermín Rodríguez advierte sobre el funcionamiento ideológico de la noción de paisaje, señalada por la oscilación entre la mirada y el objeto o entre la representación y el referente (la realidad de la naturaleza y la realidad del signo). Según el investigador argentino, el funcionamiento ideológico de la noción de paisaje no es el de una ideología entendida como distorsión de los sentidos respecto de las cosas “tal como son”, sino una distorsión elaborada socialmente que estructura la sociedad y se materializa en nuestra actividad social (p. 2010, 37). Para convertir el territorio en paisaje era necesario renovar la percepción, desfamiliarizarse, adquirir una distancia suficiente, construir esa suerte de ficción que es el procedimiento de la mirada como modo de producir sentido. Los textos de Humboldt operaron como ese dispositivo que generó una nueva organización de la mirada y del sentido del paisaje y que permitieron el encuadramiento del territorio según nuevas coordenadas discursivas y políticas que rectificaron la configuración de los territorios bajo dominio colonial español²⁶. Como observa Fermín Rodríguez, el naturalista evita la primera persona y desaparece como observador. No nos dice los hechos sino el acto de medirlos: “(...) las circunstancias épicas de la observación, el control de la experiencia, la organización del

²⁵ En este sentido, Fermín Rodríguez está siguiendo la conferencia de Michel Foucault “Des Espaces Autres”, en *Architecture/Mouvement/Continuité*, n.º 5, octubre 1984. Disponible en: <https://www.cairn.info/revue-empan-2004-2-page-12.htm#>

²⁶ Sobre todo porque Humboldt corrige un ligero error de longitud de la localización geográfica de dos puntos de la costa española: La Coruña y Ferrol. “La rectificación no es menor, porque de la exactitud en la medición de un punto de partida tomado como referencia depende la proyección cartográfica y los planes de exploración de América” (Rodríguez, 2010, p. 39-40).

campo de la mirada (...)” (2010, p. 43)²⁷.

En los textos de Humboldt, la observación está subordinada al azar del itinerario. La escritura del viaje es sucesiva y por eso, el modelo cronológico de la narración le resultará natural en la representación. Rodríguez encuentra en el naturalista dos modos de recoger la sucesión de imágenes: por un lado, el ordenamiento de datos y medidas en el espacio de las tablas y, por otro, la confección de paisajes. El régimen romántico de la visión presente en *Cuadros de naturaleza* de Humboldt explica la conexión de los fenómenos con un todo: “Lo que está en juego es la ficción de la unidad del mundo y de la vida, una esfera cuyo centro parece estar en cualquier parte donde un europeo, blanco, racional, libre de los instintos que esclavizan al hombre natural y capaz de interiorizarse al decir ‘yo’ tenga algo que contar” (2010, p. 45). Describir es hacer ver el mundo como totalidad viviente por medio de un paisaje. La naturaleza queda destituida como objeto de conocimiento en general porque se vuelve objeto de juicio estético individual, donde se aplican las categorías de lo bello y lo sublime (Cfr. p. 45)²⁸. La contemplación es una forma de comunicación con la naturaleza; en lugar de describir, se narra la visión.

La construcción del paisaje también supone una subjetividad que se representa a sí misma en el acto de percibir. Charles Darwin, que había leído el diario de viaje de Humboldt antes de emprender su trayecto como naturalista junto con el capitán Fitz Roy de la Marina Real Inglesa, viaja por las planicies de la Patagonia, la pampa y la Banda Oriental entre 1832 y 1834. Fermín Rodríguez señala que Darwin a menudo describe estados de exaltación que dan cuenta de la presencia de alguien que se enfrenta a los datos sensibles. Para alguien que venía de Brasil, como el naturalista, las llanuras no pueden ser más que una decepción. Ya está en Humboldt la estrategia de definir los llanos a través de la falta, en contraste con la exuberancia de las selvas tropicales y las riquezas de los valles de Caracas: “lindero desolado de un desierto sin árboles” (Humboldt, 1962, p. 25; Rodríguez, 2010, p. 47). Siguiendo el texto de Henri Bergson, *La evolución creadora*, Fermín Rodríguez afirma que todo lo que se expresa negativamente como la “nada” o el “vacío” no es tanto pensamiento sino afecto. A pesar de esto, en “Mirada retrospectiva”, donde recapitula sus viajes, Darwin se pregunta por qué esas llanuras –las de la Patagonia, más estériles que las de la pampa y descriptas a partir de privaciones– resultaron tan pregnantas y por qué despertaron en él tanto

²⁷ El “arte de desaparecer como observador” detrás de la medición es algo para lo cual Humboldt se preparó durante años. Fermín Rodríguez enumera una larga lista de instrumentos que ofrecían las nuevas tecnologías de la observación y reproducción para tomar de la materia algo invisible a la mirada humana: reloj de longitudes, anteojos acromáticos, cronómetro, grafómetro, sextantes, etc. El desarrollo de estas prácticas es fundamental en la historia del paisaje y de la mirada.

²⁸ “La estética de lo sublime, tanto en su especie natural como matemática, traduce la inmensidad visible del espacio en el sentimiento de infinitud de un sujeto, un shock emocional que aterroriza la razón al mismo tiempo que la supera por el recurso a una imaginación liberada de sus ataduras materiales. Se trata de una suerte de efecto, óptico o de lenguaje, que tiene como resultado la postulación de un orden trascendente espejeando sobre la llanura como un vapor o un espejismo: un lugar vacío donde una cultura va a creer reconocer, sin concepto, la Libertad, el Progreso, el Futuro, la Patria, el Origen” (Rodríguez, 2010, p. 51-51).

sentimiento de placer. Conjetura entonces que eso se debe al libre juego que ofrecen a la imaginación²⁹. Por consiguiente, no es solo imaginación sino afectación y también, como veremos en el próximo apartado, ampliación del régimen de lo sensible.

Tal como indica Gabriela Nouzeilles en su artículo “Patagonia as Borderland: Nature, Culture, and the Idea of the State”, Darwin no fue el único que ha quedado marcado por esas llanuras eternas y, al parecer, carentes de fronteras. Una enorme cantidad de exploradores, viajeros, intelectuales y turistas han quedado seducidos por la experiencia de lo infinito, lo que vincula a la Patagonia con el “mito de desaparecer en el fin del mundo”. Incluso en la percepción de Baudrillard sobre la Patagonia (en tanto desolación de las desolaciones, lugar de desterritorialización), basada en la interacción entre su imaginación y los mitos geográficos creados por las narrativas como las de Darwin, se explicita una idea común: las imágenes de la Patagonia siempre están conectadas con la idea de mundo, por ende, con la idea de “fin del mundo” y de un infinito cronotópico que se extiende entre la modernidad y la barbarie (cfr. Nouzeilles, 1999, p. 35). Esta desaparición también tiene su contraparte en la escala humana, puesto que en el marco de la teoría darwiniana de la selección natural, se desmantela el universo centrado en el humano³⁰. La mirada sensible, sostiene Fermín Rodríguez, se abre cuando el yo empírico no tiene nada más que ver y, “dividido en adentro y afuera por la línea del horizonte”, se va detrás de la ilusión de un objeto inconmensurable y ausente para sus sentidos pero presente en alguna otra parte (Cfr. 2010, p.75). Siguiendo al autor, lo sublime como experiencia de la medida y de los límites de la legibilidad de un paisaje divide sólo la subjetividad europea. Los gauchos e indígenas de la llanura, “capaces de leer ‘una historia entera’ en un rastro imperceptible”, no tenían los mismos límites, dice citando a Darwin³¹:

Entre el silencio y la soledad del desierto y el murmullo anónimo de voces y signos en general que pueblan la llanura, entre naturaleza e historia, hay un umbral por el que el viajero va y viene, dividido entre una experiencia inefable y el murmullo anónimo de un mundo hablado por gauchos, soldados, arrieros, guías, campesinos, informantes nativos en general (Rodríguez, 2010, p. 77).

Estos murmullos anónimos -que sin duda cobran otro tipo de protagonismo en las tradiciones escriturarias argentinas posteriores (por ejemplo, en la gauchesca, donde de todos modos

²⁹ “En este sentido, todo juicio estético es un juicio ‘desierto’, sin referencias a las cosas, puesto que lo que está en juego es la forma vacía del conocimiento vuelto sobre sí, alimentándose de sí mismo según esa ‘finalidad sin fin’ que describe la estética idealista. ‘Felicidad’ o ‘placer’, tanto como ‘monotonía’ o ‘desencanto’ son entonces lo que le pasa a alguien con el poder de ser afectado por el paisaje –se trate de un trozo de naturaleza o de su representación visual o verbal- en tanto objeto que pone en marcha el juego desierto de la representación” (Rodríguez, 2010, p. 71).

³⁰ “En este sentido, lo sublime, como campo supransensible, fantasmagórico, que excede la capacidad del sujeto de nombrar y darse representaciones, prepara aquello que aniquila el cuerpo según una escala de tiempo y de espacio de la que está ausente toda medida humana. Podría decirse que la afirmación del sujeto en lo sublime por parte de Darwin ocurre en el borde de una experiencia en la que el rostro del hombre está a punto de borrarse. Mecanismo sin sentido, la selección natural pronto va a desmantelar un universo centrado en lo humano. Lo que Darwin va a presentar como ‘el misterio de los misterios’ pertenece a una escala de procesos físicos y vitales que exceden la escala perceptiva del hombre, como la formación geológica de la tierra o la distribución, extinción o aparición de una especie” (Rodríguez, 2010, p.74).

³¹ Darwin, Charles (1997). *Diario de viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: El elefante blanco.

predomina la mediación de los letrados)- pueden ser vistos como antecedentes de la polifonía y de las formas de alteridad que se ponen en juego en las crónicas de este trabajo.

Lo que Humboldt había sido representado como “primera naturaleza”, geografía sin historia, en el siglo XIX se presenta marcado por los conflictos políticos de América Latina. La presencia de Darwin en el Río de la Plata coincidió con la Campaña de Juan Manuel de Rosas al desierto, la cual tuvo lugar entre 1833 y 1834. Definidos biológicamente como población antes que como sociedad o comunidad, los indios quedan excluidos de la ley y el Estado se constituye sobre su eliminación. (Cfr. Rodríguez, 2010, p. 86). El sistema que les impide acceder a un asentamiento fijo empuja a los indios y los gauchos a la barbarie: “La civilización, que se reclama defensora de la vida, produce la barbarie al mismo tiempo que crea las condiciones de aceptabilidad de la eliminación de la barbarie” (Rodríguez, 2010, p. 86), y esto es algo propio de todos los procesos autodenominados “civilizatorios”, que en rigor llevan adelante una forma de colonización. Así como el darwinismo contempló, en una escala mayor, la extinción de las especies, se gestaron paralelamente ideas de exterminio que fundamentarían las campañas militares de la Conquista del Desierto.

El trabajo de Fermín Rodríguez continúa con los textos de naturalistas nacionales como Francisco P. Moreno y su *Viaje a la Patagonia austral 1876-1877*, que “prepara el terreno sobre el que iba a maniobrar el discurso de anexión de un estado que, por la información o por la fuerza, se halla en vías de fijar sus límites territoriales” (2010, p. 127). Sus pasos oscilan entre lo vivo y lo muerto. Si el desierto patagónico era para Darwin una enorme sepultura de restos prehistóricos, eso reaparece bajo la forma de los cementerios indígenas que recorre Moreno, “yacimientos científicos que una nación en busca de raíces puede explotar” (2010, p. 128). Se establecen los museos naturalistas como máquina de producir orígenes y los pobladores indígenas son “paleontologizados” por una mirada “museificante”, pues no habitan el presente sino su prehistoria (Cfr. 2010, p. 129)³². Esa violenta “paleontologización” que operara Moreno como forma de crear una suerte de “prehistoria” (que a su vez fue funcional a la negación de los pueblos indígenas) también se manifestó de algún modo en las teorías de Florentino Ameghino. La ciencia argentina del período buscó dominar su historia natural por medio de las ficciones expresadas por los restos fósiles, que imprimen a la llanura un espesor temporal. Algo que Fermín Rodríguez observa en la obra *La antigüedad del hombre del plata*, de Ameghino (hay que aclarar, no obstante, que estas estrategias aparecen también en la obra de naturalistas europeos). Asimismo, Gabriela Nouzeilles sostiene que para producir el espacio nacional y a la vez suprimir las fuerzas nómades de los pueblos amerindios, el Estado argentino combinó la precisión técnica de la expedición científica y la violencia disciplinada de la campaña militar. Mientras construían mapas o inventarios para expandir el

³² En la nota al pie, Fermín Rodríguez remite a los lectores al texto de Jeff Andermann *Mapas de poder* (Beatriz Viterbo, 2000), donde se trabaja la articulación entre las ficciones científicas de Francisco Moreno y la construcción del Estado.

archivo geográfico del Estado, ingenieros, naturalistas y geógrafos también acopiaban información estratégica sobre caminos, agua y alimento disponible para el ejército cuando avanzara contra los indios o defendiera la frontera con Chile: “The hiring of the French engineer Ebelot by the minister of war, Adolfo Alsina, in 1875, is one of those occasions in which the imbrication between military and scientific agendas was almost absolute” (Nouzeilles, 1999, p. 38).

También el comercio traza líneas de exploración en nuevos espacios. A partir de 1820, atraídos por las políticas de liberalización, llegan a la región un conjunto de comerciantes-aventureros, cazadores de fortunas, funcionarios imperiales o agentes de inversión de compañías inglesas³³. Desde una mirada liberal, la civilización es sinónimo de expansión capitalista e incorporación de nuevos mercados que realicen el excedente de valor: “Así, en el reverso de la naturaleza salvaje, idealizada por el discurso romántico, tiene lugar un violento proceso de objetivación y dominio guiado por la especulación comercial con el precio y la explotación de la tierra y de la mano de obra” (Rodríguez, 2010, p.148).

Esta trayectoria de los viajeros se cruza al mismo tiempo con el viaje a Europa de Esteban Echeverría, que en 1837 publicará *La cautiva*, donde funda el espacio a medida que lo nombra (Cfr. Rodríguez, 2010, p. 216; Prieto, 1996, p. 125). El espacio se ha borrado de todo rastro de presencia humana. La irrupción del malón presenta al indio como fuerza de la naturaleza, un cuerpo hundido en los pliegues del paisaje (Rodríguez, 2010, p. 224). Según el investigador argentino, mientras que en los viajeros ingleses los indios son presentados como un dato del paisaje que mide el “atraso” de la región respecto de la “superioridad” política y comercial de Gran Bretaña, para los letrados nacionales, los indígenas aparecen como la barbarie irreductible que amenaza la unidad de la nación y la explotación del suelo. Estas ideas aparecerán posteriormente en la obra Domingo F. Sarmiento, autor de *Facundo*, que tomará la topografía como clave de una interpretación histórico política. La extensión territorial es interpretada como un mal (“El mal que aqueja a la Argentina es la extensión”) y la llanura es sinónimo de despotismo. Sin embargo, Sarmiento le expone a eso un programa optimista de progreso. En *Los unos y los otros. Comunidad y alteridad en la literatura latinoamericana*, Adriana Rodríguez Pérsico sostiene a propósito de la obra de Sarmiento:

En búsqueda ansiosa por darle una nación al desierto, cada ensayo diseña uno y varios pedazos de un mundo en el que se perfila la identidad nacional. Cada texto interroga, de manera específica, la problemática que desvelaba al letrado: ¿Cómo y dónde descubrir las huellas, los trazos que permitan construir una identidad colectiva que opere como sustrato de la nación? En el inicio de una retórica nacionalista, concurren al menos, *Facundo* y *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), al que llamó el “*Facundo* llegado a la vejez” (2017, p. 53).

³³ Entre los viajeros ingleses, Fermín Rodríguez menciona al Capitán Joseph Andrews y su texto *Journey from Buenos Aires through the provinces of Córdoba, Tucumán, and Salta, to Potosí, thence by the deserts of Caranja to Arica and subsequently to Santiago de Chili and Coquimbo in the years 1825-26*. Londres: Murray, 1827. También señala al capitán-ingeniero Francis Bond Head y su texto *Rough notes taken during some rapid journeys across the Pampas and among the Andes*. Londres: Murray, 1826. Otro texto incluido en su análisis es el de Robert Proctor *Narrative of a Journey across the Cordillera of the Andes and of a Residence in Lima, and Other Parts of Peru in the years 1823 and 1824*. Londres, 1825. Mencionamos solo algunos casos de una lista más extensa.

Textos como *Facundo o civilización y barbarie*, *Viajes en Europa, África y Estados Unidos* (1849) y *Argirópolis* (1850), cuentan la vida del otro, es decir, imaginan identidades donde se leen a la vez la existencia del sujeto y, de modo sinecdótico, una historia común. “Los viajes arman modelos de vida para adecuar y adoptar que el ensayista exhibe como corolario de sus itinerarios por diversos países mientras que *Argirópolis* inventa una utopía para la nación, asentada en un espacio reconocible” (2017, p. 54). Además, la autora sostiene que el mito de un origen vacío culpable de múltiples fracasos preside la redacción de *Conflicto* (Cfr. 2017, p. 55). Sarmiento se interroga cuál es el sello especial de las instituciones y la literatura de los pueblos que habitan América del Sur dado el hecho de que la nación de que se desprendieron sus padres no les ha legado “ni instituciones ni letras vivas” (Sarmiento, 1953, p. 399). Desde este punto de vista, la nación porta una carencia doble: falta de instituciones estatales y ausencia de prácticas simbólicas destinadas a fomentar el consenso.

Nacionalismo y racismo son dos términos que, a menudo, se autoimplican. Cuando la cuestión identitaria ocupa la esfera pública suele indicar que los grupos más fuertes se consideran amenazados. Desde este punto de vista, el racismo no consiste en puntos de vista más o menos abstractos e individuales sino en una relación social específica en una situación histórica dada. En el encuentro con el ideario positivista, el discurso sarmientino aspira a la cientificidad; el darwinismo social le aporta argumentos; el relato da una vuelta completa hacia el pasado, remonta el flujo del tiempo histórico para hallar el origen de una *alteridad* que no se imagina social ni cultural sino ante todo natural (...) (2017, p.56)³⁴.

Estos tópicos que se instalarán con fuerza en nacionalismos de las primeras décadas del siglo XX. La serie de invasiones denominadas “Conquista del desierto” dirigidas por Julio Argentino Roca fueron llevadas a cabo en las últimas décadas del siglo XIX por parte del gobierno centralista recién estructurado con el fin de “consolidar las fronteras interiores”. Esto significaba invadir los territorios que desde la época colonial pertenecían a pueblos indígenas con un propósito: “Despoblar a la tierra de esos ‘otros’ irreductibles e irreconocibles, para reemplazarlos por blancos afines a la imagen del ‘nosotros’ que manejaba el Estado ‘nacional’ emergente” (Bartolomé, 2004, s/p). Núria Sabaté remarca el oxímoron contenido en el eufemismo con el que la historia oficial denominó al genocidio: no se puede conquistar una región desierta³⁵. La autora afirma que la Patagonia no era un lugar ni abandonado ni olvidado sino que ocupaba el centro de las políticas

³⁴ En la nota la pie 65, Rodríguez Pérsico adscribe su perspectiva sobre el racismo al texto de Étienne Balibar “Racisme et nationalisme”, incluido en Balibar, Étienne & Wallerstein, Immanuel (1998). *Race. Nation. Classe. Les identités ambiguës*. Paris: Edit. La Découverte, pp. 54-92.

³⁵ Bien lo señala Miguel A. Bartolomé: “Resulta un lugar común suponer que el territorio que conforma la actual República Argentina, se encontraba casi despoblado para el momento del contacto con los invasores europeos. Pero aparte de un lugar común es también una mentira. Es cierto que la densidad demográfica del área no era en absoluto comparable a la que poseían las altas culturas andinas y mesoamericanas, pero eso no significaba que estuviera despoblada. El mito de un inmenso territorio ‘desierto’ y sólo transitado por unas cuantas hordas de cazadores ‘bárbaros’ (...) fundamentaba el modelo europeizante bajo el cual se organizó el proceso de construcción nacional. Resulta muy difícil realizar estimaciones demográficas sobre la magnitud de la población prehispánica, especialmente si consideramos que los cazadores requieren de territorios bastante extensos para reproducir a comunidades relativamente reducidas. Hace ya muchos años J. Steward (1949:661) propuso que dichos grupos superarían los 300.000 miembros, aunque un cálculo más realista, que incluya la alta capacidad productiva de los pueblos agricultores del noroeste, cuya sola población ascendería a 200,000 habitantes (G. Madrazo, 1991) puede hacer subir esta cifra hasta el medio millón de habitantes. Sí, tal vez no eran tantos, pero allí estaban” (Bartolomé, 2004, s/p).

territoriales ejecutadas desde Buenos Aires merced a su potencial agrícola y sus recursos naturales (Sabaté, 2013). En efecto, la Conquista del desierto fue una empresa que benefició ampliamente a las familias hacendadas, que concentraron la adquisición de tierras, y a los capitales ingleses que invirtieron en el ferrocarril, cuyo diseño antepuso la eficacia requerida por el modelo agroexportador antes que las necesidades de integración de la nación. Tal como sostiene David Viñas en *Indios, ejército y frontera*, para la Argentina oficial, 1879 fue un año que representó el cierre de la conquista de la Patagonia y el decisivo sometimiento de los indios. También señala la institucionalización de la república conservadora que prevalece hasta 1916 como paulatino acuerdo entre el ejército y la oligarquía, un conjunto que se destacó por su capacidad silenciadora para negar la violencia que subyace a la instauración del Estado liberal y el ejercicio de la censura ante los problemas vinculados a sus propios orígenes (Cfr. Viñas, 2013, p.15). La herencia de este genocidio negado, en conjunto con múltiples causas políticas y sociales, condujeron a una decepción generalizada que dominó una buena parte de la ensayística de interpretación nacional del siglo XX.

En la tradición aludida, ciertos tópicos presentes en la obra de Sarmiento serían resignificados bajo otra óptica, por ejemplo, la del determinismo telúrico que domina la obra de Ezequiel Martínez Estrada, según la cual el medioambiente y los rasgos del territorio en el que vive una comunidad determinan sus rasgos sociales, culturales y/o psicológicos. En *La cabeza de Goliath* (1947), el autor lleva a cabo una “microscopía de Buenos Aires” donde denuncia la hipertrofia de la capital con respecto del resto del país como resultado de políticas centralistas. Anteriormente, en *Radiografía de La Pampa* (1933), el autor desarrolla una hermenéutica de la llanura (Statta, 1995) que a partir de una raíz filosófica spengleriana abandona la dicotomía civilización-barbarie de Sarmiento y se apoya en la dicotomía civilización-cultura³⁶. En el caso de Martínez Estrada, el vacío como categoría topográfica ha vencido todo impulso de progreso. Pero el vacío es en realidad una transcripción espacial de una sensación de desamparo cultural. Esa sensación es producida por una mirada ante un pasado autóctono que nada ofrece a las expectativas estéticas de la ensayística de los años ‘30³⁷.

Las posiciones políticas e intelectuales de Sarmiento entraron en discusión con muchos autores (baste el ejemplo de las Cartas Quillotanas donde Juan Bautista Alberdi discute con Sarmiento sus ideas sobre la constitución del estado nacional). En el siglo XX, un caso emblemático es el de Arturo Jauretche, quien discute la hipótesis sarmientina de que la extensión es un mal que aqueja al país. En *Manual de zonceras argentinas* (1968) sostiene, a partir de diversos ejemplos, que ningún Estado-nación que haya renunciado o negociado territorios lo hizo sobre la premisa de que la extensión sea un mal (1973). En esa tradición de ideas, el ensayista ve una imposibilidad de

³⁶ Martínez Estrada toma la noción de cultura como aquello que está del lado de lo nacional y la tradición, mientras que la civilización se presenta como inorgánica, artificial, internacional e intelectual (Cfr. Stratta, 1995).

³⁷ Isabel Stratta, 1995, s/p.

pensar el territorio en términos de soberanía y una medición de la grandeza en términos que incluyen la dimensión económica, cultural e institucional, pero que excluyen lo que para él son las bases objetivas: la tierra y el pueblo argentino. Sin embargo, hay ciertos contraargumentos que se pueden examinar:

Alguien ha pretendido que Sarmiento sólo se proponía en esta zoncera señalar las dificultades materiales que la extensión implicaba, tal vez olvidando que expresamente él iniciaba el achicamiento excluyendo la Patagonia de nuestro espacio (Jaureche, 1973, p. 15).

Pero Sarmiento tenía por delante el modelo de Estados Unidos, que iniciaba la “marcha hacia el Oeste” para conquistar territorios colonizados por Francia, España o que formaban parte de México, mientras que el territorio que actualmente es la Argentina se repliega para achicar el espacio heredado. Tal contrasentido sólo puede ser entendido en el marco de la dicotomía “Civilización o barbarie”: Realizar la civilización era, para el pensamiento unitario heredado por Sarmiento, hacer Europa en América, desamericanizarse. Para Jaureche, la desintegración del territorio original fue acompañada de otras zonceras, es decir, doxas con las cuales se justificó la pedagogía colonialista que desestimó el espacio como factor de la nación. Estas son algunas de las voces –no todas– que han intervenido en la organización del espacio, la representación del territorio y el uso ideológico del paisaje como artefacto que permitió posicionarse dentro de las polémicas de interpretación nacional.

2.2. La crónica como mapa: un momento y un lugar

A partir de la tradición escrituraria que muy brevemente intentamos exponer en el anterior apartado, podemos afirmar que la publicación de *Falsa calma* y *Los suicidas del fin del mundo* en el año 2005 demuestra la vigencia y complejidad que la problemática del espacio y el territorio (y todos sus temas adyacentes) tienen en la crónica, tanto periodística como literaria. La genealogía recorrida ofrece un panorama para pensar el modo en que estas obras de no ficción se incorporan a la red de textos que han intervenido en la construcción de un imaginario de la región. Como ya hemos dicho, estas crónicas dialogan con esa red y construyen una mirada atravesada por los procesos sociales y políticos de fines de siglo XX y comienzos del XXI. En este apartado y el que sigue, nos interesa indagar qué miradas construyen ambos textos respecto del espacio, el territorio y el paisaje. En este apartado en particular, pondremos el foco en el contraste entre la representación cartográfica de la que disponen las cronistas y la transformación del territorio en paisaje.

Cuando Fermín Rodríguez analiza los textos de Charles Darwin sostiene que el mapa y el paisaje son dos modos de representación, dos distancias, dos modos diferentes de hacer espacio (Cfr. 2010, p. 69-70). El espacio también es un concepto que requiere precisión. Laura Enrique lo

define como aquel que alude a las características físicas del sitio, mientras que la noción de “territorio” apunta a la expresión de las relaciones sociales construidas en ese espacio geográfico, que producen múltiples paisajes. “Con ‘paisaje’ nos referimos a la interpretación y el uso del territorio que los diversos grupos sociales llevan a cabo; por ello, nunca es neutral y está en constante redefinición como producto de la pugna de perspectivas e intereses entre los grupos” (Enrique, 2015, p. 140-141). Así, la investigadora destaca que tanto la definición como las diversas delimitaciones estatales que se han hecho de la región pampeana y la patagónica se encuentran signadas por intereses políticos que han priorizados aspectos tales como los ambientales, productivos y/o económicos en su demarcación (Enrique, 2015). En el trabajo *El paisaje en el arte y las ciencias humanas* (1994), Fernando Aliatta y Graciela Silvestri afirman que el largo proceso que lleva a transformar la naturaleza en paisaje resulta una pieza clave para comprender las formas modernas de apropiación territorial. Pocos conceptos como el de paisaje proponen una destrucción tan completa de la idea lineal del proceso histórico o de espacio de origen definido. No se puede hablar de paisaje sin entender las técnicas territoriales y no se puede hablar de estas últimas sin comprender que una determinada mirada conforma las estrategias de acción. ¿Qué lugar ocupa el paisaje en la constitución real e imaginada de un territorio? “Corboz propone la visión paisajística como antinómica a la carta geográfica. En este sentido, la percepción del territorio como paisaje expresaría una visión de la naturaleza como sujeto, mientras que el mapa la contemplaría como objeto” (Aliatta & Silvestri, 1994, p.120). En Humboldt ya estaba presente el intento de integración de esa antinomia que sugiere Corboz. No obstante, el historiador alemán Karl Schlögel (2007) sostiene que la cartografía no es una práctica neutral ni exenta de ideología. Los mapas tienen autores, están ligados a un lugar y un momento, presentan ángulos de visión, no son valorativamente neutrales y, al igual que los textos o las imágenes, son representaciones de la realidad. Hablan la lengua de sus autores y callan lo que el cartógrafo no quiere expresar o no sabe cómo. Esto nos permite comprender los propósitos de quienes hicieron tales imágenes del mundo. Schlögel destaca la importancia de analizar el lenguaje de los mapas; interpretar superficies, líneas, signos, símbolos. El problema de la cartografía es saber figurar relaciones espaciales tridimensionales en una superficie de dos dimensiones. Tras este proceso se esconde nada menos que la capacidad de abstracción y del desarrollo humano.

En el comienzo de *Los suicidas del fin del mundo*, el relato propone una rectificación de la cartografía. En el primer capítulo, Guerriero presenta un mapa parcial de la Provincia de Santa Cruz. La inclusión de este tipo de representación del territorio a explorar alude al imaginario espacial contenido en el título del libro. Aludir al sur como “el fin del mundo” implica una designación relativa a una forma hegemónica y eurocéntrica de organizar el espacio geográfico, pues bien podría hablarse del “comienzo del mundo”. En cualquiera de los dos casos, se verifica la

idea de Nouzeilles, según la cual la Patagonia siempre está asociada a la idea de mundo y a un “infinito cronotópico que se extiende entre la modernidad y la barbarie”. En efecto, la noción de “cronotopo” –que alude a las coordenadas espacio-tiempo– se expresa en la polisemia del título, que también puede ser leído desde un sentido temporal, narrativo y escatológico, pues los casos se producen en vísperas del final del milenio. Por eso, la narración no comienza con el primero de una larga serie de suicidios, sino con referencia al 31 de diciembre de 1999 y los preparativos del fin de siglo. Ya desde el comienzo aparece una prolepsis que anticipa el suicidio de Juan Gutiérrez, de 27 años:

Allí, y en toda la Argentina, se preparaba la juerga del milenio con fiestas, alcohol y fuegos de artificio. Pero en Las Heras, ese pueblo del sur, Juan Gutiérrez, soltero, sin hijos, buen jugador de fútbol, no vería, de todo eso, nada (Guerriero, 2015, p. 15)³⁸.

La forma de estructurar la oración de modo tal que la palabra final sea la “nada”, refuerza el imaginario escatológico detrás del título. No obstante, la perspectiva anticipatoria cifrada en el verbo condicional “vería” da cuenta de una continuidad temporal. Asimismo, el inicio del siglo XXI no coincide con el primer ni el último suicidio de Las Heras sino con uno más. Pero Guerriero lo hace coincidir con la naturalización de lo extraordinario:

Esa noche, a las doce en punto, estalló el fin del milenio y en Las Heras hubo fiestas. Nadie suspendió los encuentros, las comidas, el brindis de la medianoche. Habían sido muchas: los vecinos ya estaban habituados a esas muertes (Guerriero, 2005, p. 16).

Si la cartografía tuvo, antes de los sistemas multimedia, una limitación cualitativa (el no poder dar figura a ninguna secuencia temporal) (Schlogel, 2007), lo que Guerriero hace es introducir ese sistema de representación bidimensional en una trama histórica y descriptiva. A partir del episodio de fin del milenio, el relato se remonta a los orígenes históricos del pueblo, que “brotó” cuando se inició la construcción del Ferrocarril Patagónico desde Puerto Deseado hasta la Cordillera. Durante un tiempo fue un sitio de acopio de lanas y cueros, pero la construcción del ferrocarril se vio interrumpida por el estallido de la Primera Guerra Mundial. En los años '60 se descubrió que la región estaba próxima al yacimiento petrolífero más importante de la zona. Así, Las Heras se convirtió en la base administrativa de YPF y aunque los gobiernos dictatorial y democrático desarticulaban el ferrocarril argentino, Las Heras seguía teniendo un recurso valioso. La corporación estatal es presentada como “una patria paralela que encendía los sitios por los que pasaba creando escuelas, rutas, hospitales”, incluso en sitios donde “no hay ríos, ni arroyos ni pájaros ni ovejas, los cielos van cargados de nubes espesas, un viento amargo muele y arrasa a 100 kilómetros por hora y la tierra se desmigaja a veinte grados bajo cero” (Guerriero, p. 18). La descripción del espacio vuelve sobre retórica del vacío y la privación.

³⁸ En adelante, cuando citemos fragmentos de *Los suicidas del fin del mundo*, indicaremos entre paréntesis el apellido de la autora y el número de página. Pero en todos los casos nos referiremos a la edición de Tusquets, de 2015.

En su análisis sobre la obra de William Hudson, Fermín Rodríguez señala que para que algo pueda ser objeto de un relato o una descripción tiene que ser primero extraído del fondo indiferenciado de la llanura³⁹. En el desierto que representa el autor inglés, no hay cosas que describir pero suceden hechos todo el tiempo. Su prosa se organiza en función de la lógica de lo que acontece, en oposición a la lógica de lo que ya es; el evento, frente al orden taxonómico: “Allá lejos y hace tiempo no hay todavía cosas o hechos discernibles que designar, sino acontecimientos sin referencia empírica que llamaron la atención del naturalista y que se mantienen en la memoria como reserva no actualizada de sentido” (Rodríguez, 2010, p. 113). La cronista organiza su prosa de manera tal que primero se describe la carencia y luego se narra en un presente histórico lo que acontece habitualmente: “un viento muele y arrasa”; “la tierra se desmigaja”. Mientras que la narrativa de Hudson prioriza las figuras asociadas a lo viviente (el pájaro que pasa), en la prosa de Guerriero los acontecimientos del universo de la naturaleza se asocian más con lo aparentemente árido o inerte. No obstante, es a partir de la irrupción de fuerzas subterráneas, es decir, el descubrimiento del petróleo, que cambiaría para siempre la historia de Las Heras, puesto que este hecho atrajo una importante migración interna en busca de trabajo y un consiguiente incremento de la población local. Guerriero describe el territorio como un sitio de hombres solos a donde también llegaron los prostíbulos⁴⁰, lo que acarrió la apertura de iglesias del variado espectro ecuménico. Los años 80 fueron años de prosperidad hasta que en 1991 comenzó la privatización de YPF en manos de Repsol y “el paraíso empezó a tener algunas fallas” (Guerriero, p. 20). En ese entonces, gobernaba la ciudad un intendente justicialista de nombre Francisco Vázquez. Guerriero cuenta que durante su gestión se redujo personal y se tercerizaron procesos. El desempleo, para el año 1995, ascendía al 20% y 7000 personas dejaron Las Heras: “Quedaron los que estaban cuando fui. No

³⁹ Hijo de colonos norteamericanos afincados en el Río de la Plata en tiempos de Rosas, William Henry Hudson vivió entre 1841 hasta 1874 en la llanura, donde formó su mirada de naturalista aficionado. En 1871 emprende un viaje por el territorio y relata sus historias en *Días de ocio en la Patagonia* (1893). En su exilio autoimpuesto en Londres, y con distancia temporal y espacial, cuenta sobre los paisajes todavía no integrados a la explotación capitalista en sus libros *La tierra purpúrea* (1885), *El naturalista del Plata* (1892) y *Allá lejos y hace tiempo* (1918). Esos textos constituyen una forma de huida de Hudson hacia lo bello de una primera naturaleza de la que están ausentes las relaciones de dominación, lejos de heridas que produjeron la unificación territorial del Estado argentino y la inserción de la Pampa al mercado mundial. A finales del siglo XIX, se producen fuerzas de cambio social y demográfico que reconfiguran las relaciones entre centro y periferia entre países desarrollados y regiones del mundo dependientes y atrasadas; también entre el adentro y el afuera de la nación. Entre extranjeros inmigrantes y viejos criollos nostálgicos de un hipotético campo argentino. El campo se transforma en una noción extendida al “conjunto de los países periféricos que, como la Argentina, se han convertido en áreas rurales del Reino Unido” (Rodríguez, 2010, p. 105). Desde ese ordenamiento espacial, Hudson recupera el pasado.

⁴⁰ “Así, de a poco, con trabajadores que llegaban de todas las provincias a probar suerte, Las Heras empezó a ser territorio de hombres solos que querían hacer dinero e irse rápido, pero se quedaban años. Se multiplicaron los cruces familiares: hijos e hijastros, padres y padrastros, madres y madrastras, y todos contra todos. Familias ortopédicas producto de revolcones impetuosos que nunca duraban demasiado, y que a veces competían en tiempo y atenciones con las que habían quedado en el terruño de origen. Para aquellos sin familia sustituta ni mujer dispuesta a aguantar un revolcón por soledad irremediable, estaban las putas” (Guerriero, 2005, p. 19). Con respecto a este tipo de afirmaciones, Sabaté señala que Las Heras, como otros espacios patagónicos, parece regirse por un sentido de atemporalidad, como si la llegada de los habitantes a la Patagonia hubiera sido accidental o a partir de una decisión irracional, justificada por el deseo de una mejora económica (Cfr. Sabaté Llobera, 2013, p. 241).

todos, pero sí muchos, eran los solos y los dolientes. Los rotos en pedazos. De algunos –no todos– habla esta historia” (Guerriero, p. 20).

Como ya hemos señalado, antes de trazar el relato sobre el origen del pueblo, la cronista expone un mapa impreso pero también alude a otra referencia cartográfica. En el primer caso, se trata del mapa parcial de la provincia de Santa Cruz impreso en la página 14 de la edición de Tusquets de 2015. El segundo no se muestra pero se representa verbalmente cuando se hace referencia a la gobernación de Néstor Kirchner entre 1991 y 2003:

En la publicidad paga que la Subsecretaría de Turismo de Santa Cruz publicaba durante su mandato en diarios de Buenos Aires había un mapa y en ese mapa, donde debía estar Las Heras, no había nada: apenas la línea negra de la ruta 43 (Guerriero, p. 16).

Como bien plantea Sabaté, la ausencia de Las Heras en un mapa refuerza la metaforización de las localidades patagónicas como pueblos fantasma “cuya estigmatización parte de las instituciones oficiales” (Sabaté, 2013, p. 241). Las Heras es un pueblo paradójico: lo suficientemente nuevo como para que permanezcan los recuerdos de los orígenes y lo suficientemente viejo como para volverse fantasmal.

A los factores históricos, sociales y naturales que determinaron la topografía y la situación demográfica del pueblo, hay que añadir las problemáticas sociales de la crisis de 2001. Como resultado de esa crisis y de los múltiples factores que fueron causa y consecuencia de ese proceso, un corte de ruta en demanda de puestos de trabajo obliga a la cronista a permanecer en Las Heras más tiempo del esperado⁴¹. El conflicto social y la topografía se unen en una sola imagen: “El ómnibus era demasiado viejo y la ruta 43, escenario de todos los piquetes, se clavaba en el horizonte sin ninguna interrupción, sin una sola curva” (Guerriero, p. 22). El aislamiento habitual del pueblo se recrudece con las condiciones políticas imperantes que le tocan en suerte a la cronista en su estadía. Cuando Fermín Rodríguez compara la construcción del paisaje en Humboldt y en Darwin, señala que en este último caso, el retrato de aquella primera naturaleza deshistorizada, inscripta fuera del tiempo histórico, pasa a estar atravesado por la historia y el presente revolucionario de América Latina. Esta representación del horizonte sin interrupción, ya no apela a la categoría romántica de lo sublime, sino a la construcción de un paisaje atravesado por procesos de pugna política por la crisis del modelo neoliberal en la Argentina, que tuvieron lugar a finales del siglo XX. Estas descripciones del paisaje y otras a las que hemos aludido contienden con las representaciones cartográficas que, disfrazadas de la presunta objetividad de su sistema de signos, omiten la presencia de Las Heras.

⁴¹ “Llegué a Las Heras en otoño de 2002 al mediodía”, durante la intendencia de José Luis Martinelli, proveniente de la Alianza, que en marzo de ese mismo año participó junto con los desocupados del petróleo en la toma de la batería de rebombeo Loma del Cui II, de Respol-YPF, denunciando la falta de puestos de trabajo para los locales. Repsol se comprometió entonces a crear puestos de trabajo y Martinelli y otros funcionarios fueron procesados por delito federal pero luego, sobreseídos. Eran habituales los cortes de ruta y piquetes en Las Heras, pero no trascendían en los medios” (Guerriero, p. 22).

En cuanto a la delimitación del territorio a explorar, *Falsa calma* de María Sonia Cristoff realiza una serie de operaciones que explícita o implícitamente inscriben en el espacio la dimensión autobiográfica y comunitaria. La introducción que la cronista ofrece sobre el territorio sitúa la genealogía de la autora en tierra patagónica y ofrece un efecto de extrañamiento al configurarla como tierra de inmigrantes:

Aunque mi padre nació en medio de la Patagonia, todos a su alrededor hablaban búlgaro: mi abuelo había logrado evitar el trabajo en el petróleo que esperaba a la mayoría de sus compatriotas emigrantes y se había comprado un reducto próximo al río Chubut, donde estaba asentada la colonia galesa, en el cual, con el pretexto de cultivar, se dedicó a reanudar su propia Bulgaria. [...] Cuando mi padre salía de su reducto para jugar al fútbol con los amigos de las chacras vecinas sabía que las reglas eran pegarle bien a la pelota y hablar ese otro idioma que hablaban sus amigos rubios: ya de chiquito se las ingeniaba bien con el galés de potrero. (...) Un día, cuando mis abuelos calcularon que tendría seis años, lo llevaron hasta un pueblito cercano, Gaiman, y lo depositaron en un banco de escuela. Desde allí mi padre se percató, observando bien a su alrededor, de que muchos, casi diría todos, hablaban un tercer idioma. No se parecía en nada a los que él sabía, y se llamaba castellano (Cristoff, 2014, p. 23)⁴².

Este fragmento configura una localización propia del territorio que la cronista aborda; un lugar de comunidad, afiliación familiar y también de extranjería. Pero en ese lugar, lo otro es lo local: la lengua materna de los argentinos. En este sentido, resuena el concepto que Cristoff presenta en su prólogo a *Pasaje a oriente*: si el viaje a Europa era el viaje “edificante” tradicional de los intelectuales argentinos, el viaje a Oriente se vuelve “dislocante”, en la medida en que propone una disolución de la antinomia Oriente/Occidente, que propone Edward Said en *Orientalismo* (1978). A partir del estudio de la disciplina orientalista europea, Said demuestra que Occidente, en sintonía con sus ambiciones coloniales, creó un Oriente “a su medida”, definido por “la barbarie, la pereza, el fanatismo religioso, el estancamiento, la sexualidad desenfrenada y la sensualidad estereotipada” (Cristoff, 2009, p. 13). Contra eso propone deponer la idea de Oriente como realidad y comenzar a concebirlo como una construcción occidental y en absoluto inocente. Esta postura, que Cristoff reclama para los textos que incluye en la compilación, también puede pensarse en relación al caso de *Falsa calma*, donde las crónicas proponen otra mirada respecto de la Patagonia. En cuanto a la comunidad de Gaiman, el ejercicio de extrañamiento que propone el fragmento citado es una forma de viaje dislocante, en la medida en que coloca lo extranjero en el centro de la comunidad local y lo local –la variante que queda como herencia de la lengua del imperio– en el ámbito de lo desconocido.

En su artículo sobre *Los suicidas del fin del mundo*, Sabaté plantea una analogía entre la aspiración de superioridad de la mirada europea, propia de las primeras crónicas, y la mirada porteña frente a las comunidades y territorios patagónicos. Es por eso que el artículo de Sabaté recalca en el concepto de “patagonialismo”, que Silvia Casini desarrolla en analogía con la noción de

⁴² En adelante, las citas de *Falsa calma* se indicarán con el apellido de la autora y el número de página. En todos los casos, nos estaremos remitiendo a la edición de 2014.

“orientalismo” de Edward Said, para referirse a la red textual que desde la época colonial funda las primeras imágenes de la Patagonia. Esa tradición tiñe la llegada al sur de la cronista de *Los Suicidas*. En esas imágenes, el americano aparece como un salvaje que necesita ser civilizado y el espacio es tratado como una inmensidad imposible de habitar. En este sentido, Núria Sabaté releva, en la mirada de Guerriero, la perspectiva de Sarmiento respecto de la extensión territorial.

En *Falsa calma*, Cristoff se traslada en busca de historias, pero su viaje “dislocante” no es solo a través de la extensión sino que es también intensivo: la clave de la observación está en caminar la mayor cantidad de veces posibles las mismas calles, buscando lo que el periodista Daniel Herrscher denomina “detalle revelador” (2012), es decir, una imagen o una idea que dé cuenta de una realidad más abarcadora y, podemos agregar, que resalte el valor universal de esa historia. Es así que el fragmento inaugural donde la autora se refiere a su padre no es sólo un ejercicio de desfamiliarización (que coloca al castellano del lado de lo ajeno) sino también de familiarización, dado que la necesidad de migrar es parte de la condición humana y es, por eso, universal y propia. En su texto hay dos maneras de abordar el territorio: la explícita y la implícita. En el primer caso, nos referimos a las descripciones de la topografía que refieren a las localidades con sus respectivos nombres. Sin embargo, hay también delimitaciones y fronteras no dichas. En la entrevista que hemos realizado, la autora afirma:

[...] la geografía está totalmente trastocada. Empieza en la línea sur de Río Negro, sigue en Santa Cruz, vuelve al norte de Río Negro y termina en Santa Cruz. Creo que eso la gente no lo percibe, porque el libro tampoco da esa señal, es un viaje realmente de locos. Queda claro que hubo más de un viaje, o queda claro que ese orden cronológico es lo de menos. Podría haberlo organizado diciendo ‘tomo otra orientación y no trastoco’. Lo lógico sería comenzar por el norte de Santa Cruz y seguir por el sur de Río Negro. Es decir, si voy de Norte a Sur, armo toda esta primera parte y armo esta segunda parte. Sin embargo, eso lo obliteré por completo porque lo que hice pesar fue más bien esa cosa coral, esas voces, que además si bien son corales, tienen una directora de orquesta. Claramente, para mí está claro cuál es el personaje central de cada uno de esos artículos y, a partir de eso, armé después.

(Tejero, 2019, *Diálogo con María Sonia Cristoff*, en prensa)

Además de aproximaciones implícitas a los espacios fronterizos, además de alusiones a través de la elipsis, también se disloca el orden cronológico del recorrido espacial. En la entrevista, Cristoff sostiene que el elemento biográfico y la geografía no tienen por qué ser explícitas. El lugar donde nació y donde ocurrieron muchos hechos de su vida, (Gaiman, Trelew y los distintos pueblos de Chubut donde vive su familia) son los que quedaron afuera, puesto que los pueblos elegidos son los que bordean esa zona de lo que la autora no va a decir.

En la localización de Las Heras en los mapas, Cristoff coincide con Guerriero al señalar el carácter fantasmagórico del pueblo. Pero sus razones son otras: no es la localización de Las Heras la que se suprime de la cartografía, sino los ríos profundos:

El mapa, sin embargo, engaña: da a entender que desde muy cerca de Las Heras se ve el río. El río Deseado que viene desde la Cordillera y desemboca en El Atlántico. Pero no es así, el Deseado no se ve porque, justo a la altura de Las Heras, se convierte en río subterráneo. Uno mira el mapa antes de viajar, de llegar a Las Heras, y después se siente como esos navegantes medievales que cuando finalmente se

animaban a avanzar más allá veían que donde el mapa mundi decía “Terra incógnita” había en realidad un paisaje acuático. Los mapas, todavía, ejercen su particular forma de engaño. Para llegar al río desde Las Heras hay que atravesar unos cuantos kilómetros [...]. Cuando llegamos a lo que me señalan como el río, veo que no se trata de un curso de agua sino de un gran corte en la meseta, como una herida ancha y profunda que lo ha trastocado todo: lo que venía siendo terreno plano se convierte en una especie de acantilado. Desde acá arriba miro, por primera vez en mi vida, un río subterráneo: se ve el recorrido pero no el agua y, en algunos sectores en los que, supongo, las napas de agua están más cerca de la superficie, ha surgido una vegetación ínfima, de carácter eternamente precario (Cristoff, p. 216).

El cauce del río es representado como un impulso que evade al pueblo por vías subterráneas. Y no se trata de cualquier río, sino de un río que se extiende desde las fronteras naturales del territorio (océano y cordillera), lo que permite a la cronista utilizar los fenómenos geológicos como imagen de un olvido que se da en el plano social y político. Del mismo modo, la mano del hombre también parece escamotear al pueblo, pues la ruta principal que une el mar y la Cordillera hace un giro a la altura de Las Heras y deja al pueblo a un costado:

Lo convierte en un pueblo esquivado. Una curvita chica pero lo suficientemente contundente como para permitir que nadie se vea obligado a parar ahí. La gente entonces suele cargar nafta en Truncado y después pasa de largo [...] (Cristoff, p. 218).

Aquí también impera la lógica no de lo que es, sino de lo que acontece: el río se convierte en subterráneo, para luego ser descripto como un corte en una meseta: “una herida ancha y profunda que lo ha trastocado todo”. El mismo funcionamiento rige sobre el territorio atravesado por la comunidad y sus dispositivos de transporte e integración. Como sostiene Fermín Rodríguez, los lugares que Humboldt había “descubierto” como pura geografía sin historia o primera naturaleza están luego cargados de intensidades políticas que trajeron los procesos revolucionarios de América y que se proyectaron sobre el pasado de la región: “(...) la revolución desnaturaliza las representaciones del Nuevo Continente.” (Rodríguez, 2010, p. 78). La naturaleza está mediada por la historia. Sin embargo, antes de las revoluciones independentistas, América ya era pródiga en lo que Humboldt llama “revoluciones del mundo físico”: la lucha violenta de fuerzas subterráneas manifiestas en volcanes o terremotos. Si tal como dice Rodríguez, en un mundo territorializado de paisajes en devenir no hay metáforas posibles⁴³, todo efecto del mundo físico repercute en lo social y viceversa; así, la naturaleza se historiza. Esta idea, que se verá reforzada con la representación del territorio en relación a la extracción de petróleo, también adquiere sentido en relación al paralelismo

⁴³ “Pero la imagen de una revolución como catástrofe no es simétrica de la de una catástrofe como revolución – ‘revoluciones del mundo físico’-. Si la revolución es una catástrofe, la historia se naturaliza volviéndose segunda naturaleza; si, en cambio, la catástrofe es el término comparable con una revolución (la catástrofe *como* revolución), es la naturaleza lo que se historiza. ¿Se trata simplemente de metáforas, como un umbral por el que circulan los signos? ¿O se trata más bien de metamorfosis entre cuerpos y lenguajes, entre materias semióticas, físicas, químicas, sociales y económicas en continua transformación, no organizadas alrededor de algún centro rector de la experiencia? En un mundo imperfectamente territorializado de paisajes desfigurados y en proceso de devenir, no hay metáforas: un fragmento de geología repercute directamente sobre el lenguaje; un rasgo biológico corre en paralelo a un desarrollo económico o a un conflicto político” (Rodríguez, 2010, p. 79).

de planos donde funcionan las metáforas que hace de Las Heras un pueblo esquivado (por el río y por la ruta).

En suma, las cronistas oponen dos formas de representación: el paisaje verbalmente construido y la cartografía. Desarman la mirada hegemónica que la cartografía establece respecto del territorio e incorporan un lenguaje que permite contemplar la relación espacio-tiempo.

2.3. El lugar del viento

Nos interesa señalar que esa red textual se compone de una cantidad de textos presentes en la literatura argentina y en el caso de Cristoff, la tradición se abre a otras lenguas. Frente a los precursores que hemos indicado –solo algunos dentro de la amplia ensayística de interpretación nacional– y la arquitectura intertextual de la obra de Cristoff, más que una mirada imperial asociada al afán de dominación, lo que hay es la mirada finisecular donde resuenan los ecos del desguace del ferrocarril, la privatización del petróleo y la crisis del 2001. Se trata, precisamente, del contexto convulso al que Carrión denomina “Postmodernidad herida” (2012, p. 34). Por su parte, la imagen del territorio patagónico en Guerriero es, tal como plantea Sabaté, la de un desierto incomunicado y cargado de peligrosidad “donde el viento se manifiesta como ente perverso, responsable de los crímenes” (Sabaté, 2013, p. 237).

Cuando Fermín Rodríguez analiza la obra de Darwin, sostiene que el naturalista señala estados de exaltación y desencanto, que acompañan y recubren la experiencia de conocimiento:

Una hora del día, una temperatura, una intensidad de la luz, una brisa, forman una multiplicidad de datos descriptivos desligados que solo se constituyen como paisaje cuando alguien que se representa a sí mismo en el acto de percibir, alguien que permanece idéntico a sí mismo en medio de un torbellino de datos sensibles, se atribuye en tanto unidad de sentimiento lo que de otro modo sería un conjunto heteróclito de series divergentes (Rodríguez, 2010, p.70).

En este sentido, la experiencia territorial de Guerriero no oculta la manifestación de una primera persona que teje un conjunto de datos sensibles y heterogéneos sino que además, asocia al mismo fenómeno, sentidos diferentes. Siguiendo la idea de que la crónica pone en conflicto no las ideas o los sentimientos, sino los diversos regímenes de sensorialidad, de percepción (Rancière, 2008; Montes, 2014), la atención de este apartado estará puesta en la representación del viento como fuerza que despierta múltiples imágenes sensoriales. El paisaje, así, pasa a activar sentidos que trascienden lo visual, que dan cuenta de una temporalidad que permite un tejido del acontecimiento (el viento) con la narración y el testimonio. Cuando Fermín Rodríguez analiza la obra de Humboldt, señala una comparación entre los llanos y el océano, pero también dice que esta similitud encuentra límites: la estepa “yace inmóvil” pero el mar no; su fluir oscila “atravesado por

corrientes invisibles y cambios de temperatura y color” (Rodríguez, 2010, p. 48). Hay que hacer que la lengua trabaje, dice el investigador argentino. Por eso se multiplican las analogías: ninguna imagen alcanza a dar cuenta de las particularidades de los llanos y de la Pampa. También por eso, en el texto de Guerriero, el viento cumple esa función: manifiesta un fluir que la estepa no puede expresar. El régimen romántico de la visión que domina *Cuadros de naturaleza* de Humboldt explica la conexión de los fenómenos con un todo, dando cuenta de una suerte de ficción de la unidad del mundo y de la vida. De modo análogo, Guerriero recupera la ficción de unidad. Sin embargo, en su caso, lo hace a través de la construcción de un “yo” que percibe el viento, que lo enfrenta, lo atraviesa, lo lee y lo une con la alteridad de los testimoniantes; un “yo” que opera, a la sazón, como la subjetividad que se traduce en el recuadro del paisaje.

En el inicio, el viento obliga a la reclusión de los espacios públicos y se presenta como un obstáculo para la circulación:

Era mi primer día en Las Heras. El viento levantaba olas de polvo, azotaba los frentes de las casas bajas y todas las ventanas estaban cerradas. Después, días después, entendí que detrás de esos postigos había bares y kioscos, tiendas y mercados, algún gimnasio, pero entonces, luchando para avanzar contra ese viento inverosímil, lo que vi fue una ciudad cegada que por obra y gracia de un corte de ruta empezaba a ser, además, un sitio fuera del mundo, un lugar perdido (Guerriero, p. 30).

Las respuestas desesperadas de la comunidad ante los efectos de la crisis son ahora las que aíslan al pueblo. La mirada atenta del cronista urbano se trastoca en un impulso difícil de concretar:

Esperar en la calle, en un sitio como Las Heras, es la peor de todas las tareas. Con el viento arrasando o el frío punzante y la nada alrededor, uno empieza a darse severa cuenta de lo que debe ser vivir así, ahí, todos los días.
(Guerriero, p. 72)

Por momentos, ese ente perverso del que habla Sabaté se convierte en una fuerza devoradora que acompaña (o engulle) a los testimonios. Esto se observa cuando, ante la falta de registros oficiales sobre los casos de suicidio en Las Heras, Guerriero decide buscar subregistros en la funeraria del pueblo. Mientras dialoga con su dueño, Carlos Navarro, afuera el viento se presenta como “un siseo oscuro, una boca rota que se tragaba todos los sonidos: los besos, las risas. Un quejido de acero, una mandíbula” (p. 84). Un monstruo devorador de la polifonía. En el descanso, el viento se revela infinito:

Cuando me acosté el ruido de las ventanas era un temblor profundo, una maldad interminable. Escuchando el batallar de aquellos vidrios pensé, con cierto alivio, que algún día me despertaría en otra parte, y todo eso habría terminado.

Después pensé que lo mismo habían pensado tantos, y sus noches sin embargo eran tan largas
(Guerriero, p. 102).

Asimismo, el viento no es solo un agente de incomunicación, sino también una fuerza destructora y a su vez creadora de un escenario despojado y arrebatado:

El viento tiró los cables del teléfono, señorita. No se puede llamar.
Miré por la ventana. Polvo, viento y árboles desgarrados.
En alguna parte –en Buenos Aires– había sitios con luces, casas con las ventanas abiertas, cines, revistas.
[...] Pero todo esto quedaba en un lugar inexistente. El Norte. Lejano Norte.
Y esa noche, ahí en Las Heras, caía la noche sobre el mundo entero.
(Guerriero, p. 109)

El viento es también una fuerza capaz de acopiar restos amorfos e indistinguibles: “Cuando salí de la peluquería había una tormenta de tierra o de arena o de piedras, o era viento a secas y a mí me pareció una tormenta de todas esas cosas” (Guerriero, p. 119). Sólo una subjetividad puede tejer esos restos amorfos y heterogéneos.

¿Es el viento parte del dominio de lo natural? La dicotomía, en Guerriero, no es “civilización o barbarie”, ni “civilización o cultura”, sino “naturaleza o humanidad”, como si se tratara de dos cosas diferentes. El viento resulta ajeno a ambas:

Afuera los árboles grises parecían hechos de plumas, de alas muertas, arañados por una fuerza de malas intenciones.
Es raro este empeño, pensé. Allí donde la naturaleza renuncia y pone arbustos y unas piedras, el bicho humano se empeña en poner casas, escuelas, una plaza, e insiste en tener cría.
(Guerriero, p. 119)

La naturaleza llena de vida se retira hacia rumbos menos hostiles y el viento aparece como ajeno a ella. “El bicho”, en cambio, se resiste a los determinismos de esta fuerza arrolladora, pero fracasa. Si el viento no es naturaleza, no puede ser más que una fuerza monstruosa, una forma de alteridad incognoscible e ingobernable. Lo que en la ensayística de interpretación nacional se postuló como una parte más de las fuerzas telúricas que habrían definido el destino de la nación según una mirada determinista entre el ambiente y la sociedad, aquí es visto como una fuerza cósmica mayor que no pertenece ni a la tierra ni a la naturaleza. Pero esto no hace caer al texto en una forma fantástica, sino que combina el carácter extraño con factores políticos. Tanto el proyecto de integración nacional a través del ferrocarril como el del usufructo de hidrocarburos como actividad integradora se vieron interrumpidos –o “maldesarrollados”– por las inclemencias de la historia social⁴⁴.

Sin embargo, el viento también puede adquirir connotaciones radicalmente distintas. En el capítulo “Yo fui ramera”, Guerriero se centra en la historia de Cecilia: “(...) en mi casa los hombres siempre estudiaron pero mi papa siempre decía que las mujeres no estudian porque como se casan no necesitan” (Guerriero, p. 153). Cecilia viajó a Buenos Aires para trabajar como empleada doméstica, pero encontró en la prostitución una forma posible de salir del encierro al que la sometían primero los varones de su familia y luego, sus patrones. Esa forma de “libertad” no era gratuita, costaba un enorme esfuerzo por soportar el asco y el miedo; esfuerzo que conseguía con

⁴⁴ Al respecto, ver Svampa, Maristella & Viale, Enrique (2014). *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz.

profundas ingestas de cerveza. Veinte años antes de la entrevista, cuando nació su primer hijo, abandonó todo y se hizo Testigo de Jehová. Cecilia habla bien de Las Heras porque allí, dice, no se juzga a las prostitutas. Pero también disfruta de otros aspectos:

Acá disfruto de todo. Hasta del viento disfruto. El viento es como el sinónimo que te hace acordar que no tenés la menor duda que estás en Las Heras. Vas a otro lugar y no te pasa lo que te pasa acá. Es algo particular. Si estás acá, tenés que amar el viento, reconocerlo y aceptarlo como algo cotidiano de Las Heras. Porque, ¿alguna vez viste un viento como este?
(Guerriero, p. 156)

En el testimonio de Cecilia, el viento ya no es la perversa fuerza natural que vuelve macabros los relatos de las muertes, sino que se trata de una fuerza singular, identitaria y, sobre todo, redentora:

El viento además se lleva todo. El salmo 51, de la Biblia, dice: ‘Borra mis transgresiones, lávame de mi error y límpiame de mi pecado. Mis pecados están frente a mí constantemente. Contra ti, contra ti, sólo he pecado, y lo que es malo a tus ojos he hecho. Pon en mí un espíritu nuevo, uno que sea constante’. Dios tiene la capacidad de borrar eso, y eso hace que hable de esta manera, tan libremente, de que yo fui ramera.
(Guerriero, p. 157)

En este caso, la cronista ofrece un voto de confianza al testimonio cuando el ambiente es descripto bajo un manto de calma: “Cuando salí de su casa, el pueblo entero flotaba en un silencio amable” (Guerriero, p. 157). El viento se vuelve un tópico permeable al tono de cada testimonio.

En el capítulo dos de *Falsa Calma*, María Sonia Cristoff ofrece otra mirada del viento que disloca las representaciones de esta fuerza como ente desolador. Cuenta la historia de Francisco, un hombre nacido en Córdoba que desde muy joven sintió una profunda pasión por los aviones y la sacrificó frente a la salida laboral de la industria automotriz. Toda su vida en Cañadón Seco trabajó para YPF, primero en el taller mecánico y luego en el campo con las bombas de petróleo. Un día de verano, él y sus colegas encontraron un Piper PA12 en perfecto estado.

Entonces, a finales de los sesenta, hacía muy poco que se volaba en la Patagonia. La aeropostal argentina estaba a cargo de los vuelos comerciales y los que podían se compraban sus propias avionetas. El transporte aéreo empezaba a ser el aliado de los patagónicos contra el fantasma de la tierra olvidada. El cielo estaba de su lado. El transporte y el telégrafo fueron dos de las obsesiones de los primeros blancos que se asentaron en el Sur: los necesitaban para exportar, para sobrevivir, para huir. Curiosamente hoy, más de treinta años después, las cosas no han cambiado mucho. Moverse dentro de la Patagonia es difícil, caro, incómodo, irregular.
(Cristoff, p. 44)

Cuando se refiere al primer encuentro entre Francisco y el avión, Cristoff se apropia de la metáfora del desierto, convenientes para los intereses terratenientes de la oligarquía argentina de finales del siglo XIX y comienzos del XX: “se le habían aparecido como espejismos del desierto patagónico” (Cristoff, p. 45). Pero ese desierto, esa insistencia en la “nada” o el vacío topográfico que también tiene ecos en el texto de Guerriero, en el testimonio de Francisco es un espacio de proyectos. Con ayuda de las autoridades de la compañía, logró iniciar la Escuela de Pilotaje Aéreo

del Club de Cañadón Seco, “un impulso al desarrollo de la aviación, la demostración de que YPF podía cubrir todas las necesidades de sus empleados y todas las áreas de la soberanía nacional” (Cristoff, p. 46).

La historia de Francisco y sus escenas de aprendizaje como piloto junto a su maestro le ofrecen a la crónica una mirada del territorio centrada en el dominio aéreo, el punto contrario de la “tierra”, y ofrece otra perspectiva respecto de la geografía o el paisaje:

La brújula, decía, por ejemplo. Y entonces él se daba cuenta de que se habían perdido. Que habían salido con la intención de ir hacia el norte, hacia la meseta chubutense, y que sin embargo ahí abajo estaba el mar. El océano, el Atlántico, mejor dicho. Francisco, las primeras veces, comentaba el estado de las cosas, anunciaba lo que estaba por hacer, incluso lo que iba haciendo: decía que abajo estaba el océano, que debía virar en dirección noroeste, que ahora notaba que el viento no se les resistía, pero el otro nada. Silencio. Un silencio que lo hacía sentir desubicado, infantil, redundante. Y que lo dejaba absolutamente solo. ¿Cómo se suponía que viraba hacia el noroeste? ¿Un viraje rápido, cerrado, o una gran vuelta abierta?
(Cristoff, p. 49)

Lo inconmensurable, en esta crónica, ya no es el desierto sino el cielo; su presencia abrumadora se convierte en “territorio” susceptible de ser explorado. La geografía, entonces, ya no queda limitada al espacio de aislamiento descripto en el texto de Guerriero. Lo llano o lo desierto se revelan apenas como descriptores dentro de una amplia variedad de categorías topográficas posibles; la escala del territorio crece; los organizadores espaciales obedecen a otro sistema de referencia capaz de sobrevolarlo; el viento ya no es sólo un obstáculo sino también un aliado al que hay que respetar y conocer; el agua, finalmente, ya no está tan lejos. Esta trama conduce a Cristoff a vincular la historia de Francisco con la vida de Antoine de Saint-Exupéry, que en noviembre de 1929 inaugura los vuelos de la Compañía General Aeropostal hacia el Sur. Saint-Exupéry conocía bien los aviones porque a finales de la Primera Guerra Mundial lo habían reclutado en la Sección de Obreros de la Aviación como mecánico:

De sus vuelos a la Patagonia lo marcaron fundamentalmente dos cosas: el anhelo con el que la gente esperaba la llegada del correo aéreo, y la noche. De esto último habla en *Vuelo nocturno*, que aparenta ser una novela testimonio sobre esa modalidad de vuelos que Jean Mermoz había ideado para salvar a la compañía de la quiebra, aunque en realidad es un libro sobre la noche. De los peligros de andar volando por ahí -y sobre todo, de la impotencia para contarlos, de la dificultad para hacer de la experiencia un relato.
(Cristoff, p. 54)

Se trata de un desafío análogo al del cronista: “hacer de la experiencia un relato”. Esta operación reaparece en otros capítulos de *Falsa calma*. La cronista toma el problema central de las historias narradas, construye una metáfora que lo contiene y la traduce a una fórmula relacionada con las características de la crónica.

3. Crónica cultural

3.1. Las problemáticas culturales

Un análisis de las obras que componen nuestro corpus no puede permanecer ajeno al problema de la cultura como arena de disputa ideológica y política. La crónica, tanto por su linaje asociado a la etnografía como por su carácter simultáneamente literario y periodístico, tiene a las prácticas culturales como un eje vertebrador de su constitución y sus cambios. En su trabajo sobre la crónica urbana, Alicia Montes señala que es imposible estudiar las narrativas de la posmodernidad sobre los sectores sociales subalternos o marginales sin tener en cuenta la mirada que se tiene sobre la cultura (2014). En rigor, esta afirmación puede ser extendida a todo el género “crónica” concebido como una práctica propia del periodismo cultural o del campo literario y particularmente a aquellas crónicas que se ocupan del territorio y las comunidades que lo habitan.

Según Jorge Rivera, el periodismo cultural se ajustó, a lo largo de su desarrollo, a dos visiones de la cultura: por un lado, aquella visión restringida que considera como “cultural” aquello que pertenece al orden de las “bellas artes” o “bellas letras” y que sólo se orienta hacia una minoría de conocedores. Por otro, aquella visión integradora forjada ya desde 1874 por E. B. Taylor cuando hablaba de la cultura como un complejo que incluye “conocimiento, creencias, arte, moral, ley y otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad” (Rivera, 1996, p.16). Estas dos nociones de cultura junto con otras dicotomías como lo restringido y lo masivo, están presentes, de un modo u otro, en todas las definiciones de cultura existentes en las ciencias sociales. El campo del periodismo cultural, como sostiene Jorge Rivera, no es homogéneo ni reductible a unos pocos estereotipos. Posee una gran amplitud y es posible considerar como parte de él publicaciones tan disímiles como una revista literaria de pequeña circulación, el suplemento de un diario de tirada masiva, una publicación académica altamente especializada, un fanzine, una revista de divulgación, una edición facsimilar, etc. Y podríamos agregar las antologías de crónicas y los libros de periodismo narrativo, la infinidad de plataformas online y revistas digitales existentes en el mundo actual. Asimismo, existen medios audiovisuales a través de los cuales también se desarrolla el periodismo cultural, tanto los tradicionales como la radio y la televisión así como los diversos canales digitales de difusión de podcasts o videos autogestionados por periodistas culturales independientes. Con la emergencia de las distintas plataformas de blogging podríamos afirmar que cualquier persona puede ejercer el periodismo cultural y que, más allá del carácter profesional con el que encare su tarea de construcción, cobertura o mediación de prácticas culturales, siempre subyace un presupuesto más o menos explícito respecto de lo cultural. En los variados soportes y medios de comunicación en los que se inserta la crónica periodística, se pone en

juego una determinada mirada sobre la cultura frente a la cual no podemos permanecer ingenuos. Esta posición nos obliga a detenernos en las cuestiones culturales del corpus que nos ocupa. Por tratarse de uno de los conceptos troncales y fundacionales de las disciplinas sociales y humanísticas, un estado de la cuestión se presenta como una empresa inabarcable y fútil para los límites que exige este TIF. Por esa razón, nuestra prioridad está en determinar, a partir de las dos obras que analizamos, las problemáticas culturales que las autoras eligen para sus investigaciones –ya sean temas, conflictos históricos, acontecimientos, instituciones, prácticas o sujetos– y las miradas que podemos encontrar en el tratamiento de estas cuestiones, puesto que esa diversidad de problemáticas puede conjugar distintas visiones en pugna respecto de lo cultural. Algunos de estos ejes son los efectos de las históricas problemáticas territoriales en las distintas comunidades patagónicas; el tejido entre los conceptos de espacio, territorio y paisaje, que establecen una relación compleja donde subyace una determinada vinculación de la sociedad con la naturaleza (y que hemos comenzado a analizar en el capítulo anterior); la relación de las comunidades locales con la nación; la construcción de una mirada en relación con las voces de los otros sujetos; la problemática indígena en la historia local; las migraciones y la figura de la extranjería; el diálogo con la clásica dicotomía “civilización y barbarie” de larga tradición en la literatura argentina; otras dicotomías que emergen de ambas crónicas, como “civilización y cultura” o “humanidad y animalidad”; las creencias esotéricas que circulan en las comunidades; los efectos del establecimiento de corporaciones extranjeras en usufructo del petróleo en el territorio argentino; las políticas públicas en todos sus dominios incumbencia, especialmente en cuestiones de recursos, territorio, género y documentación. Como vemos, la crónica no sólo se dedica a prácticas culturales sino que su existencia (comprendida tanto en los procesos de escritura, edición, lectura y construcción de tejidos de textos) constituye una práctica cultural. Asimismo, estos trabajos que se adentran en territorios específicos convocan también una posición respecto de la comunidad y la nación, que analizaremos en el siguiente apartado.

3.2. Gone with the wind

3.2.1. La comunidad y el suicidio

En este apartado, nos ocuparemos de una serie de cuestiones que aparecen enlazadas en los textos. Considerando que la problemática de los pueblos patagónicos conjuga la relación entre la comunidad y el territorio, indagaremos el modo en que se representa la comunidad de Las Heras en cada obra y analizaremos el relato de los suicidios como una trama sujeta, de un modo u otro, a las explicaciones que emergen de la comunidad en cuestión. La narración implica relaciones de causa y consecuencia y los hechos traumáticos imponen la necesidad de discursos explicativos que permitan

procesar los duelos. Esa labor terapéutica del relato funciona en ambos textos de manera comunitaria. Y en esos sentidos que se transitan colectiva e individualmente también hay huellas de una relación conflictiva —de abandono, de vacío— con la comunidad más amplia que es la nación. Publicadas en el mismo año, ambas obras se ocupan del caso de Las Heras, con modalidades muy distintas. *Los suicidas del fin del mundo* está enteramente destinado a esta localidad. Tal como plantea Sabaté, Guerriero deja que los testimonios hablen por sí mismos y tanto a través del discurso directo como del discurso indirecto libre, logra combinar proximidad y distancia respecto de los personajes que prestan sus voces: una proximidad que los caracteriza y una distancia con la mirada de la propia narradora. Cuando dialoga con la familia de Sandra Mónica Banegas, cuyo caso inauguró la consciencia de una serie continuada de suicidios, aparece una fuerte filiación con discursos religiosos y una atracción temerosa respecto de prácticas sectarias y esotéricas:

(...) Había mucha secta ubanda.

— ¿Umbanda?

— Ubanda, sí. Y después vinieron los pastores nuestros de Brasil, y dieron vueltas, y se hicieron oraciones en cada esquina del pueblo.

(Guerriero, p. 22)

El siguiente testimonio lo ofrece Clara Montiel, la tía de Luis Montiel, otra de las víctimas. Clara también se remite a ese discurso que oscila entre una fuerte filiación religiosa y las creencias esotéricas. Dice que Luis no estaba protegido porque no llevaba su cruz: “Yo se la ponía y él se la sacaba porque sus compañeros se reían. Al no estar protegido, el Maligno le ha trabajado la mentecita. Es el Maligno el que se los lleva” (Guerriero, p. 58). Clara insiste con la idea de que en el cuarto de Mónica había una lista con los nombres de todos aquellos que correrían la misma suerte:

— ¿Esa lista la vio alguien?

— No. Es que nadie sabe nada. Nadie vino a hacer nada. Nadie intervenía. Nadie investigó. Nadie preguntó nada.

(Guerriero, p. 58)

Los relatos de casos análogos incorporan otro tipo de explicaciones, ajenas a la teoría de la lista y de las prácticas esotéricas; cercanas a las historias de desamparo familiar, abuso, ausencias de contención o de falta de proyectos para la juventud. Sin embargo, más allá de la superstición, las palabras de Clara revelan la impericia política para tomar partido y evaluar los suicidios como asunto de la arena pública: “nadie vino a hacer nada”.

Además de los testimonios de parientes y conocidos, Guerriero entrevista a otros habitantes de Las Heras que han logrado sobreponerse a las hostilidades del medio y en algunos casos, desarrollar proyectos propios o ajenos. Tales son los casos de Pedro Beltrán, profesor de inglés de colegios secundarios; Naty, testimoniante del prostíbulo “Vía Libre” y Rulo, un DJ que a duras

penas logra seguir las novedades de la música electrónica en Buenos Aires en un contexto en el que todavía no hay Internet en Las Heras:

— Acá si no tenés empuje, se te van apagando las ilusiones. A veces, no te creas... yo creo que esa idea de quitarse la vida la ha tenido todo el mundo. Es que te cansa. Esto te cansa.
Señaló la puerta.
El viento pateaba para poder entrar.
(Guerriero, p. 126)

Como hemos visto en el capítulo anterior, el viento adquiere múltiples connotaciones, la mayoría negativas, y configura así una descripción de la topografía. En este caso, el viento es personificado y señalado a través de un deíctico. Los habitantes lo identifican, lo señalan e incluso algunos lo convierten, tal como indica Sabaté, en responsable de los suicidios. Pero tal como hemos visto, no todos ofrecen la misma representación de este fenómeno o fuerza natural.

En una gran parte de los capítulos de *Los suicidas*, Guerriero despliega una estrategia narrativa: la de unir las historias particulares a través de los distintos casos. Un buen ejemplo de esta estrategia la observamos en el capítulo 7, titulado “Bañero, Jinete, portero de noche”, donde se narran las historias de Pedro Tellagorry, Marcelino Ñancufil, César López, Javier Tomkins y Ricardo Barrios. Los dos primeros son mencionados de manera sucinta, posiblemente por falta de información. Lo que no pasa desapercibido para la cronista es precisamente esa ausencia de registro. Tellagorry, de 85 años, apareció sin vida por un disparo el 26 de diciembre de 1998. Ñancufil se ahorcó en su casa el 26 de abril de 1999. “Quizás porque no habían nacido en Las Heras, aunque vivía allí desde hacía tiempo, muy pocos recuerdan su suicidio [...] Sin embargo, fue el primero de un año escalofriante” (Guerriero, p. 127). El capítulo prosigue entonces con el caso de César López, bañero de 25 años, que se disparó. Para su amigo Darío, César se sentía oprimido por la actitud de Rubén, su padre, policía de profesión y altamente riguroso y exigente. Darío cuenta que César apareció intempestivamente en su casa con un arma de fuego amenazando con pegarse un tiro y que a pesar de haberlo disuadido, César ejecutó su fatal decisión. Enseguida llegó Rubén López para unirse a los gritos y los golpes. “Cuando César escuchó la voz de su padre pidiendo por favor del otro lado —su puño queriendo romper la puerta a golpes— disparó” (Guerriero, p. 133). Al salir de la casa, la cronista describe el cielo como “una ubre rasgada, llena de sangre” (Guerriero, p. 134). Su mirada acompaña el clima del relato.

Para narrar los episodios previos al suicidio de César López, Guerriero menciona la perspectiva de Silvia de Tomkins, vecina de los López, quien recuerda haber visto a César volviendo a su casa, sin notar en ello nada raro. Un mes y una semana más tarde, su hijo Javier Tomkins, de 24 años se ahogó en el galpón de una chacra. La tragedia parece transmitirse entre contactos, como si se tratara de un virus. Ese efecto de enlace estructura el pasaje de una muerte a otra. Si bien se trata de un pueblo pequeño donde mucha gente se conoce, hay un esfuerzo de la

autora por explicitar los vínculos entre las víctimas al enlazar el orden en el que narra los casos. Cuando estos parecen entrelazarse a través de contactos, no es difícil percibir que el relato participa de ciertas formas del fantástico. Es un aspecto que también se activa cuando en los testimonios emerge la amenaza de que Las Heras se vuelva un pueblo fantasma⁴⁵. Pero la vacilación propia de este género dura poco. Cuando los testimonios revelan las problemáticas sociales, el espacio paraxial que caracteriza al fantástico se desmorona y se evidencia el carácter realista y político de la catástrofe de los suicidios.

Jéssica Ortiz, la novia de Javier, había partido hacia Comodoro a estudiar Trabajo Social⁴⁶. Su testimonio ofrece un perfil de Las Heras como un lugar tranquilo y seguro pero donde todos están “muy pendientes de lo que hacés” (Guerriero, p. 137). También resalta la falta de perspectivas para los jóvenes, especialmente para las mujeres, que ven subordinadas sus voluntades a las de los varones. Así, a través de prácticas, los testimonios van delineando perspectivas de familia y de proyectos personales hegemónicos, entendiendo “hegemonía” no solamente como un sistema de valores sino como todo el proceso social vivido y organizado por ese sistema de valores dominantes. Esto no incluye sólo las ideas sino, fundamentalmente, las prácticas a través de las cuales la hegemonía se experimenta a partir de prácticas (Williams, 2009; Gramsci, 1970), lo que produce un horizonte muy limitado de proyecciones personales. Es así que la familia se vive como única expectativa personal posible.

Siguiendo la cadena de contactos, las palabras de Jéssica abren paso a la historia de Ricardo Barrios, vecino de Javier Tomkins y compañero de jineteadas. Tenía 21 años, trabajaba en el petróleo y también era portero de un club nocturno. Guerriero inicia el relato con el episodio de la muerte, luego se remonta a su historia de vida: “Once días después, el 23 de agosto de 1999, cuando Ricardo Barrios entró a su casa y le dijo a su madre que o dejaba a su padrastro o se mataba, ella fue breve. Le contestó: ‘Matate’” (Guerriero, p. 143). La historia de Barrios está contada a partir del testimonio de Demetria Salas, quien al momento de la entrevista tenía 45 años, vivía en Las Heras y había nacido “cuando las calles no estaban puestas, no había remises ni teléfonos ni ambulancia ni gas” (Guerriero, p. 143). Hija de una familia con 21 vástagos y un padre que prohibió a sus hijas mujeres seguir estudiando después de la primaria, Demetria tuvo quince hijos y se separó de su primer esposo por violencia de género. Al igual que Demetria y su madre, la hermana menor también tuvo múltiples partos: 22 hijos. Cinco de ellos murieron. Uno de ellos era Ricardo:

⁴⁵ Sobre todo con la amenaza de que Repsol deje el pueblo y se marche a la localidad de Sarmiento.

⁴⁶ A través de la voz de Jéssica, Guerriero introduce una alusión a la perspectiva del sociólogo Émile Durkheim sobre el suicidio: “Todos dicen ‘Ah, fue culpa de que no había lugares para la juventud, que no hay futuro’. Pero no, yo pienso que es por la propia iniciativa que tienen las personas. No sé si habrás leído algún libro de Durkheim. Es una decisión que ya tienen las personas en sí. Fijate, yo podría haber hecho lo mismo, y me propuse metas, salí adelante” (Guerriero, p. 139).

La cría de Mabel sobrevivió como pudo mientras ella pasaba de un hombre a otro, de una casa a otra, y en cada mudanza olvidaba algo: unas bombachas, unos hijos. Un día se fue a vivir con un hombre cebado: la golpeaba, a ella y a todos sus críos, pero como era más de lo mismo, no le importó. A Ricardo sí (Guerriero, p. 146).

La crudeza de Guerriero radica no solo en el lenguaje que utiliza para narrar, sino también en su habilidad para dar cuenta de las tramas sociales dominadas por la violencia de género, la imposibilidad de la planificación familiar y la ausencia de recursos para acompañar a los jóvenes en situación de vulnerabilidad. La forma en que el texto inicia el relato de una serie continuada de suicidios donde sitúa el primer episodio en el caso de Sandra Mónica Banegas –casos que no fueron los primeros y lamentablemente, tampoco los últimos– también da cuenta de la inclusión y la marginalidad dentro de una forma de comunidad atravesada por esta manifestación de violencia. La estrategia narrativa que hemos señalado, es decir, el enlace de los casos a través de conocidos, permite vislumbrar una forma de comunidad que la cronista crea en los relatos. La ausencia física de aquellos que fueron contabilizados y de los que no (o cuyos relatos permanecen al margen) da cuenta de una experiencia de comunidad que atravesó Las Heras durante ese tiempo. La ficción de una lista que al parecer auguraría el destino de nuevas víctimas convive en el imaginario con la lista –incompleta e inexistente– del registro oficial de los suicidios. Asimismo, cuando el texto se inclina por características del relato fantástico hay un desdoblamiento de lo comunitario en dos espacios espejados, el de los vivos y el de los muertos (que amenaza con extender su dominio).

Al igual que en *Los suicidas del fin del mundo*, el problema del aislamiento es una problemática que atraviesa todos los capítulos de *Falsa calma*. Pero en el caso de Las Heras, la consecuencia social más grave se manifiesta a través de los suicidios. El capítulo destinado a este pueblo es el número diez, que además cierra el libro. Dos testimoniantes coinciden en ambas crónicas: Pedro Beltrán, profesor de inglés, y Sandra, la vidente cuya historia abre y cierra el capítulo. Guerriero también convoca el caso de Sandra: “Una vidente denunció a un agenciero de ‘meterse en sus sueños’. La mujer dice que es para ‘sacarle los números de la quiniela’” (p. Guerriero, p. 20): así se inicia uno de los pocos artículos de prensa que la autora encuentra sobre Las Heras en la Web y que fue publicado por el diario *Crónica* de Comodoro Rivadavia. La inclusión de la mirada esotérica presente en el discurso de Sandra manifiesta un tipo de explicación mediante la cual algunos lahareños intentan dar inteligibilidad a los hechos traumáticos que atravesaron con más o menos resiliencia. En *Falsa calma*, Sandra cuenta que encabeza una lucha contra la “Secta de los Siete”, refiriéndose con eso a la familia dueña de la casa de lotería del pueblo. Convencida de la capacidad de “Los Siete” de penetrar en los sueños y las mentes de las personas, la “adivina” les adjudica la responsabilidad de los suicidios y los acusa de querer invadir su mente para conocer los números ganadores de la lotería. Sandra, la que escucha, la que tiene en su cabeza infinitos cuentos, es comparada con Sherazade, de *Las mil y una noches*:

Ella los detalló claramente en una carta que escribió al gerente de la Quiniela Nacional. Salió publicada en el diario, entera. En el diario de acá, de Las Heras, pero también en el de Comodoro. Quiénes son y por qué lo hacen. A todos esos los va a denunciar, está llena de pruebas. Ojo que no está hablando de pavaditas, está hablando de una secta poderosísima, una de las más potentes del mundo (Cristoff, 2005, p. 197).

La voz que construye Cristoff también juega con la proximidad y la distancia: intenta captar la mirada de Sandra y a la vez denuncia su obsesión infundada. La voz de la narradora recupera su propio punto de vista cuando integra a sus personajes o sus descripciones en su red de precursores. Uno de los intertextos que cita es un fragmento del cuento “La lotería de Babilonia”, de Jorge Luis Borges, para mostrar que la de Sandra es una historia ya contada⁴⁷ o, en otras palabras, para articular sus lecturas con los materiales que la investigación le presenta. El capítulo se abre y se cierra con este testimonio, como si los otros personajes, cuyos relatos quedan envueltos por el de Sandra, fueran ejemplos de esas otras mentes que “Los Siete” podrían escrutar. Dice Sandra que no todos en Las Heras reaccionan de la misma manera, pero en todos se ve la marca de la destrucción absoluta “que domina a este pueblo que parece parido por el mismo demonio” (Cristoff, p. 199) y en esta frase parece haber algo de verdad: la comunidad de Las Heras no es representada como un pueblo diabólico, pero sí como una comunidad destruida por las políticas de aislamiento y la forma en que se ha dado la privatización de los recursos naturales. No obstante, Sandra insiste con la secta: los chicos que se han quitado la vida serían víctimas de esa cofradía:

[...] están los que resisten todavía menos los cuentos en su cabeza y directamente se matan. Son los casos de los suicidados, que en su mayoría son adolescentes y jóvenes. Claro, tienen menos resistencia todavía para soportar los cuentos. Les toman las cabezas, estas cabezas todavía frescas, sin tantas estrategias de defensa (Cristoff, p. 200).

La narradora condensa la información sobre los casos en la cita de un informe donde se consignan 16 suicidios ocurridos entre 1996 y 1999, todos de jóvenes de entre 18 y 30 años y de una persona mayor. La fuente es el “*Diagnóstico Socioeconómico de Las Heras* elaborado por Antonio Grant, de la Defensoría Social de Las Heras”. A diferencia de Guerriero, que demuestra la ausencia de registros oficiales sobre los casos y que intenta conocer en detalle la mayor cantidad posible de testimonios directos, Cristoff alude a los casos de manera general. Esto le permite priorizar una construcción narrativa que se encuentra enmarcada por el relato de Sandra. Asimismo, cuando Cristoff se ocupa de historiar el pueblo a través de los documentos y la bibliografía, pone el mismo énfasis que Guerriero en el carácter interrumpido –desviado, dislocado– de la historia del pueblo que “brotó” con los trenes y padeció la brusca interrupción del crecimiento de sus arterias:

⁴⁷ “Para indagar las íntimas esperanzas y los íntimos terrores de cada cual, disponían de astrólogos y de espías... El ebrio que improvisa un mandato absurdo, el soñador que se despierta de golpe y ahoga con las manos a la mujer que duerme a su lado ¿no ejecutan, acaso, una secreta decisión de la compañía? Ese funcionamiento silencioso, comparable al de Dios, provoca toda suerte de conjeturas” (*Íbidem*, p. 199).

El pueblo surgió en el punto en el que se agotó el aliento de lo que iba a ser un proyecto mayor: el Ferrocarril Transpatagónico que uniría Puerto Deseado con la Cordillera de los Andes y, en el futuro, con el pacífico (Cristoff, p. 213).

Con la Primera Guerra Mundial, la falta de hierro interrumpió la obra y solo quedaron aproximadamente doscientos kilómetros. Pero esa no es la única causa del proyecto inconcluso. Cristoff alude al libro de Bailey Willis, *Un yanqui en la Patagonia*, donde el geólogo norteamericano que inició los estudios para trazar el ferrocarril expone los obstáculos que debió atender: la alta burocracia y la “corrupción vernácula”. Es un pueblo de hombres que tenían un proyecto a largo plazo y de golpe quedan varados. A esa parálisis, la autora suma la especie de “hipnosis que provoca la meseta”: “Creo que proviene de una mezcla compuesta por la aparente monotonía del paisaje, el viento constante y la brutal presencia del cielo” (Cristoff, p. 214). Así como la ruta esquiva al pueblo y el río lo escamotea por vías subterráneas, las vías del tren también hicieron su pausa -su elipsis- en ese territorio.

En *Falsa calma*, la crónica parece aludir a explicaciones de carácter deterministas (integradas también con factores sociales). Asimismo, en el capítulo 9 de *Los suicidas* se convocan distintas voces que apuntan a explicaciones psicológicas que integran la “agresión natural del paisaje y la soledad histórica” de la Patagonia. Esos discursos dan cuenta de la falta de arraigo y de oxigenación social de pueblos donde los sujetos reverberan en los mismos círculos y se produce el fenómeno de la “urbanopatía”, que a su vez provoca la falta de sentido y la pérdida de impulso vital. El lector que ha llegado a este punto no puede conceder ningún crédito a los relatos esotéricos, ni al mito de la secta ni al de la lista de suicidas que Sandra Mónica Banegas habría legado a la posteridad. También se habla de la falta de contención, la fragilidad de la autoestima, el desempleo, el silencio, la pérdida del sentido de la vida: todo esto produce un reclamo de atención a través de conductas agresivas muy fuertes. Otro factor de importancia es la falta de urbanización que invite al encuentro social. El relato de los esfuerzos por contener y dar respuesta social y psicológica a la ola de suicidios por parte de múltiples entidades, especialistas y ONGs habla de una voluntad de construir lazos comunitarios más fuertes, pero todavía débiles en el contexto de aislamiento.

Como hemos señalado, el testimonio de Jessica Ortiz, estudiante de trabajo social, alude brevemente la postura de Émile Durkheim, representante de la sociología francesa, para el cual todos los fenómenos sociales tienen una dimensión cultural, ya que son fenómenos simbólicos. Durkheim contribuyó a extraer del concepto de civilización sus presupuestos más o menos explícitos. En “Note sur la notion de civilisation”, publicada en 1913 y escrita junto con Marcel Mauss, aporta una concepción objetiva y no normativa de la civilización, que incluía la idea de pluralidad de civilizaciones sin por eso quitar valor a idea de unidad del hombre. La civilización sería una, la humana, y todas las civilizaciones particulares contribuyen a ella, pues todos los pueblos son capaces de pensamiento lógico. En *Formes élémentaires de la vie religieuse*, confirma

su posición al decir que el pensamiento conceptual es contemporáneo de la humanidad y no el producto de una cultura más o menos tardía. Si bien él no tiene una teoría sistemática de la cultura, su preocupación es entender la naturaleza del vínculo social; su concepción de la sociedad como una totalidad organizada determina su concepción de la cultura o la civilización como sistemas complejos y solidarios. Sus ideas sobre la “conciencia colectiva”, desarrolladas en *Formes élémentaires de la vie religieuse* y *Le suicide* (1897), constituyen una forma de teoría cultural, en la medida en que precede al individuo e influye en él; forma la unidad y la cohesión de la sociedad. En *El suicidio*, sostiene que aunque se trate de un acto sumamente personal, éste se ve influido por el mundo social. Para comprender la relación que establece entre el suicidio y lo social, hay que señalar la existencia de dos tipos de vínculos sociales: la integración (el grado en el que se comparten sentimientos colectivos) y la regulación (el grado de constricción externa sobre los individuos). Un grado de integración muy extremo puede engendrar determinados tipos de suicidios, mientras que una sociedad con un grado extremo de regulación puede dar lugar a otros; por eso, mantener grados de regulación e integración equilibrados es fundamental. Las personas integradas a grupos sociales con aspiraciones y deseos regulados por normas sociales son menos proclives al suicidio. Esta cuestión, que al parecer es sumamente individual, en rigor depende más de las sociedades en las que el individuo vive que de sus condiciones psicológicas. La marginación, la falta de ley y la incapacidad de la estructura social de proveer posibilidades de logros y metas, así como también las normas excesivamente rígidas pueden llevar a un individuo a quitarse la vida. La mayor parte de las muertes intempestivas que Guerriero recupera en su crónica ilustran los dos casos que señala Durkheim: historias como la de César López, víctima de estructuras familiares rígidas y altamente exigentes o experiencias como las de Ricardo Barrios, que padece la ausencia de estructuras sociales de contención e integración.

Como veremos en el próximo apartado, la decisión fatal e inescrutable de los personajes emerge como respuesta ante un vacío que ya no es el vacío topográfico sino la falta de identidad de la comunidad local en un proyecto mayor: la nación.

3.2.2. La comunidad y la nación

Dos fragmentos de ambas crónicas dan cuenta de un conjunto heterogéneo de factores sociales que acontecen en la comunidad. En *Los Suicidas*, Guerriero presenta una extensa secuencia –polifónica, racional y absurda– de explicaciones. La enumeración permite experimentar el carácter inagotable e insuficiente de los porqués:

Porque sí, porque no había nada para hacer, porque estaban aburridos, porque no se llevaban bien con sus padres, porque no tenían padres o porque tenían demasiados, porque les pegaban, porque los hacían abortar, porque tomaban tanto alcohol y tantas drogas, porque les habían hecho un daño, porque

salían de noche, porque robaban, porque salían con mujeres, porque salían con mujeres de la noche, porque tenían traumas de infancia, traumas de adolescencia, traumas de primera juventud, porque hubieran querido nacer en otro lado, porque no los dejaban ver al padre, porque la madre los había abandonado, porque hubieran preferido que la madre los hubiera abandonado, porque los habían violado, porque eran solteros, porque tenían amores pero desgraciados, porque habían dejado de ir a misa, porque eran católicos, satánicos, evangelistas, aficionados al dibujo, punks, sentimentales, raros, estudiosos, coquetos, vagos, petroleros, porque tenían problemas, porque no los tenían en absoluto.

Teorías. Y las cosas que se empeñaban en no tener respuesta.

Escuché un estruendo en la calle y supe que el viento había empezado otra vez.

(Guerriero, p. 207)

Como fuerza telúrica, (sobre)natural y simbólica, el viento interrumpe la reflexión. El último capítulo de *Los suicidas* funciona como epílogo y su momento de enunciación se sitúa un mes después de la tragedia de Cromagnon. Se cierra con una irónica referencia a la prensa nacional, que esta vez se digna a informar sobre suicidios, pero ocurridos en Japón: “Nada decían de los muertos del sur” (Guerriero, p. 230).

El capítulo seis de *Falsa calma*, Cristoff también ofrece una enumeración que enlaza el abanico de problemáticas sociales con una suerte de escenificación de lo nacional –el Glaciar Perito Moreno– tamizado por la cultura de masas:

Rondando por estas dos mesetas -la de El Cuy y la de Somuncurá- he escuchado historias de personas que perdieron a sus padres en la infancia, que fueron arrancadas inmediatamente del campo en el que habían nacido y llevadas a vivir a cualquier otro lado en condiciones de esclavitud encubierta; historias de chicos de ocho años que todos los días hacen quince kilómetros en una bicicleta encadenada para llegar a la escuela rural con los mocos a la altura de la pera; historias de niñas a las que los padres quisieron canjear por una punta de cabras, hartos del que el tío las violara. Todo eso he escuchado en estas casas con Susana Giménez de fondo. Una Susana cada vez más sexy, más desopilante: enfundada en pieles y con el Glaciar Perito Moreno cubriéndole las espaldas como dejando claro que solo un coloso de la naturaleza está en condiciones de cumplir la función de guardaespaldas de un mito nacional. Susana Giménez, definitivamente, está en la Patagonia. En el Glaciar al que llegan los hombres de Estado y los turistas con divisas, y también en El Cuy, este pueblo al que apenas llegan algunas cosas básicas (Cristoff, p. 109).

Además de abonar al terreno de las explicaciones, este fragmento alude a la construcción de imágenes que devienen símbolos de lo nacional. En el contraste de las dos figuras: la de Susana Giménez y la del Glaciar Perito Moreno, la estrategia de la autora está en la ironía de colocar a la conductora de televisión en el lugar del mito nacional y relegar al Glaciar al lugar de guardaespaldas. La Patagonia turística (que no es ni la meseta ni la llanura) se vuelve omnipresente para la audiencia de todos los rincones del país. El territorio, las fronteras, los escenarios naturales son disputados simbólicamente a través de medios de comunicación con alcance nacional. Pero esta disputa, por supuesto, no es nueva. Según afirma Gabriela Nouzeilles, Francisco Moreno realiza un ajuste semántico a la imagen imperial de la Patagonia como “tierra maldita”, popularizada por narrativas como la del explorador, geógrafo y cronista italiano Antonio Pigafetta (Circa 1480/1591-1534). La reinención de Moreno, según la investigadora, buscaba fomentar la imagen de una abundancia de recursos naturales y del carácter dócil de la población nativa (cfr. Nouzeilles, 1999, p. 39):

Traces of the struggle for meaning are still present in the tensions between the apocalyptic toponymy left behind the imperial travellers (Desolation Bay, Desired Port, Hunger Port, and so on), marks by disenchantment and the frustration of imperial desire, and the celebratory, almost chauvinistic names imprinted by Moreno (Argentine Lake, San Martin Lake), which inscribe onto the surface of Patagonian cartography the heroic Enterprise of the State advancing into a promising expanse (Nouzeilles, 1999, p. 39).

Semejante promesa de expansión territorial se ve contenida por la ubicación de la frontera en los Andes que, según Fermín Rodríguez, naturaliza la arbitrariedad del territorio: “La exploración de los Andes patagónicos es el acontecimiento geográfico que clausura el espacio de la patria, cerrado por un cordón de nombres propios y símbolos patrios que le ponen fin a la pura extensión de la llanura pampeana y patagónica” (2010, p. 132). Las imágenes de los escenarios y sus nombres son, ambas, arenas de disputa sobre el carácter de lo nacional.

La oposición entre integración y aislamiento, relativa también a la idea de la comunidad, se enlaza con el problema de la nación, una de las cuestiones más trabajadas por las disciplinas humanas y sociales. Desde una perspectiva que Anthony Smith (1995) considera posmoderna, Benedict Anderson, (2013 [1983]) define a la nación como una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana⁴⁸. Si el Estado-Nación argentino relegó a estos pueblos al aislamiento, lo que hacen ambas crónicas es representar las formas de comunidad que en ellos resisten. Si aceptamos la definición de Anderson de la nación como comunidad imaginada que comparte un origen y un destino, es la falta de identidad de estas comunidades locales en relación al conjunto de la nación la que, hacia finales del siglo XX, se manifiesta a través de los suicidios. Las dos obras presentan al pueblo de Las Heras como un sitio que “brota” en el medio de un proyecto de integración inconcluso –nada menos que el Ferrocarril– supeditado a intereses extranjeros. Y que casi un siglo más tarde queda subordinado a políticas privatistas negligentes. ¿Cuál es la identidad

⁴⁸ Es imaginada porque incluso los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, pero “en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (p. 23). Anderson se remite a Ernest Renan, quien se refirió a esta imagen cuando escribió que la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y que todos hayan olvidado muchas cosas (2010 [1882]). También se remite a las palabras de Gellner cuando sostiene que el “nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia: inventa naciones donde no existen” (Anderson, 2013, p. 24; Gellner, 1964, p. 169). Sin embargo, Anderson le cuestiona a Gellner que equipare la idea de invención con la de fabricación y falsedad, antes que con la de imaginación y creación. El problema de esa equiparación es la consecuencia que se sigue por añadidura: existirían comunidades “verdaderas” que pueden juxtaponerse con ventaja a las naciones. De hecho, para Anderson, todas las comunidades mayores que las aldeas primordiales de contacto directo (y quizás éstas también) son imaginadas. Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas⁴⁸. La nación se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas, tiene fronteras finitas (aunque elásticas) más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad. Asimismo, también se imagina soberana porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado. Incluso los fieles más devotos de cualquier religión universal afrontaban inevitablemente el pluralismo vivo de sus religiones y el “alomorfismo entre las pretensiones ontológicas de cada fe y la extensión territorial” (p. 25). La garantía y el emblema de la libertad es el Estado soberano. Por último, se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo horizontal.

de Las Heras en relación al Estado-nación argentino concebido como comunidad imaginada? La respuesta a esa pregunta tal vez constituya el vacío fundante.

En *Comunidad y alteridad*, Rodríguez Pérsico se refiere sucintamente a la retórica nacionalista, que comienza a adquirir perfiles nítidos hacia finales del siglo XIX y que se “cristaliza y exaspera” en la primera parte del XX (cfr. p. 144). En Argentina, en tiempos del Centenario, los debates giran en torno al nacionalismo o internacionalismo. En la década siguiente, en pleno auge del proceso de modernización, la disyuntiva se desplaza hacia el nacionalismo y el cosmopolitismo. “Si toda identidad se define por los límites que señalan los espacios otros o de los otros, la literatura intenta dibujar fronteras geográficas y corporales, de inscribir la topografía de la individualidad en una topografía comunitaria” (Rodríguez Pérsico, p. 144). Las identidades, sostiene la investigadora, abarcarán los anchos territorios de la nación, los panoramas ciudadanos o aún los estrechos rincones del barrio: “La pregunta por la nacionalidad resulta entonces, una flexión de la pregunta por la distribución, la pertenencia y el derecho a ejercer el poder sobre determinados espacios” (p. 144). Para afirmar esta posición, Rodríguez Pérsico se remite al texto *Mapas de poder. Una arqueología del espacio argentino* (2000), donde Jens Andermann describe los espacios en los discursos literarios comprendidos entre 1830 y 1930. Allí sostiene que en las representaciones de lo nacional, la territorialidad suele funcionar como una suerte de evidencia telúrica que siempre es previa a la construcción del patrimonio y las instituciones estatales (que a su vez emanan de una superficie territorial cuya cohesión se presupone de antemano). El territorio es presentado como base irreductible de las naciones, puesto que allí se inscriben las reglas que hacen posible un determinado tipo de comunidad (Cfr. Andermann, p. 16-17). Sin embargo, Ernest Gellner discutiría esa idea (que Andermann no defiende sino tan solo señala como existente). Para Gellner (2001) el nacionalismo es un principio político donde la unidad política y la nacional deben ser congruentes. Considera que la modernidad es la época en la que se construye el nacionalismo, que se da a partir de tres fases históricas: preagraria, agraria e industrial, en la que finalmente se consolida. En la sociedad industrial, el Estado y las instituciones políticas permiten que los individuos se identifiquen como parte de un mismo territorio a partir de una cultura, un lenguaje común y una educación igualitaria. Gellner rechaza la idea de que el nacionalismo está dado por supuestas unidades míticas, y defiende la postura de que estaría dado por el endurecimiento de patrones culturales incorporados por la sociedad industrial que es el Estado. Desde este punto de vista, el Estado antecede a la nación y brinda condiciones sociales que posibilitan el nacimiento del nacionalismo⁴⁹.

⁴⁹ Gellner sostiene que no basta con la voluntad para construir nación sino que deben darse otros elementos como la cultura, para que los individuos se sientan identificados como miembros de una misma comunidad. El Estado es otro componente, que impone cultura a través de educación. En la formación y mantenimiento de los grupos se dan dos agentes genéricos o catalizadores claramente fundamentales: por un lado, la voluntad, la adhesión voluntaria y la identificación, la lealtad y la solidaridad, y, por otro, el temor, la opresión y la coacción (Cfr. Gellner, 2001, p. 77). “Cualquier definición de nación en términos de cultura común nos proporcionará asimismo una pesca abundante. La

A través de distintos recursos, los textos muestran el sentimiento de ajenidad o distancia de las comunidades de Las Heras y otros pueblos con respecto a la “comunidad imaginada” que es la nación. Ambas cronistas representan las formas de comunidad que existen más allá de las tensiones y los resquebrajamientos, pero también crean la comunidad en los relatos. Ambas oponen el discurso esotérico al carácter psicológico y social de los suicidios. Las obras son dos enunciados que responden al aislamiento como fenómeno anti-comunitario y anti-integrador de la nación. Las cronistas representan al Estado como responsable del aislamiento territorial y de la desintegración comunitaria, pero a la vez como entidad que se manifiesta en símbolos territoriales. Frente al problema de la nacionalidad -que al decir de Rodríguez Pérsico, conlleva la pregunta por el derecho a ejercer poder sobre determinados espacios- la respuesta de las víctimas es presentada, sobre todo en el texto de Guerriero, como un reclamo por ejercer derecho sobre el espacio de lo viviente. Nuria Sabaté Llobera considera que el problema de la identidad nacional (afín a la tradición señalada) está presente en *Los suicidas*, donde observa una evolución del tono:

(...) la perspectiva única sobre la Patagonia que aporta la periodista al principio, lleva a una reflexión acerca de la identidad argentina, acerca de quién es y cómo debe ser el verdadero argentino y si hay una única forma de serlo sin caer en estereotipos regionales y excluyentes. Esta reflexión identitaria aparece unida a los suicidios que sin responsables aparentes se convierten en símbolos de un vacío institucional causado por unas políticas de Estado discriminadoras que arbitrariamente incluyen a la región como parte de la Argentina según las necesidades estatales (Sabaté, p. 235).

Podríamos precisar que la búsqueda de una definición de una identidad nacional no es la meta principal del texto de Guerriero sino de la tradición con la que indefectiblemente el texto dialoga. Pero lo que sí hay en su crónica es la exposición de las dificultades que padecen los lashereños para construir una noción de identidad en relación a un proyecto nacional en constante autodestrucción.

3.3. La tensión de las dicotomías

La dicotomía “civilización y barbarie” cruza toda la historia del pensamiento político y literario de la Argentina y es, además, un tópico constante en la historia de las ideas latinoamericanas. En cada período de la historia política y literaria, los discursos piensan esta tensión en un diálogo simultáneo con la contemporaneidad y con la tradición. La dicotomía, además, resulta una clave cultural de la construcción de la identidad colectiva. Si la obra de

historia del hombre está y seguirá estando bien provista de diferenciaciones culturales. Las fronteras culturales unas veces están muy bien definidas y otras son muy difusas; las pautas pueden ser terminantes y sencillas, o bien tortuosas y complejas. Por las razones en que tanto hemos insistido, esta riqueza de diferenciación generalmente no coincide, y de hecho no puede hacerlo, ni con los límites de las unidades políticas (la jurisdicción de las autoridades efectivas) ni con los de las unidades bendecidas con los sacramentos democráticos de la aquiescencia y la voluntad” (2001, p. 78).

Sarmiento es una de las fuentes clásicas para estudiar esta dicotomía, debemos escuchar las palabras de Beatriz Sarlo cuando sostiene que para él la cultura es la trama producida por el cruce de ciertas virtudes y ciertas habilidades, y no de otras. Si la estética romántica le permite ver el mundo de gauchos y montoneros, es decir, el espacio rural propio de la “barbarie”, el programa intelectual que traza no puede reconocer en ese mundo los rasgos que le permitan construir otro, más deseable desde su perspectiva. Del mundo rural no emerge lo que Sarmiento considera una cultura ni la posibilidad de una síntesis (Cfr. Sarlo, 2007). Esto supone entonces la aniquilación de ese mundo como único camino supuestamente civilizatorio, una conclusión frente a la cual resuenan las ya clásicas palabras de Walter Benjamin cuando afirma, en sus *Tesis de filosofía de la historia*, que todo documento de cultura es la vez un documento de barbarie (Benjamin, 1989). Pero esta tesis es tardía respecto de los debates sobre la definición de cultura en relación al concepto de civilización.

En *Marxismo y literatura*, publicado por primera vez en 1977, Raymond Williams considera el concepto de cultura (tanto como el de economía y el de sociedad) como una formulación histórica relativamente reciente. No es posible llevar adelante ningún análisis cultural serio sin tomar consciencia histórica del concepto mismo (cfr. Williams, 17). Con un objetivo más didáctico, Denys Cuche escribe su introducción a *La noción de cultura en las ciencias sociales* (1999), donde define cultura en sentido amplio como modos de vida y de pensamiento. La noción de cultura penetra directamente en el orden simbólico, en aquello que se vincula con el sentido y sobre lo cual es difícil ponerse de acuerdo. El estudio de la evolución histórica del concepto científico de cultura revela desacuerdos semánticos que disimulan, a su vez, desacuerdos sociales y nacionales. Al examinar la génesis de la palabra cultura, Cuche busca encontrar la formación del término y luego, el concepto científico que depende de él para poder rastrear su evolución semántica. En el siglo XVI, el vocablo en lengua francesa pasa de su sentido literal vinculado con la agricultura, a su sentido figurado: el cultivo de alguna facultad. El desarrollo de la lengua procede por metonimia (pasa de la cultura como estado a la cultura como acción) y por metáfora (del cultivo de la tierra al cultivo del espíritu). Ya en el siglo XVIII, entra en el diccionario seguido de un complemento: cultura de las artes, cultura de las letras, cultura de las ciencias. Paulatinamente, se libera de esos complementos para denominar a la educación o formación de la mente, como acción (de instruir) o estado (del individuo que “tiene cultura”). Para los pensadores de las Luces, la cultura es la suma de saberes acumulados y transmitidos por la humanidad. Su expresión persistente en singular significa, ya en siglo XVIII, el universalismo de la cultura como algo propio del hombre, más allá de sus diferencias. De ahí, su relación con la idea de evolución, razón y progreso. Comienza su vínculo con la idea de “civilización”. “Cultura” evocaría el progreso individual mientras que “civilización” hablaría del progreso colectivo.

La palabra “Kultur”, con su sentido figurado, aparece en el alemán en el siglo XVII y es la transposición exacta del francés (lengua que se usaba como marca distintiva de las clases superiores en Alemania). La burguesía le reprocha a la nobleza la priorización del ceremonial de la corte como imitación de los modos civilizatorios de la corte francesa, en detrimento del cultivo de las artes y la literatura. De ahí, la distinción entre “civilización”, en tanto superficialidad y “cultura”, como lo que se origina en lo auténtico y contribuye al enriquecimiento intelectual y espiritual. La cultura aparece, en el siglo XIX, como forma de legitimidad social de la burguesía y como delimitación de diferencias nacionales de la *intelligentsia* alemana respecto de Francia. De ahí, la idea particularista y esencialista de la cultura como contrapartida de la concepción étnico-racial de la nación.

En los orígenes del concepto científico de cultura, la etnología como disciplina autónoma creada en el siglo XIX planteó dos enfoques: el primero consistió en privilegiar la unidad y reducir la diversidad a lo temporal según un esquema evolucionista. El segundo, otorgarle mayor importancia a la diversidad sin que ésta contradiga la unidad fundamental de la humanidad. A medida que cobra autonomía epistemológica y se libera de su rango dicotómico en relación a la “civilización”, aparece un desacuerdo entre distintas escuelas etnológicas acerca de si hablar de “cultura” en singular o “culturas” en plural. Detrás de esta discrepancia, aparece la disputa entre la concepción universalista o particularista de la cultura. Para E. B. Tylor, se trata de la expresión descriptiva y objetiva que abarca la totalidad de la vida social del hombre. El término, gracias a su neutralidad y universalidad, permite pensar el espíritu humano como unidad psíquica. Los pueblos primitivos no son *lo otro* sino que también tienen cultura y la suya sería la fase primitiva de todos los pueblos civilizados. Una cultura estaría vinculada con otra en un mismo movimiento de progreso cultural. La concepción particularista de la cultura tiene su referente en Franz Boas, quien considera que las diferencias entre los grupos humanos son de carácter cultural y no racial. Comparte con Tylor la definición de cultura pero se dedica a investigar las culturas en plural, precisamente por su resistencia a la teoría evolucionista unilineal. Aunque el término no sea de su propio cuño, es quien comienza a pensar el relativismo cultural en tanto principio metodológico para escapar a toda forma de etnocentrismo. Para él, la cultura es única, específica y es una totalidad singular. Su preocupación no es sólo describir los hechos culturales sino tratar de vincularlos con el conjunto con el que se relacionan; elucidar el vínculo entre el individuo y su cultura. En los fundadores de la etnología francesa, el término cultura se refería al dominio del espíritu y el campo intelectual nacional. El contexto ideológico de Francia en el siglo XIX bloqueó la emergencia del concepto descriptivo de cultura. El universalismo abstracto de las Luces persistía y obstruía la posibilidad de pensar un pluralismo cultural si no era en referencia a la “civilización”.

El pensamiento de Durkheim no estaba exento de un sentido de la relatividad cultural. En *L'année sociologique* de 1913, afirma que nada garantiza la evolución de todos los tipos de pueblos

vaya en el mismo sentido. Adoptaba una idea relativista de la “normalidad” concebida como una “media” propia de cada tipo de sociedad; una concepción puramente descriptiva. Mauss continúa el pensamiento de Durkheim en una conferencia sobre civilización, donde afirma que en un período nacionalista, los hombres sostienen que civilización es su cultura, pues en general ignoran la civilización de los demás. En un período racionalista, universalista y generalmente cosmopolita, la civilización sería un estado de cosas ideal y real a la vez. Esa esencia perfecta no tuvo otra existencia que la de un mito o representación colectiva. “Esta creencia universalista y nacionalista al mismo tiempo es, incluso, un rasgo de nuestras civilizaciones internacionales y nacionales del Occidente europeo y de la América no indígena” (Mauss, 1930, p. 103-104). Durkheim y Mauss se preocupan por sacar a la noción de civilización del terreno de generalidad difusa y darle un contenido conceptual operatorio. La civilización, así, no se confunde con la humanidad y su devenir ni con una nación en particular sino que es un conjunto de fenómenos sociales que no están vinculados con un organismo social particular sino que se extienden por áreas que superan el territorio nacional o se desarrollan en períodos temporales que superan la historia de una sola sociedad (1913, p. 47).

El debate más crucial en torno a la antropología cultural se da en torno al relativismo de las culturas, que pone el acento en la pluralidad, más que en la unidad. Según el enfoque clásico, las culturas son tratadas como totalidades específicas, autónomas, y, por eso, cada una debe ser estudiada por sí misma, en su propia lógica interna. Pero este relativismo ¿es solo una exigencia teórica o una cuestión metodológica? En “Relativismo cultural 2.0”, Michael Brown caracteriza el relativismo cultural clásico y lo ejemplifica con el caso del canibalismo. Desde esa mirada, lamentarse por la depravación de los caníbales sería anacrónico⁵⁰. Esa postura, señala Brown, llevó a un largo debate en el que también se dirimió el problema de los modos de pensamiento, que derivó en la discusión sobre el status transcultural de la racionalidad. El crítico cultural inglés Richard Hoggart señala que el relativismo cultural resulta un arma tan útil a la derecha como a la izquierda. Aquellas instituciones, personas o Estados que sistemáticamente violan derechos humanos, muchas veces se amparan en el relativismo cultural para sostener su acción.

Brown distingue entre relativismo metodológico (la necesidad de suspender el juicio hasta que una creencia o práctica haya podido ser comprendida en su contexto original), el relativismo cognitivo (la creencia de que los miembros de sociedades diferentes viven en mundos de conocimientos diferentes e incommensurables) y el relativismo moral (según el cual los valores de cada pueblo se autovalidan y no pueden ser evaluados con supuestos criterios universales, que en

⁵⁰ “Y aún así, como observó Michel de Montaigne (2004) en su famoso *De los caníbales*, ‘podemos entonces llamar bárbara a esta gente por lo que atañe a las reglas de la razón, pero no en cuanto a nosotros mismos, quienes les superamos en toda suerte de barbarie’. Nuestra propia barbarie se manifiesta en extremos de inequidad y alienación social que continúan sorprendiendo a los miembros de muchas sociedades indígenas” (Brown, 2010, p. 42).

rigor son etnocéntricos). En principio, nadie se negaría al relativismo metodológico. Sin embargo, los trabajos de la ciencia cognitiva demostraron que muchos rasgos de la cognición humana son universales, puesto que se basan en una arquitectura neural compartida (aunque esta esté modulada por fuerzas culturales diferentes). En cuanto al relativismo moral, si bien existen principios morales universalistas, estos tienden a ser tan abstractos que vuelven a caer en otras formas de relativismo. No obstante, los antropólogos defienden la idea de derechos humanos universales, razón por la cual es preciso adscribirse a algunos principios generales.

En el análisis del concepto de “civilización” en los debates políticos e intelectuales locales, Maristella Svampa sostiene que la dicotomía “civilización o barbarie” ha tenido una enorme productividad en la historia argentina. Se constituyó como un dispositivo simbólico fundacional y expresó así una fórmula de combate, un llamado a la exclusión y al exterminio del otro. Pero a lo largo de la historia, la dicotomía se ha revestido o ha convivido con otras oposiciones centrales como Unitarios/Federales, Centro/Interior, Causa/Régimen, Peronismo/Antiperonismo, Pueblo/Oligarquía, Patria/Imperialismo: antinomias que señalaban de manera más clara o precisa los clivajes socio-políticos (Svampa, 2010, p. 4). A propósito de *Facundo*, Svampa sostiene que la fórmula “civilización y barbarie” que recorre y vertebró el libro supo, como ninguna otra, sintetizar las dicotomías anteriores e inaugurar un nuevo período en el cual fue puesta al servicio de la legitimación de un nuevo orden (Cfr. Svampa, 2010, p. 4-5). La dicotomía se reactiva posteriormente en el campo político y se recrea constantemente en el terreno de la cultura. Es decir que es un tópico de disputa cultural e ideológica en sí mismo. En efecto, la actualización de la imagen se produce en distintos momentos históricos al calor de las luchas políticas⁵¹. Por otro lado, la autora agrega la que imagen sarmientina no pertenece exclusivamente al terreno político ni cultural sino que se construye en la intersección de ambos campos. *Facundo* tiene una vocación política, pero a la vez da cuenta de las tensiones sociales en las sociedades latinoamericanas. Insta una manera de ver la política desde principios irreductibles. Los usos y avatares del dilema sarmientino configuran determinada cultura política argentina cuya actualización (y la apropiación tanto del polo de la civilización como de la barbarie) se produce en contextos políticos de gran virulencia. Uno de esos momentos se ubica en torno al primer Centenario de la Independencia

⁵¹ Según Svampa, la imagen recorre las distintas tradiciones políticas. La tradición democrático-populista hace una reapropiación positiva de la barbarie asociándola a la idea de pueblo-nación; la tradición liberal-conservadora traduce la dicotomía a través de la exclusión y el llamado al exterminio de indígenas y montoneros pero sostiene, a la vez, una vertiente integracionista a través de ciertos ideales europeos de progreso por vía de la inmigración. La tradición política de izquierda, identificada con corrientes socialistas, anarquistas, sindicalistas que emergen a finales del siglo XIX y comienzos del XX en Argentina, y partidos políticos de izquierda como el socialista y el comunista, leen el dilema “civilización o barbarie” a través de las críticas a la “política criolla”. Por último, la tradición autoritaria conservadora valorizó de manera unilateral el polo civilización y produjo un vaciamiento a lo largo de la historia, al asociarlo a valores tradicionales y jerárquicos identificados con la Iglesia y el Ejército. Ninguna de estas tradiciones es neutral respecto de la imagen sarmientina. Todas se apropiaron de la dicotomía de algún modo (Cfr. Svampa, 2010, p. 2-3).

(1910)⁵². En ese período se amplía la figura del bárbaro, para abarcar al inmigrante, que amenazaría el orden social existente: “Ese inmigrante que la elite creía que era un lote domeñable, sumiso en sus manos, y que lejos de eso se organiza en los distintos sindicatos anarquistas, sindicalistas y socialistas” (2010, p. 6). Es entonces cuando las élites rescatan figura del gaucho, ya desaparecido (e inofensivo en la construcción ideológica de lo nacional), como símbolo de tradición. La dicotomía ha tenido una variedad de usos y funciones. Svampa señala algunas: en primer lugar, es la síntesis de la legitimación política del liberalismo triunfante; en segundo lugar, es una representación social que, a través de su asociación con el discurso del orden, evoca la amenaza de la descomposición social; en tercer lugar, se postula como el “gran relato binario” con pretensiones explicativas totalizantes de la historia argentina. En los años ’80 y ’90, Svampa observa una larga historia de resignificación y, a la vez, de inversión y de vaciamiento progresivo de los dos polos de la dicotomía, en ese vaivén del campo cultural al campo político. A pesar de que la imagen de “civilización o barbarie” permanecía como un mecanismo de invectiva, propio del campo político, ésta se hallaba sumamente debilitada en términos de representación social así como de clave explicativa de la conflictiva historia nacional. La eficacia simbólica de esta lectura se vio morigerada por el destino trágico de la dictadura militar y la feroz represión (que nadie hubiese calificado como civilizatoria). Esto dio lugar a un discurso político que revalorizó la democracia y sus instituciones. Posteriormente, se dio un proceso de vaciamiento de la tradición nacional y popular en los años ’90 en virtud del viraje neoliberal. El vaciamiento de la dicotomía, sobre todo en el polo civilizador, se dio junto al vaciamiento del propio actor popular como sujeto histórico (Svampa, 2010, p. 11). A partir de esta exposición de los usos y funciones de la dicotomía en las tradiciones políticas argentinas, podemos afirmar que la apropiación del dilema a favor de uno u otro campo no solo contribuye a lecturas binarias del devenir histórico-social (como sostiene Svampa), sino que además oblitera las largas y complejas discusiones que tuvo el relativismo cultural como concepto del campo de las ciencias sociales ante las políticas culturales que ejercieron los Estados nacionales y los organismos de Derechos Humanos.

En síntesis, vemos cómo el debate por anclar definiciones científicas y operativas de cultura y civilización y una lectura del funcionamiento histórico-político del tópico de la civilización y la barbarie en los debates locales, abren un panorama de larga data y múltiples vertientes en las disciplinas humanas y sociales. En los apartados que siguen analizaremos la mirada de lo cultural que ambas cronistas ponen en juego cuando se enfrentan a la dicotomía “civilización y barbarie”.

⁵² La autora señala dos ejemplos más después del Centenario. El primero es la década de 1930, cuando aparece el revisionismo de derecha, que retoman el concepto de “barbarie” tras el agotamiento del modelo “civilizador” y el carácter falsamente civilizador que ilustra la élite. El tercer momento es la irrupción del peronismo. Si bien Perón no recupera la dicotomía sino que piensa más bien en un formato asociado a la idea de “pueblo-organizado”, serán los revisionistas populistas quienes harán el rescate de esa “barbarie” revalorizada positivamente en nombre de un pueblo-nación que puja por su liberación oponiéndose a esa oligarquía dominante (Svampa, 2010, p. 7).

3.3.1. La comunidad otra

En la medida en que podemos reconocer la tradición de textos, debates y procesos sociales de la historia argentina que establecieron su apropiación de la dicotomía “civilización y barbarie”, podemos afirmar que estas referencias semánticas al origen del concepto permanecen como elementos activos en el horizonte de sentidos con los que estas crónicas dialogan. En ambos textos, la dicotomía se reviste de distintos ropajes. En primer lugar, aparece la distinción entre humanidad y naturaleza, o entre humanidad y animalidad. En segundo lugar, se reafirma en la oposición entre integración o comunidad y exclusión o aislamiento. Y por último, se asume la antinomia entre naturaleza y cultura. Veremos a continuación cómo se expresan estas antinomias en ambos textos.

Como hemos señalado en el capítulo anterior, Guerriero encarna la dicotomía a partir de una supuesta oposición entre “naturaleza o humanidad” que se expresa a partir del viento, cuya representación no es afín a la de un simple fenómeno atmosférico, sino que es excluido del dominio de lo natural: “Afuera los árboles grises parecían hechos de plumas, de alas muertas, arañados por una fuerza de malas intenciones. Es raro este empeño, pensé. Allí donde la naturaleza renuncia y pone arbustos y unas piedras, el bicho humano se empeña en poner casas, escuelas, una plaza, e insiste en tener cría” (Guerriero, p. 119). La dicotomía se traslada hacia la oposición entre lo natural y lo monstruoso, puesto que si el viento no es naturaleza, no puede ser más que una fuerza bestial o, como hemos dicho oportunamente, “una forma de alteridad incognoscible e ingobernable”⁵³. Asimismo, la selección léxica que hace la autora (“el bicho humano”, “su cría”) también manifiesta un desplazamiento entre la dicotomía “civilización y barbarie” hacia la forma “humanidad-animalidad”, que sólo permanece como huella de lo que ya no está, puesto que la frontera de ambos dominios no se desplaza sino que desaparece.

En el capítulo cuatro de *Falsa calma*, la cronista continúa sus recorridos de un territorio que le parece idéntico a sí mismo, hasta que su rutina le permite descubrir un detalle inadvertido: una forma de comunidad no humana:

Los perros vagabundos que pululan por Cañadón Seco están ayudándome a percibir con una claridad rotunda lo que otras veces se me presenta mucho más ambiguo: el momento en el que se quiebra el encanto. O como se llame al momento en el que el lugar siente la necesidad de expulsar al intruso, que en este caso vengo a ser yo (Cristoff, p. 67).

Este mensaje le permite una reflexión metatextual sobre la crónica, la extranjería y la hospitalidad:

Suele ocurrirle a todo cronista que en principio el lugar -la gente, las instituciones, el paisaje y, según estoy comprobando ahora, también los animales- lo recibe con los brazos abiertos, dispuesto

⁵³ Tal como hemos señalado en el capítulo anterior, lo que en la ensayística de interpretación nacional se postuló como una parte más de las fuerzas telúricas que habrían definido el destino de la nación según una mirada determinista entre el ambiente y la sociedad, aquí es visto como una fuerza cósmica mayor que no pertenece ni a la tierra ni a la naturaleza.

a ver qué investiga, qué necesita, en qué puede aportar. [...] El menor balbuceo del extranjero genera una verborragia que hay que saber -hay que poder- traducir como lengua hospitalaria. Esa sobrecarga de información va formando en uno un tipo especial de soledad, única, distinta a cualquier otra (Cristoff, p. 67).

Gente, instituciones, paisaje, animales: todos son presentados como parte de una comunidad con acuerdos tácitos frente al extranjero que altera el conjunto. Y ese extranjero, que depende de las leyes de hospitalidad de la comunidad en cuestión, también experimenta (al igual que los locales) distintas fases del deseo de contar. Cristoff se refiere a una soledad que impela a la cronista a contar algo de su vida personal y generar en los otros un estupor “como si hubieran visto, por la hendidura de una puerta que no se terminó de cerrar, a un huésped recién llegado en el momento en que se desviste para meterse en la cama” (Cristoff, p. 68). La cronista pasa de observadora a observada; de a poco, ve venir el momento en el que se va apagando el deseo de contar que los locales demostraron en un principio. Entonces, dice: “hay que huir”, como si perteneciera a una especie que “no puede exponerse a cierta luz” (Cristoff, p. 68). La alusión al vampirismo del cronista y a su propia condición de monstruo, alteridad o animal no es casual sino que forma parte de un sutil hilo que vertebra varios capítulos y que consiste, fundamentalmente, en plantear analogías entre la posición del cronista y las distintas formas de alteridad que los capítulos exploran.

En Cañadón Seco, los perros fueron los encargados de comunicar el momento en que se apaga el deseo de contar. O al menos esa es la interpretación que la cronista ofrece ante ciertos sucesos: después de atravesar las calles del pueblo incluso en los momentos más inhóspitos del día -la noche, la siesta-, Cristoff decide descansar en el antiguo parque de diversiones junto al edificio donde se alojaban los técnicos de YPF cuando Cañadón era un pueblo próspero. Los perros inmóviles la veían pasar:

Estaban ahí, siempre en grupos de diez o más, la mayor parte del tiempo durmiendo acurrucados sobre sí mismos en alguna esquina. Un par de veces, incluso, me había acercado lo suficiente como para sacar fotos del ensueño colectivo de esos desvencijados, un intento inútil de captar el sentido de comunidad que se desprendía de ellos aun cuando cada uno andaba vaya a saber en qué sueño (Cristoff, p. 69).

Ninguna reacción más allá de abrir un ojo ante su cercanía. Hasta el día de la señal, cuando le transmitieron lo que ella interpreta como el “mensaje colectivo”: “Les vi los ojos fijos, el cambio de actitud” (Cristoff, p. 69):

Intenté seguir como si nada ocurriera pero uno, que parecía liderar la banda, tomó impulso y me agarró el tobillo entre las mandíbulas. Me quedé quieta, él todavía no mordía, simplemente amenazaba. Mi desesperación en ese momento no vino tanto de esa mordedura en suspenso sino del hecho de mirar hacia todos lados -hacia la hilera de casas que seguían hacia el sur, hacia la ruta que conecta con Caleta Olivia, hacia el camino que lleva a lo que se supone el centro- y no ver a nadie, absolutamente a nadie (Cristoff, p. 69-70).

Cuando nadie está presente y se manifiesta el aislamiento y la desintegración territorial, es la comunidad canina la que responde. El presidente de Sociedad de Fomento de Cañadón se vio obligado a promulgar una resolución para controlar a los perros del pueblo, pues el aumento

descontrolado de población canina impedía la circulación libre de personas a pie o en bicicleta: “Es fundamental educar a la gente en el respeto por los animales y por sus conciudadanos, ya que los animales comparten la localidad con la gente...” (Cristoff, p. 72). La autora se sorprende por la formulación: los animales comparten la localidad con la gente, y no al revés. Algo de eso genera una profunda simpatía en ella, que se resiste a ir y permanece, como una astilla o como “uña encarnada, obstinada en la molestia” (Cristoff, p. 72).

Para Domingo, un lugareño, los perros “se han convertido en una plaga”: “Están muertos de hambre, eso es lo que pasa” (Cristoff, p. 73). Domingo cuenta que se arman reuniones vecinales y se elaboran resoluciones “basadas en reglamentos españoles, italianos, todos lugares civilizados, como si éste fuera uno de ellos” (Cristoff, p. 73), pero finalmente el problema está sin resolver.

Por algo a Cañadón Seco le dicen puesto de estancia: hay más perros que personas. Habría que eliminarlos a todos y basta. Saqué el tema equivocado, me parece. Lucho por pasar a otro. No es fácil. Si un chico no puede andar tranquilo en bicicleta, para qué vive en este pueblo, para qué es un chico. Los cuestionamientos de Domingo me superan. Si la perra tuvo cachorros, por qué no los ahogan ahí nomás, cuando todavía ni abrieron los ojos. Sus propuestas también (Cristoff, p. 73).

Además del manejo de la polifonía (marcada por la alternancia entre la voz de Domingo y la de Cristoff), este fragmento también introduce una serie de dicotomías: por empezar, el término “civilización y barbarie”: Cañadón Seco aparece como el sitio bárbaro y remoto, donde la comunidad, en un gesto absurdo, pretende aplicar normativas “importadas” desde la “civilización”. También podemos leer esa dicotomía clásica desde una nueva significación relativa al mundo animal, pues la civilización sería aquella forma de comunidad humana que supuestamente tiene dominio sobre todo lo viviente. Por el contrario, la barbarie supedita su hábitat a la necesidad de la jauría. Luego, se desprende del fragmento una dicotomía que separa lo cultural como construcción específicamente humana de lo animal. Pero tales relaciones, que involucran definiciones de lo humano y lo animal (inclusivas o excluyentes) son también culturales e históricamente determinadas.

Cristoff intercala dentro del relato sobre la problemática canina, una descripción de la vida cotidiana de Pedro, alias El Bueno, un trabajador del petróleo cuya tarea es “esperar”: “Acompaña, no habla, no pregunta” (Cristoff, p. 70), como si esa actitud fuera una “deformación profesional”. Trabaja en una de las tantas empresas multinacionales prestadoras de servicios que se instalaron en la zona después de la reestructuración de YPF y su tarea ha quedado fragmentada:

Él y su equipo van después de que otros, antes, hicieron el pozo y lo entubaron. Colocan el cemento entre las paredes del pozo y el tubo, nada más. Así de fragmentado es todo ahora. Entre que se coloca el cemento y se seca, pasa mucho tiempo -veinticuatro, a veces cuarenta y ocho horas-. El tiempo de fragüe lo llaman. Cuando no espera fumando, el Bueno espera mirando tele o escuchando música. Sus compañeros también. A veces hablan. Sobre todo cuando les toca trabajar en el sur, por la zona de Río Gallegos, donde muchas veces la nieve corta los caminos y tienen que pasar días sin moverse, en las casillas, aislados (Cristoff, p. 70).

Su relato de la labor cotidiana es elocuente: por un lado, revela las condiciones materiales de la cultura (entendiendo dentro de ella los lazos comunitarios), puesto que esas condiciones materiales y la posibilidad de construir comunidad están integradas. Es ahí, ante la fragmentación de su praxis y el aislamiento de los obreros, cuando la cronista describe el pueblo con estas palabras: “Desde esta esquina, como de tantas otras, se ven los límites de Cañadón, el punto exacto en el que la última casa se rinde frente al desierto. La meseta circundante parece una lava volcánica gris y espesa que en cualquier momento va a terminar de sepultar al pueblo” (Cristoff, p. 70-71). El aislamiento se convierte en amenaza de destrucción. La aparente digresión de este capítulo encuentra su punto de integración en las nociones de aislamiento y comunidad. Cuando el texto parece escindirse o segmentarse –aislarse, por qué no– en verdad se integra y cohesiona.

Para reflexionar sobre el aislamiento⁵⁴, la cronista apela a dos lecturas. Una de ellas es *The Arch of Kerguelen*, de Jean Paul Kauffmann, donde el autor cuenta sus días en las Islas Kerguelen (también llamadas Islas de la Desolación): “Estas islas que ni siquiera entran en la órbita ártica son capaces de espantar, literalmente: se comenta que hasta el explorador que las hizo ingresar en la cartografía del mundo se negó a bajar del barco por la sensación de opresión que le generaban ya mirándolas desde cubierta” (Cristoff, p. 74). El otro intertexto es *La chambre noire de Longwood*, que cuenta los días que Kauffmann pasó en Santa Helena tratando de encarnar lo que Napoleón vivió como prisionero de los ingleses en esa isla del Atlántico. “En Kauffmann, la isla remota y Napoleón son una excusa: sus dos crónicas son en realidad tratados sobre el cautiverio” (Cristoff, p. 74-75). Esto está relacionado con su propia experiencia, pues pasó a formar parte de un centenar de rehenes occidentales capturados en El Líbano en los años ‘80. El gobierno de Irán y Hezbollah exigían, por un lado, la liberación de quince militantes chiítas y de Annis Naccache (detenido en Francia por intento de asesinato del ex primer ministro del Sha de Persia) y por otro, el cese del apoyo a Irak en la guerra contra Irán. Cristoff sostiene: “[...] creo que se trata de un tributo a los sentidos -el gusto, el olfato- que no lo abandonaron cuando todo lo demás -las facultades intelectuales, la confianza- sí. Un homenaje a su parte animal” (p. 75). Estos sentidos son fundamentales en los libros donde habla del cautiverio, de lo que nunca dijo nada en declaraciones públicas.

El capítulo tiene un carácter, al parecer, digresivo; sin embargo, unifica sus extremos temáticos bajo denominadores comunes: la comparación entre el “desierto” y la isla; el aislamiento en ambos territorios; la relación animalidad-humanidad; la vínculo o contraposición entre lo animal

⁵⁴ Esta problemática atraviesa toda la estructura que organiza *Los suicidas del fin del mundo*, donde, como ya hemos señalado, la cronista extiende su estadía a causa de un corte de ruta que responde a problemáticas sociales de la poscrisis y de los conflictos provocados por las políticas neoliberales en favor de las corporaciones petroleras.

y lo cultural. Los perros aparecen en reemplazo -o mejor dicho, extensión- de los individuos: transmiten mensajes y en lugar de aislarse, se mancomunan. Y cuando los humanos se aíslan, aparece en ellos su parte animal. Para demostrar esto, aparece el intertexto de Kauffmann:

La atención fijada en el detalle parece también formar parte de la receta para sobrevivir cuando no hay nada que mirar ni lugar adonde huir ni pensamiento que no derive en tormento. Como si lo que en realidad Kauffmann quisiera subrayar es el desencaje del punto de vista, la distorsión de la mirada que padece el cautivo. Una distorsión que, pareciera, es el precio que se paga en el encierro para no morir (Cristoff, p. 77).

Esa distorsión comparable a la que experimenta la narradora cuando construye una mirada para su crónica a partir de las formas de extrañamiento. Podemos hablar acá también de una aproximación de la cronista a toda forma de alteridad. Tal como señala Alicia Montes, las crónicas a menudo integran fragmentos metatextuales donde reflexionan sobre el género mismo. Cuando Cristoff se refiere al aislamiento y el punto de vista está hablando sin duda de la “idea crónica”, pero también está hablando de eso cuando piensa en la oposición entre lo humano y lo animal y entre otras formas de alteridad: problemáticas fundamentales no solo para la genericidad de la crónica sino también para la construcción e integración del “otro”.

3.3.2. La alteridad propia

El quinto capítulo de *Falsa calma* aborda la historia de la desaparición de los comerciantes sirios de Maquinchao y otras localidades de Río Negro, donde a comienzos de siglo se asentó una comunidad de la región del Levante. A partir del relato oral suscitado en un encuentro social, Cristoff revisa los archivos sobre robos y asesinatos en la zona del Paraje Lagunitas entre 1905 y 1910. Ahí consta la denuncia de Salomón Daúd ante la desaparición de su cuñado, que al igual que muchos de sus coterráneos, vendía mercadería en consignación de manera itinerante. Torino, comisario a cargo de la comisaría de El Cuy, se encomendó a la tarea de investigar el caso y descubrió una banda que se dedicaba a asesinar y robar la mercadería de los “mercanchifles”. Cristoff toma una de las versiones:

Una vez muertos, entonces, los decapitaban y les abrían el pecho para sacarles el corazón porque según Antonia Gueche –alias Macagua, la mujer que cumplía las funciones de hechicera y curandera del grupo y que, dos décadas atrás, había servido en las filas de Roca travestida de hombre– era bueno disecar y guardar esos corazones porque daban “coraje para matar turcos y cristianos”. Otras veces, para lograr el mismo fin, no los guardaban sino que los comían. También, como proveedores de protección y coraje, se guardaban los penes. Después quemaban los restos para no dejar huellas. Algunos de los integrantes de la banda sostenían que los huesos hechos polvo también tenían poderes protectores y entonces se guardaban un puñado (Cristoff, p. 86-87).

Esta es apenas una versión (imposible de demostrar) que da cuenta de una serie de prácticas

que la comunidad local adjudicaba en ese entonces a la banda que vivía de lo que robaba a los mercachifles. Recuperar esa mirada permite dar cuenta de un prejuicio circulante en la sociedad de ese tiempo. Con cierta desconfianza, Cristoff cita el libro *Partidas sin regreso*, de Elías Chucaír, donde se sostiene la tesis de que los vendedores fueron masacrados por indígenas de origen chileno que constituían una suerte de “penetración cultural”. La idea, sostenida por muchos periódicos del momento, no convence a la autora, por lo evanescente que podría resultar la pertenencia a una nación para un grupo en su mayoría mapuche que, después de las campañas militares que habían emprendido ambos Estados décadas atrás, ya no sentían pertenencia a ninguno de esos países. Más que una estrategia geopolítica, Cristoff cree en la tesis del afán de enriquecimiento ilícito. Para la autora, se trataba de “parias de la frontera”, una idea que remite a la trama de *Martín Fierro*. El relevamiento de artículos de prensa permite a la narradora demostrar que, con el afán de proteger el fomento a la inmigración que impulsaba el gobierno argentino para 1910 (en torno al Centenario de la Independencia), los discursos recaen en el anacronismo de adjudicar fronteras nacionales a los pueblos indígenas y de caracterizar su relación con el territorio de un modo ajeno a su propia historia. En efecto, para Maristella Svampa, el primer Centenario de la Independencia constituyó uno de los momentos claves de resignificación política de la dicotomía “civilización y barbarie” según los intereses del proyecto de Estado liberal. Asimismo, Cristoff demuestra que la manipulación de los datos conocidos sobre el caso se vio acompañada de un abandono institucional: “Confirmando la tradición de reclamos no atendidos que la Patagonia siempre tuvo con el gobierno central, los refuerzos policiales para lidiar con el caso nunca llegaron” (Cristoff, p. 92). El comisario Torino, en su intento por esclarecer los hechos, finaliza en prisión y la cronista imagina la carta que habría escrito a su hermana denunciando las condiciones de las cárceles. El capítulo cinco expresa la forma en que, tras la expansión de las fronteras mediante diversas formas de violencia, usurpación y exterminio que niegan el derecho de los pueblos originarios, el Estado liberal celebra su primer centenario y construye una figura de alteridad (el inmigrante, el indio, el gaucho) a quien coloca en el polo de la barbarie.

En aquel relato del ritual carnívoro se pone en juego nuevamente la dicotomía, esta vez desplazada hacia el ámbito de las interdicciones culturales. Asimismo, emergen una serie de miradas colonialistas con respecto a las culturas aborígenes, cuyas comunidades también habían formado parte de las guerras de independencia. Cristoff no prioriza la mostración de documentación que acredite la existencia de esta práctica ritual, más deudora del rumor que de los hechos constatables. Pero sí la articula con un entramado de ficción que le permite pensar la práctica del canibalismo en una perspectiva más universal de la cultura. No importa la veracidad del rumor sino las verdades sobre la condición humana que subyacen al relato posiblemente ficticio de la práctica antropofágica. Más que una lectura particularista de la cultura, es justamente la mirada universalista

la que permite comprender el hilo conductor de las digresiones literarias de Cristoff. La ya tradicional mirada estructuralista que Claude Lévi-Strauss fundó en los estudios antropológicos establece un argumento para leer esos intertextos desde aquello que tienen de invariante cultural, es decir, los materiales culturales que comparten las culturas y que son finitos en virtud de la psiquis humana. La antropología estructural intenta remontarse hacia los fundamentos universales de la cultura, allí donde se opera la ruptura con la naturaleza (Cfr. Cuche, 2002, p. 57). Si una de las prohibiciones universales que analiza el estructuralismo es la del incesto, en la misma lógica podemos ver la práctica del canibalismo como transgresión (y como barbarie). Por eso, la antropofagia será el elemento común de la digresión textual del capítulo que analizamos.

En su alojamiento en Maquinchao, Cristoff cuenta con dos libros: uno de Michael Crichton, el autor de *Jurassic Park*, y otro de Thomas Harris, *El dragón rojo*, una novela en donde el autor “hace nacer su psiquiatría canibal”, que se desarrollará también en *Hannibal* y *The Silence of the Lambs*. La autora se detiene en la caracterización de Hannibal Lecter por Stephen King: “el conde Drácula de la era de los ordenadores y de los teléfonos celulares” (Cristoff, 99). En *El dragón rojo*, el antihéroe es Francis Dolarhyde, asesino serial que de niño padeció el abandono de su madre y los abusos de su abuela y que de grande está obsesionado con las imágenes de William Blake y con la carne humana, al igual que Hannibal:

Pero también mastica a sus víctimas, dice la novela, para aplacar el miedo que le provocan y, sobre todo, para obtener de ellas un poder que no tiene. Es por eso que quiere comerse nada más y nada menos que a Hannibal, que con el correr del relato se revela como el verdadero héroe de esta historia. ¿No es exactamente eso lo que suponían los que asaban a los vendedores ambulantes árabes para comérselos? ¿Que el corazón y las vísceras de los turcos les darían poder, valor, y los “harían guapos”? ¿No es más o menos eso lo que han confesado los caníbales más mediáticos de estos tiempos: el de Milwaukee y el de Rotenburgo? La necesidad de poder, de protección, y el deseo de devorar a otro parece ser una combinación capaz de trascender diferencias culturales y cronológicas, incluso de superar las explicaciones de la psicología y las sentencias del derecho penal (Cristoff, p. 99-100).

Al mencionar a los caníbales de Milwaukee y Rotenburgo, Cristoff pasa del relato ficticio a los hechos reales, como navegando entre tramas. Armin Meiwes, el canibal de Rotenburgo, quien publicó un aviso para solicitar un “voluntario” que desee ser devorado, alegó ante el tribunal de Kassel que buscaba “una relación cercana y permanente con alguien. Algo que le brindara ‘seguridad y protección’” (Cristoff, p. 101). Lo mismo aseguró Jeffrey Dahmer, el canibal de Milwaukee, que decía querer “tener alguien cerca”, siempre esperándolo al regreso del trabajo. “Cuando lo atraparon quedó en la heladera, sin probar, el corazón perfectamente trozado de su decimoséptima víctima” (Cristoff, p. 102). Otro intertexto es *Dentro del monstruo*, de Robert K. Ressler, criminólogo del FBI, experto en asesinos seriales, quien entrevistó a Jeffrey Dahmer y quien asesoró a Thomas Harris para escribir *El dragón rojo*.

A medida que Cristoff avanza con la lectura de esta novela, observa que Dolarhyde no puede ser el personaje central porque carece de las aptitudes para ser un monstruo de estos tiempos: “es

frágil, acomplejado, tienen problemas psicológicos que lo atormentan y un terror infinito que por momentos lo lleva a perder el control y a terminar dominado por un doble -el Dragón Rojo- que él mismo crea sin saberlo” (Cristoff, p. 102).

En Dolarhyde hay algo de monstruo decimonónico: de Dr. Jekyll y de Mr. Hyde. De hecho, su propio apellido invoca al par. Ese dragón que al principio le parecía su aliado, incluso producto de su Arte -igual que en un principio Hyde le pareció a Jekyll producto de su Ciencia- finalmente termina dominándolo, dándole órdenes desde lo alto de la escalera de la gran casa como hacía su abuela dientuda. Termina el siglo XX, parece decir Harris, y hay que crear otro perfil: los monstruos de inspiración decimonónica encuentran sus propios límites, han perdido su fuerza. Harris, que cubría policiales y por entonces estaba en contacto permanente con hombres atormentados y vencidos, tal vez se dio cuenta un día, caminando por la redacción, que no era en su sector que debía inspirarse para crear a su personaje más importante sino en otro: en Política, o en Internacionales. Ahí, en esas páginas, es donde aparecen, con trajes diseñados y discursos asesorados, los verdaderos monstruos de este siglo. Hannibal, salvo por su poder de ironizar, se les parece [...] (Cristoff, p. 102-103).

La monstruosidad, la anomalía, la construcción de monstruos es histórica y cultural y eso lo demuestra Cristoff en su manera de tejer tramas -reales, ficticias y aquellas históricas de dudoso estatus a falta de documentación suficiente-. ¿Qué relación tiene entonces lo monstruoso con la naturaleza? El canibalismo como interdicción intercultural es compartido por todas las formas de comunidad que convergen en estas crónicas (ya sea a través de las dinámicas sociales que en ellas ocurren o en las ficciones que son capaces de crear). La necesidad de aludir a intertextos también es una forma de pensar lo cultural: se recurre a la ficción por su carácter antropológico-imaginario, lo cual permite abstraerse del caso puntual y apelar a sus rasgos universales. Esta universalidad también le sirve a Cristoff para volver sobre el procedimiento que hemos señalado en otros capítulos: la mimesis entre la forma de alteridad que nos presenta y el trabajo del cronista. En este caso, la figura del caníbal abre la posibilidad de pensar en modos -extremos, violentos e interdictos- de volverse otro:

Porque, le dice Hannibal en cuanto tiene la oportunidad, ambos tienen una imaginación que los hace capaces de asumir cualquier punto de vista, y porque saben soportar el miedo que eso acarrea. La acechanza de la descomposición, la pérdida del eje. Por eso, el Gran Hannibal respeta a Graham, porque es capaz de meterse en la cabeza de los otros y, a la vez, de impedir que cualquiera haga lo mismo con él. [...] Ya que no podrá del todo con la mente de Will Graham, lo que Hannibal quiere, dice, es que aquél al menos entienda que la diferencia entre deglutirse el corazón de otro e internarse en el núcleo de su ser es ínfima, lo que quiere que Graham entienda es que el hecho de tener al otro dentro de uno -ya sea su carne, ya sea su punto de vista- es lo que verdaderamente cuenta (Cristoff, p. 105).

El capítulo se cierra con un montaje onírico donde la cronista adormecida sueña las voces de los intertextos. Bruce Chatwin, autor de *En la Patagonia*, le susurra:

[...] que Shakespeare se inspiró en un indio patagón para crear al Calibán de *La Tempestad*, dice; que Shakespeare leyó a Pigafetta, el primer cronista de la Patagonia, y que de ahí sacó a su monstruo Caliban; que él sabe cómo demostrarlo, dice, y enumera: los dos monstruos vociferan clamando por el dios Setebos, los dos son semihumanos, los dos aprenden una lengua extranjera, los dos tienen la furia y la impotencia del Nuevo Mundo y los dos esconden para el mundo civilizado una especie de amenaza, el balbuceo incomprensible de una civilización que se pudre en los confines (Cristoff, p. 106).

La tesis de Cristoff sobre la crónica como género, pensada como campo de experimentación

en torno a la articulación de hipótesis con entramados textuales, se pone en juego en la vinculación de esta trama con la serie de intertextos y films a los que apela para construir el relato: las sagas de Hannibal Lecter y la práctica caníbal, las crónicas del explorador Antonio Pigafetta, *La tempestad*, de Shakespeare y *En la Patagonia*, de Bruce Chatwin, de donde toma la frase con la que cierra su texto: “Caliban has a good claim for Patagonian ancestry”⁵⁵. Todos estos intertextos comparten, como denominador común, la idea de alteridad. La conclusión del capítulo gira en torno a los monstruos que cada época es capaz de crear y a la analogía entre el escritor que trabaja con testimonios y el caníbal que se alimenta de alteridades. Debemos recordar que la alteridad de las voces ajenas como algo de lo que se puede apropiar el sujeto es un tópico que ya reaparece en el testimonio de la adivina de Las Heras.

Muchas son las teorías sobre el origen del personaje de Calibán. La inclusión de este tema convoca el problema de la mirada colonialista y poscolonialista. Por un lado, se ha dicho que *La tempestad* alude a la colonización de norteamérica o el Caribe por parte del imperio Británico y Calibán es interpretado como heredero de la imagen del nativo colonizado. El escritor cubano Roberto Fernández Retamar, director durante muchos años de la revista *Casa de las Américas*, publicó en 1971 un ensayo titulado *Calibán, apuntes sobre la cultura de nuestra América*⁵⁶. En ese ensayo Retamar expresa: “La versión del colonizador nos explica que al caribe, debido a su bestialidad sin remedio, no quedó otra alternativa que exterminarlo” (1971, p. 25). Sin embargo, esa mirada -agrega el ensayista- no explica por qué, antes incluso que el caribe, fue igualmente exterminado el “pacífico y dulce arauaco”: “Simplemente, en un caso como en otro, se cometió contra ellos uno de los mayores etnocidios que recuerda la historia” (1971, p. 39). El intelectual cubano ubica el origen del Calibán en el linaje de Montaigne:

Uno de los más difundidos trabajos europeos en la línea utópica es el ensayo de Montaigne “De los caníbales”, aparecido en 1580. Allí está la presentación de aquellas criaturas que “guardan vigorosas y vivas las propiedades y virtudes naturales, que son las verdaderas y útiles”. En 1603 aparece publicada la traducción al inglés de los *Ensayos* de Montaigne, realizada por Giovanni Floro. No sólo Floro era amigo personal de Shakespeare, sino que se conserva el ejemplar de esta edición que Shakespeare poseyó y anotó. Este dato no tendría mayor importancia si no fuera porque prueba sin lugar a dudas que el libro fue uno de las fuentes directas de la última gran obra de Shakespeare, *La tempestad* (1611). Incluso uno de los personajes de la comedia, Gonzalo, que encarna al humanista renacentista, glosa de cerca, en un momento, líneas enteras del Montaigne de Floro, provenientes precisamente del ensayo “De los caníbales”. Y es este hecho lo que hace más singular aún la forma como Shakespeare presenta a su personaje Caliban/caníbal (1971, p. 39-40).

Eduardo J. Vior, en “Visiones de Calibán, visiones de América”, analiza la obra de Fernández Retamar y sostiene que al centrarse en las figuras simbólicas de Ariel y Calibán, el crítico cubano remite a Shakespeare la construcción de un Otro americano (la visión del indígena)

⁵⁵ “Caliban tiene un buen reclamo de ancestro patagónico”. Con la insistencia en este enunciado, Cristoff reafirma esta genealogía de monstruos de ultramar que rastrea en Shakespeare.

⁵⁶ Fernández Retamar, Roberto (1971). “Calibán”, en *Casa de las Américas*, N.º 68, septiembre-octubre de 1971.

cuya percepción habría fundamentado las primeras etapas de la expansión colonial inglesa⁵⁷. “[...] Fernández Retamar entroncó su obra en la tradición de ensayística anticolonialista posterior a la segunda guerra mundial, dándole a la figura de Calibán un sentido político-cultural general de sujeto popular antiimperialista” (Vior, 2000, p. 90). Esta lectura de Shakespeare propuesta por el ensayista implica la formulación de un programa político-cultural para el continente: “Calibán sería según él la expresión simbólica del pueblo mestizo, blanco, negro e indio de América Latina opuesto al imperialismo y a todo tipo de sujeción colonial” (Vior, 2000, p. 90). Por eso, sostiene que el símbolo de América no es Ariel tal como lo pensó José Enrique Rodó, sino Calibán⁵⁸.

Sin embargo, también hay versiones que ubican su origen en la Patagonia, más precisamente en las crónicas de Antonio Pigafetta. Al pensar en la figura de Calibán como anclaje con el territorio del sur, Cristoff actualiza -pone en juego- una mirada del problema del colonialismo que no pretende reforzar la mirada imperialista sino mostrar el carácter universal del problema de la colonización y la alteridad. Así, el término “barbarie” de la dicotomía se desplaza hacia el lado de la barbarie colonialista, que se actualiza en un contexto contemporáneo, marcado por el fracaso de la política neoliberal consolidada en la dictadura y parte del período democrático.

3.4. Entre la “nada” y el petróleo

En este apartado y el que sigue, el análisis propuesto para los textos centrará su mirada en la perspectiva de los estudios culturales. En *Marxismo y literatura*, publicado por primera vez en 1977, Raymond Williams propone una teoría materialista de la cultura que permite analizar los mecanismos y dispositivos de la dominación cultural y social como espacio de la hegemonía y del poder de clase burgués. Esto marca una contribución a una teoría marxista de la cultura: el materialismo cultural como modo de comprender la organización de la sociedad, pero también como herramienta de transformación. La cultura tiene un valor fundamental en la producción y reproducción de la vida social y por eso, Williams discute la visión economicista e idealista del

⁵⁷ “Este ensayo, corregido y aumentado por ediciones posteriores, tuvo una gran influencia sobre las discusiones en torno a la identidad cultural de América Latina por su perspectiva abarcadora, la radicalidad de su planteo y el contexto de su origen. En primer lugar es uno de los últimos intentos de la ensayística ‘antimperialista’ dirigido a dar una visión totalizadora de la cultura latinoamericana. El terrorismo de Estado que se extendiera por el continente en los años siguientes, la crisis económica posterior, la influencia del posmodernismo, el fin de la guerra fría y la hegemonía del neoliberalismo llevaron a muchos intelectuales latinoamericanos a desinteresarse de la preocupación de dar visiones totalizadoras del continente o, dándolas, a negarle sus peculiaridades como fundantes de una identidad diferenciada” (Vior, 2000, p. 89).

⁵⁸ “Esto es algo que vemos con particular nitidez los mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Calibán. Próspero invadió las islas, mató a nuestros antepasados, esclavizó a Calibán y le enseñó su idioma para poder entenderse con él: ¿qué otra cosa puede hacer Calibán sino utilizar ese mismo idioma para maldecirlo, para desear que caiga sobre él, ‘la roja plaga’. No conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad” (Fernández Retamar, 1971, p. 43).

marxismo sobre la cultura definida como el espacio de lo superestructural. Si aceptamos aquella propuesta más ortodoxa, la cultura tiene una base material inmutable que determina unívocamente a la cultura concebida como el ámbito de las ideas. Esto implica desconocer que la base material está históricamente determinada y es susceptible de sufrir cambios, como toda forma de relación social. Por el contrario, Williams caracteriza la cultura como un tipo específico de fuerza productiva, tanto como la política o la economía. Pues ya no se puede pensar en la cultura como reflejo de la economía, sino como un espacio de lucha en el que conviven fuerzas en pugna que polemizan y se resisten al modo de vida impuesto por la dominación. Aquí reaparece la noción de “hegemonía” de Antonio Gramsci, definida como la determinación en proceso. Si bien lo hegemónico es dominante, siempre existe el conflicto; los sujetos de la hegemonía son sujetos activos que no se limitan a reproducir la desigualdad sino que también resisten y luchan. El concepto, por otro lado, permite abarcar tanto la noción de cultura como la de ideología: por un lado, la cultura como el proceso a partir del cual los hombres definen y configuran sus vidas y por otro, la ideología como el sistema de valores que constituye y representa un interés de clase. La “hegemonía” es más amplia porque no se trata sólo de un sistema de valores sino de todo el proceso social vivido y organizado por ese sistema de valores dominantes. Como ya se ha señalado, la hegemonía se experimenta a partir de prácticas y expectativas en relación a la vida cotidiana y social. Williams privilegia el nexo entre cultura y experiencia social para interrogarse acerca de los rasgos que diferencian a las instituciones culturales del resto de las prácticas sociales. No se trata de restringir la cultura a la subjetividad sino de tornar material a la historia de la cultura y sustraerla del campo de las ideas. La cultura no impone su hegemonía sobre un medio neutro sino que es renovada, defendida o modificada. Raymond Williams no pone el foco sólo en los procesos de construcción y difusión de valores sino que centra también su atención en los momentos de transformación. Esta mirada, aunque ya clásica en la sociología de la cultura, abre un abanico de reflexiones en torno al modo en que ambas crónicas abordan la relación entre condiciones materiales, naturaleza y cultura en las comunidades de la Patagonia argentina. Aunque este problema atraviesa todos los ejes que hemos señalado hasta el momento, en este apartado nos centraremos en aquellos episodios que abordan explícitamente las condiciones de producción y los conflictos sociales.

En *Falsa calma*, el capítulo ocho narra el testimonio de Federico, un joven de Esquel empleado como obrero del petróleo en Santa Cruz. Lejos del atavismo telúrico que encontramos en cierta ensayística argentina consagrada a la llanura, su relato habla de la influencia de la praxis y las condiciones materiales de trabajo en la subjetividad, la comunidad y las formas de vida:

Ése es el tema con este trabajo, vuelve Federico: uno tiene que pasarse ocho, hasta diez horas seguidas recorriendo los pozos de petróleo, solo -muchas veces solo, la mayor parte de las veces solo- y hay veces en las que todo va perfecto, uno está haciendo exactamente lo que tiene que hacer, verificar que todo esté en orden, que no haya ningún derrame, que los pernos estén

ajustados, pero hay otras veces en las que la mente se distrae, se niega a ver que un perno es un perno y en cambio empieza con ese tipo de cuestiones. Por qué será que su padre lograba esa placidez solamente con la música o por qué será que era alcohólico. Simplemente, me dice, hay días en que las preguntas vienen a su cabeza y como no hay nadie que se las pueda responder ahí, dando vueltas entre los pozos, termina contestándoselas él mismo o algo parecido. Y es que, cuando después se encuentra con alguien, no tiene sentido volverlo a preguntar. A eso se refería con lo de solitario: es un trabajo que lo obliga a uno a arreglárselas solo permanentemente, y entonces, cuando aparecen los otros, uno ya no tiene nada que decirles, ni preguntarles ni contarles, se va dando cuenta, paulatinamente, de que cada vez es menos lo que necesita de ellos (Cristoff, p. 155-156).

A priori, uno podría pensar que este fragmento da cuenta del modo en que las formas de producción determinan el carácter del sujeto y su posibilidad de construir comunidad⁵⁹. Así, una lectura apresurada de *Falsa calma* afirmaría cierto determinismo de las condiciones materiales por sobre la subjetividad del personaje. Pero Raymond Williams afirma que esa base material también está determinada por factores históricos, políticos y culturales. La voz de Federico presenta el aislamiento como producto de sus condiciones de trabajo, de la misma manera en que muchos de los personajes de *Los suicidas* expresaban la totalidad del proceso social vivido y organizado por el sistema de valores que emerge en las comunidades afectadas por la “urbanopatía”. No obstante, aunque muchas de las voces de los testimoniantes de uno y otro libro dan cuenta de esos fenómenos, la puesta en escena de esos discursos por parte de las cronistas permite una forma de extrañamiento que en última instancia cuestiona ese sistema de valores. En otras palabras, la voz de Federico no es la voz de la cronista, que al centrar su narración en esa subjetividad, finalmente demuestra que el proceso social vivido y organizado por una ideología dominante (o por condiciones materiales histórica, cultural y políticamente determinadas) se ve cuestionado y resistido por prácticas culturales como la crónica misma.

En Las Heras, donde según el censo citado por Leila Guerriero, la mayor parte de la población vive del petróleo, también se manifiesta un proceso de lucha y resistencia ante la imposición de condiciones materiales que afectan las formas de vida y de comunidad. Esto implica que las formas de privatización de las empresas estatales de manera acelerada y desregulada repercuten en los lazos sociales, como también lo hacen el desastre del desempleo y la pérdida de soberanía sobre los recursos naturales. Si bien la crónica da cuenta de los procesos de lucha que se resisten a los modos de vida impuestos por la dominación la representación de esa conflictividad en el texto adquiere dos funciones: reforzar el aislamiento y denunciar la indiferencia de la prensa. La cronista de *Los suicidas* enmarca el relato de su estadía en Las Heras en función de un corte de la ruta producido entre Pico Truncado y Caleta Olivia, que es representado mediante una comparación con una catástrofe natural: “(...) como un tsunami, el piquete se había abatido sobre la ruta. No se

⁵⁹ Asimismo, el fragmento citado conduce directamente al primer y el segundo capítulo de *Falsa calma*, donde se habla de la falta de transporte que integre los pueblos y la decisión voluntaria de aislamiento de Ramiro, un personaje que desea formarse como sacerdote.

podía regresar a Comodoro” (Guerriero, 26). El tema reaparece en los testimoniantes que a duras penas reciben noticias sobre el caso:

“Pregunté si sabían algo del piquete.

—Nada —dijo José— Pero qué importa. Acá la Patagonia es lo último que hay. Los porteños no nos dan ni bolilla. La provincia de Santa Cruz es chica y con lo que hay acá se podría mantener la provincia entera. En cambio, las cosas de acá se las llevan ustedes a Buenos Aires. Si la plata de Santa Cruz quedara en Santa Cruz, habría mucho más trabajo” (Guerriero, p. 34).

En “El devenir de las organizaciones piqueteras en Argentina” (2005), Maristella Svampa analiza el modo en que, desde la descomposición social, emergieron nuevas formas de organización colectiva. A partir de los años 1996 y 1997, una parte de aquella sociedad argentina fracturada por el modelo neoliberal e ignorada por los grandes medios de comunicación, irrumpió en la escena social impidiendo la circulación de personas y mercancías en reclamo de puestos de trabajo. El nombre “piquetero” no solo designó a aquellos que organizaron los piquetes sino que también representó a quienes rechazaron definirse como “desocupados”: una identidad que no reflejaba su verdadera condición en un mercado que los había excluido. Los piqueteros representaron un “movimiento de movimientos” que expresaron acciones tanto disruptivas como unificadoras. Los cortes de ruta y los diversos modelos de organización comunitaria permitieron expresar la protesta y la acción colectiva frente a la nueva experiencia social comunitaria que implicó el colapso de las economías regionales y la privatización acelerada de las empresas del Estado en la década de 1990. Por otro lado, estas experiencias sociales remiten a la acción territorial y organizativa gestada en el cordón industrial de Buenos Aires ligada a la “pauperización del mundo popular” que comenzó en los años ’70. “Es precisamente en la región del Conurbano bonaerense donde se gestaron los modelos de organización, posibilitando años más tarde la proyección de los desocupados a escala nacional, así como los estilos de militancia, basados en el trabajo comunitario en barrios” (Svampa, 2005, p. 2). El repertorio de los formatos de acción fue ampliándose⁶⁰. Asimismo, las modalidades de protesta y de organización adquirieron una fuerte tendencia a interpelar cada vez más a los grandes grupos multinacionales que controlaban los servicios básicos y la explotación de recursos naturales como el gas y el petróleo, lo que derivó en varias judicializaciones contra manifestantes. En efecto, la estadía de Guerriero en Las Heras coincide con la intendencia de José Luis Martinelli, proveniente de la Alianza, que en marzo de ese mismo año participó junto con los desocupados del petróleo en la toma de la batería de rebombeo Loma del Cui II, de Respol-YPF, denunciando la falta de puestos de trabajo para los locales. Repsol se comprometió entonces a crear puestos de

⁶⁰ La investigadora precisa: “(...) más allá de la heterogeneidad, los diferentes movimientos reconocen un espacio común recorrido por determinados repertorios, entre los cuales se encuentra el piquete como formato de acción, las referencias a puebladas (los levantamientos insurreccionales), el trabajo en el territorio (la labor barrial), la dinámica asamblearia (en sus diferentes inflexiones), el control de planes sociales otorgado por el Estado y, por último, un relato específico acerca de la identidad y la historia del ‘movimiento piquetero’” (Svampa, 2005, p. 3).

trabajo y Martinelli y otros funcionarios fueron procesados por delito federal pero luego, sobreseídos. Eran habituales los cortes de ruta y piquetes en Las Heras, pero no trascendían en los medios. El libro de Guerriero es una respuesta a este vacío de la prensa. Sin embargo, si la categoría de vacío topográfico es hegemónica en la historia de la literatura argentina, en ese aspecto la cronista no se aparta, utiliza ese recurso y lo integra a las condiciones materiales:

“El ómnibus era demasiado viejo y la ruta 43, escenario de todos los piquetes, se clavaba en el horizonte sin ninguna interrupción, sin una sola curva (...). A los costados, arriba, abajo, no había nada. Ni pájaros ni ovejas ni casas ni caballos. Nada que pudiera llamarse vivo, joven, viejo, exhausto, enfermo. Sólo había eso –desierto puro–, los balancines del petróleo con sus cabeceos tristes, y el ruido de una botella que iba y venía por el pasillo y que nadie, ni yo, se molestaba en levantar” (Guerriero, p. 22).

Las privatizaciones aceleradas de los años 90 también implicaron cambios en los procesos de producción. En *Falsa calma*, Federico da testimonio de ese cambio:

Al principio, como me decía, salían en grupo a recorrer el campo. Era otra época: él necesitaba eso. Ahora es muy distinto: si él ve que un pozo, por ejemplo, no está dando el flujo que tiene que dar, va y hace los ajustes que tiene que hacer en las varillas, en la bomba, donde sea, y punto, se terminó el problema. En cambio antes, cuando esto era la YPF que él no llegó a ver, un recorridor como él andaba por ahí y lo único que hacía era llevar su planilla de control y después transmitirle la información al superior, que a su vez se la transmitía al jefe de área. Ahora, en cambio, las compañías, fundamentalmente las norteamericanas, lo que hacen es preparar a una persona para que pueda arreglárselas con todo lo que pasa: arriba y abajo del pozo. Alguien que sea capaz de ver que los cojinetes de la cigüeña no hagan ruido, que el estrobo esté en condiciones, pero también que sea capaz de arreglárselas con ese mundo subterráneo: ahí, debajo de esa bomba que me señala con el dedo, puede haber un pozo que llegue hasta los dos mil quinientos metros. Dos mil quinientos. Más de veinte cuadras hacia abajo por las que van subiendo, como transeúntes codiciados, el petróleo, el gas. Hay que vérselas ahí con la varilla, el casing, el tubing. Federico ni siquiera intenta una pronunciación sajona” (Cristoff, p. 158-159).

La pronunciación sajona aparece como alteridad inscripta en la propia praxis y la base material determinada por factores históricos y políticos que no solo produjeron la privatización irresponsable y acelerada sino que también redujo el personal y dio lugar a un tipo de práctica laboral individual. Si como dice Guerriero, el descubrimiento del yacimiento petrolero que dio trabajo a Las Heras en los años '70 restó importancia al desguace del ferrocarril⁶¹, las condiciones y recursos materiales se presentan como arena de contienda cultural y económica donde se disputan las prioridades políticas de la nación entendida como comunidad imaginada y soberana. El error ya está augurado por Raúl Scalabrini Ortiz en *Política británica en el Río de la Plata* de 1940, donde sostuvo con datos empíricos de su época que los aportes originales de capital de los británicos fueron tan precarios en su origen que pueden ser considerados “prácticamente nulos”:

La mole inmensa del capital actual no es más que el resultado del esfuerzo y la riqueza natural argentina capitalizada a favor de Inglaterra. Nos han habituado a considerar al capital como un factor económico sin origen y sin historia, un factor económico que se presenta súbitamente con sus plenos

⁶¹ “Un optimismo fuera de cauce ganó las calles y los campos en los años '60, cuando además de generosa en ovejas la región se manifestó rica en petróleo. Las Heras resultó estar a orillas de uno de los yacimientos más importantes de la Patagonia, Los Perales, que hizo de la provincia de Santa Cruz la segunda cuenca más importante del país, y de ese pueblo ganadero un centro de operaciones y base administrativa de la empresa estatal YPF. Por eso poco importó que el 15 de enero de 1978 el tren hiciera su último recorrido y las vías fueran, desde entonces, vías muertas. Todavía –sobre todo– quedaba el petróleo” (Guerriero, p. 17-18).

poderes y no como es, un factor que se labora poco a poco y se crea con la aglutinación de muchos pequeños esfuerzos, por eso nuestra mente se resiste a conceder total credulidad a este crecimiento paulatino y progresivo de los llamados capitales extranjeros. Es instructivo estudiar la formación del capital de Yacimientos Petrolíferos Fiscales que recibió del gobierno nacional un apoyo pecuniario exclusivo por valor total de \$ m/n. 8.655.240 y que hoy tiene ‘un capital invertido’ de más de 400 millones. El establecimiento de las necesarias correlaciones y paralelismos demostraría, si tuviéramos tiempo para ello, que la productividad de un campo petrolífero de capacidad mediana es inferior a la de una línea férrea, que no se agota por más que se bombee. Y que además, por muy fundamental que el dominio del petróleo sea, es inferior como potencia al dominio de los ferrocarriles de un país (Scalabrini Ortiz, 2001, p. 205).

Para el ensayista, los ferrocarriles eran la llave de la nación. La economía nacional (pública y privada), la actividad industrial, la distribución de la riqueza y la política local e internacional están fuertemente atadas a los servicios públicos de comunicación y transporte. “Todos sabemos cuán poderosos es el Estado entre nosotros y cuántas facultades se han concedido a los ejecutivos. Pero muy pocos saben que la potencia de los ferrocarriles es quizá superior a la potencia del Estado, porque se ejerce sin contralor alguno, discrecionalmente” (Scalabrini Ortiz, 2001, p. 205). Si bien los datos que manejaba el autor en sus tiempos dan cuenta de otro tipo de economía y de conocimiento sobre energía y tecnología, la importancia de sus palabras radica en el relevamiento del aspecto cultural del capital y de sus dimensiones históricas así como también en la prioridad de la integración regional frente al extractivismo.

3.5. El hilado cultural

En el capítulo seis de *Falsa calma* se combinan los temas de las comunidades indígenas, las religiones, el trabajo y las prácticas culturales colectivas. La cronista se encuentra en la comunidad de El Cuy y centra su atención alrededor de tres personajes cuyos testimonios manifiestan las temáticas mencionadas. El primero de ellos es el padre del actual Comisionado de Fomento, un hombre de origen mapuche que tras la muerte de su madre y el abandono de su padre cuando tenía ocho años, debió hacerse cargo de sus hermanas menores, hasta que la más chica de ellas fue separada y criada por otra familia. Creció trabajando en el campo y pasó de peón a capataz, administrador, mediero, comisionado de fomento y ahora propietario:

“Y eso que cuando llegó para acá ni la castilla hablaba, me dice, solamente la lengua. Así, elidiendo, los descendientes mapuches llaman a la lengua mapu dungun, más popularmente conocida como mapuche. Eso era antes, ahora ya no la hablan más. O solamente muy, muy de vez en cuando; si se encuentra con alguna de sus hermanas, por ejemplo” (Cristoff, p. 113).

En este testimonio, que la cronista recupera e integra a sus propias palabras, aparece otro de los temas fundamentales del capítulo: la lengua mapu dungun. Más que una elipsis, la forma de denominarla entraña otro sentido: es un modo de expresar que es la lengua por antonomasia.

El segundo personaje es Milka:

Milka viene a ser, por una de esas extrañas confluencias de la vida, una especie de catalizadora de los tres credos que tienen su influencia en el pueblo y alrededores: las congregaciones evangélicas, que continuamente mandan pastores a difundir el mensaje que les corresponda, el catolicismo que hace lo que puede y el Maruchito, un chico que a principios de siglo fue asesinado brutalmente en un paraje cercano y al que la fe popular consagró como santo (Cristoff, p. 115-116).

Milka puso en marcha el Taller Milikilin Huitral, que surgió en rigor como una iniciativa de la Iglesia Católica en los años '80 pero, finalmente, quedó en manos de Milka. Se trató de un proyecto de un sacerdote que “frente al cisma -valga la hipérbole- que se estaba produciendo en el pueblo entre los católicos y los evangélicos” propuso reunir a las mujeres de la comunidad (en su mayoría mapuches, excluidas del mundo del trabajo) en una actividad común: recuperar los tejidos que hacían sus antepasados, actividad que vino acompañada de una dosis de formación católica.

En este aspecto son fundamentales los conceptos de lo “dominante, residual y emergente”, que Williams propone en su teoría cultural. Lo residual es definido como algo diferente de lo “arcaico”, aunque en la práctica sean a menudo muy difíciles de distinguir: “Toda cultura incluye elementos aprovechables de su pasado pero su lugar dentro del proceso cultural contemporáneo es profundamente variable” (2009, p.161). Lo arcaico es lo que se presenta como elemento del pasado, para ser observado, examinado o “revivido”. Por el contrario, lo residual...

por definición, ha sido efectivamente formado en el pasado, pero todavía se halla en actividad en el proceso cultural; no sólo, y a menudo ni eso, como un elemento del pasado, sino como un elemento efectivo del presente. Por lo tanto, ciertas experiencias, significados y valores que no pueden ser expresados o sustancialmente verificados en términos de cultura dominante, son, no obstante, vividos y practicados sobre la base de un remanente -tanto cultural como social- de alguna formación o institución social y cultural anterior. Es fundamental distinguir este aspecto de lo residual, que puede presentar una relación alternativa e incluso de oposición con respecto a la cultura dominante, de la manifestación activa de lo residual (siendo esta su distinción de lo arcaico) que ha sido total y ampliamente incorporado a la cultura dominante (Williams, 2009, p. 161-162).

Cuando Williams se refiere a lo “emergente”, alude, en primer lugar, a los nuevos significados y valores, las nuevas prácticas, las nuevas relaciones y tipos de relaciones que son creados de continuo. Sin embargo, resulta muy difícil distinguir entre aquellos elementos que constituyen efectivamente una nueva fase de la cultura dominante y los elementos que son alternativos u opositores a ella: “Desde el momento en que nos hallamos siempre considerando las relaciones dentro de un proceso cultural, las definiciones de lo emergente, tanto como de lo residual, sólo pueden producirse en relación con un sentido cabal de lo dominante” (2009, p. 163-164). Sin embargo, en la estructura de toda sociedad real, y especialmente en su estructura de clases, existe siempre una base ideal para los elementos del proceso cultural que son alternativos u opositores a los elementos dominantes, aunque existen desigualdades extremas de contribución en las diferentes partes del proceso. En el testimonio del padre del Comisionado de Fomento, la lengua mapu dungun aparece como un elemento residual que al menos en el relato de su historia personal no se presenta como activo, sino en vías de convertirse en una práctica arcaica (aunque en rigor no

es así entre las comunidades mapuches). Sin embargo, aunque pase inadvertido para el personaje, la potencialidad del mapu dungun en tanto práctica y conjunto de sentidos no solamente residuales en términos de alternativa sino también -y fundamentalmente- de oposición, no desaparece, se encuentra inscripta en esa forma de referirse a la lengua como “la lengua” por antonomasia. La figura de Milka como “catalizadora” de los tres credos también puede leerse a partir de estos conceptos que propuso Raymond Williams. Si las nuevas prácticas religiosas miden su condición de residuales (alternativas u opositoras) o emergentes respecto de una dominante (que a priori, uno diría que lo constituyen las instituciones y las prácticas católicas), en aquel fragmento citado donde la cronista presenta a Milka, lo residual es el catolicismo mismo, “que hace lo que puede” y que se enfrenta a una fuerte pérdida de hegemonía frente a credos cuyas prácticas están en su base, pero lo discuten.

Milka dice que “hilar era cosa de indios”, mientras confiesa que lo hacía de niña a escondidas de sus padres. Era una práctica residual que en virtud del rechazo que padecía puede pensarse como de oposición a lo dominante. Poco a poco eso cambia. Milka saca la praxis del escondite: “Lo del Taller de hilado se convirtió en el cuarto propio de Milka: desde allí volvería legítimo lo que había tenido que hacer a escondidas, como una clandestina, y no sólo eso, también lo diseminaría” (Cristoff, p. 116-117). Con eso, Milka supo que enseñaría el catecismo pero también se proponía enseñar a las mujeres su derecho a la autonomía. Al comienzo, la oposición de los varones, el miedo de las mujeres y la escasez de material hicieron las cosas difíciles. Pero la crisis los golpeó a todos y así comenzaron a ceder ante la necesidad de diversificar las tareas. Resolvieron la falta de recursos destejendo viejos pulóveres: “Milka intercalaba los hilos y les decía que esto mismo que había dejado a sus madres y a sus abuelas con el lomo doblado, allá en el campo, podía ser ahora su propia forma de encontrarse un sustento propio, de generar un dinero para ayudar en la casa” (Cristoff, p. 117). Sin embargo, siguiendo a Raymond Williams, las nuevas prácticas no son, en modo alguno, procesos aislados sino que, en la medida en que son más bien opositoras que alternativas, son sometidas a un proceso de incorporación intencionada. El taller, que funciona como asociación civil sin fines de lucro, rápidamente se integra a los programas de organismos de gobierno:

Hace unos pocos años, cuando ya pudieron empezar a poner en práctica el tejido natural, una técnica ancestral que ya estaba casi perdida, recibieron un fondo del Proinder, el Programa de Desarrollo para Pequeños Productores Agropecuarios que depende de la Secretaría de Cultura de la Nación. Los de la Iglesia Católica, que fueron los que en principio impulsaron el proyecto, le dicen que esto cada vez se parece más a un negocio que a una misión catequizadora. Esto es un emprendimiento, me remarca Milka, esto es un acto de concientización que estas mujeres estaban necesitando. No se trata de una liberación ni de una revelación, ni de ninguna de esas paparruchadas: cuando ella dice concientización se refiere a lograr que esas mujeres sean capaces de pensar en sí mismas, de asumir sus orígenes mapuches, de quejarse si algo no les conviene, de dar su opinión, de tener alguna iniciativa (Cristoff, p. 119).

El taller de hilado se convierte en una arena de disputa ideológica de diversas instituciones y entramados sociales: por un lado, la propia comunidad local y sus prácticas de tradición aborígen, por otro, los organismos de gobierno y finalmente, la Iglesia Católica. Frente a esta disputa, si hay una práctica que es genuinamente emergente, es la comunidad de mujeres y los nuevos modos de pensar su identidad a través del proceso social que se desarrolla en el taller. Según Raymond Williams, la emergencia cultural en relación con la creciente emergencia y fortaleza de una clase no es el único tipo de emergencia posible: “(...) *ningún modo de producción, y por lo tanto ningún orden social dominante ni ninguna cultura dominante jamás en realidad incluye o agota toda la práctica humana, toda la energía humana y toda la intención humana*” (2009, p. 166, cursivas en el original). Este elemento emergente, que podría escapar a toda lógica de dominación o incorporación a lo dominante (la autonomía, la comunidad de mujeres) no evita que Milka se exaspere y reconozca que a veces se enoja con “la abulia” de las trabajadoras, como tampoco evita la continuidad de su misión evangelizadora: “Lo que sí, siempre hace, es decirles que hay un solo Dios” (Cristoff, p. 117).

El tercer personaje es el esposo de Milka, que todos los años hace una caminata hasta “El Maruchito”, una ermita ubicada a 50 kilómetros de El Cuy, rodeada de “pura meseta” y antecedida por un cartel que reza: “Hacedor de milagros en la meseta patagónica”. El Maruchito fue un peón que desobedeció las órdenes de no cantar durante el trabajo. Mientras sus compañeros hacían sus labores cotidianas y calentaban el agua para el mate, Marucho tomó la guitarra y comenzó a rasgar sus cuerdas. El capataz le quitó la vida. Se dice que quien no pasa por su ermita está condenado a sufrir un accidente en la ruta. La comunidad sigue el rito a rajatabla. En la disputa por la hegemonía religiosa, las distintas instituciones se enfrentan también a las creencias y prácticas esotéricas que presentan ambas crónicas como elementos residuales (“la secta de los siete”, el discurso de Sandra, la creencia en la lista de los próximos suicidios).

Si tenemos en cuenta que, como sostiene Raymond Williams, en el capitalismo avanzado, debido a los cambios producidos en el carácter social del trabajo, en el carácter social de las comunicaciones y en el carácter social de la toma de decisiones, la cultura dominante va mucho más allá de lo que ha ido nunca en la sociedad capitalista y en las áreas hasta el momento “reservadas” o “cedidas” de la experiencia, la práctica y el significado, el área de penetración efectiva del orden dominante dentro del proceso social y cultural es significativamente mayor. Esto a su vez disminuye la brecha existente entre los elementos alternativos y de oposición: “La alternativa, especialmente en las áreas que se internan en zonas significativas de lo dominante, es considerada a menudo como opositora y, bajo presión, a veces es convertida en instancia de oposición” (Williams, 2009, p.167). Existen esferas de la práctica y el significado que la cultura dominante es incapaz de reconocer. Cualquier emergencia significativa, que vaya más allá o en contra del modo dominante, resulta

difícil, sea en sí misma o en su confusión con los “facsimiles y novedades de la fase incorporada”. La práctica culturalmente emergente y la práctica residual constituyen una necesaria complicación de la supuesta cultura dominante (Williams, 2007). Es así que aquellos cultos con mayor flexibilidad para integrar a los santos populares tendrán mayor fuerza contrahegemónica. La problemática indígena en la historia local es tratada por los medios y por la historia oficial más como elemento residual que como prácticas, culturas y universos de significación vigentes. Por su parte, *Los suicidas del fin del mundo* no alude explícitamente a los conflictos territoriales y culturales entre las instituciones estatales y las comunidades aborígenes, pero sí pone en escena algunos ecos de esa problemática cuando un testigo presenta la cuestión transformada en una leyenda de ultratumba: “(...) en este pueblo pasan cosas raras. Es todo por culpa de los indios enterrados que andan por ahí. Hay muchos indios enterrados acá” (Guerriero, p. 26). Por el contrario, Cristoff se encarga de mostrar que la cultura aborígen, su lengua y sus prácticas colectivas se encuentran en el centro de la disputa por la hegemonía cultural.

4. El documento disperso

4.1. Del documento al archivo

Si el territorio puede convertirse en paisaje es porque hay una mirada, una subjetividad que lo construye como tal y lo concibe como alteridad; la misma mirada que constituye a los testimoniantes en tanto personajes también los concibe como alteridades respecto de las cuales establece formas de distancia y cercanía. Del mismo modo, la inclusión del documento en el texto no solo implica un recurso a la atestación, sino también la incorporación de una forma de alteridad. Si bien la relación entre periodismo, literatura y etnografía fue sucintamente trabajada en el primer capítulo, así como también las tendencias prescriptivas de algunas intervenciones en los debates sobre la caracterización del género, en este capítulo nos interesa indagar los problemas que supone la dimensión documental de la crónica. En “El giro lingüístico en periodismo y su incidencia en la comunicación periodística”, el catedrático español Albert Chillón discute la reducción de la labor periodística a las prescripciones de manual. Con el fin de encarar esa discusión, recupera para el periodismo los aportes del Giro Lingüístico, pues argumenta que en dicho ámbito el debate historiográfico no tuvo suficiente desarrollo. Su línea argumental le permite concluir que el periodismo no debe ser concebido como un oficio práctico que implicaría el dominio de habilidades técnicas aptas para capturar “la realidad”, sino como una “profesión intelectual cuya esencia interpretativa hace inevitable la integración dialéctica de la cultura y la capacidad de discernimiento crítico, por un lado, y de las habilidades expresivas y técnicas, por otro” (Chillón, 2001, p. 26). Interpretar y representar la realidad mediante enunciados narrativos y argumentativos supone teorías, culturas profesionales y una visión de mundo. No se trata de un quehacer escriturario de carácter meramente prescriptivo sino de una intervención cultural que debe ser consciente del carácter ideológico de los materiales con los que trabaja. Entre esos materiales, están los documentos.

En cierto punto, el periodismo narrativo encuentra coincidencias con los problemas de la historiografía, en la medida en que ambas disciplinas de algún modo se ocupan del pasado⁶². La escritura de la historia es un proceso de mediación con componentes ineludiblemente ideológicos. Uno de los referentes asociados al Giro Lingüístico así como al posmodernismo en general es la figura de Hayden White, quien equipara el discurso histórico y la novela en tanto artefactos

⁶² Es indiscutible que el periodismo se ocupa sobre todo del presente, o en todo caso, del pasado más reciente. Sin embargo, en gran parte de la producción contemporánea de crónicas –ya sea que se definan a sí mismas como literarias o periodísticas– existe una vocación por recuperar algún hecho o acontecimiento que pertenece al pasado y que tiene repercusiones en la actualidad. Los pueblos y comunidades patagónicas y sus derroteros históricos, sociales y políticos son un ejemplo de esos temas.

narrativos. Su posición apunta a sistematizar una teoría de la interpretación histórica basada en una redefinición fundamental de la tradicional comprensión del pasado: el lenguaje en sí le impone al relato histórico una limitada selección de formas retóricas, las que suponen implicaciones ideológicas y políticas en la construcción de tramas a través de tropos dominantes (White, 1973). Esta elección inevitable determina la especificidad de las diversas interpretaciones de los sucesos históricos. Si el carácter textual de los textos históricos impone la responsabilidad de reconocer esas implicaciones ideológicas, los documentos en los que se apoya la disciplina histórica también, puesto que son, a su vez, ellos mismos textos. Es por eso que si la disciplina histórica aspira a ser científica, los planteos del Giro Lingüístico impusieron un desafío: definir la naturaleza del vínculo entre esos documentos y el pasado. Es el posmodernismo, en tanto marco epistemológico en el que se sustenta el Giro Lingüístico en las ciencias sociales y humanas, el que denuncia el objetivismo como ideología. Eso no significa que se oponga a la verdad como fin en sí mismo, aunque defiende la idea de que la realidad es tan construida en los discursos como descubierta en los registros históricos. Hayden White sostiene: “(...) la ‘objetividad’ postmodernista es consciente de su propia naturaleza construida y hace de su labor de construcción el tema de su discurso” (White, 1999, p. 162). Sin embargo, estos postulados han sido objeto de múltiples críticas dentro de los estudios historiográficos. Uno de los principales referentes que ha tomado la palabra en contra de estas ideas es Perry Anderson, quien aduce que las estrategias narrativas están sujetas a dos limitaciones: por un lado, las externas, las de la evidencia material; por el otro las internas, las que tienen que ver con la construcción de tramas, puesto que ciertos tipos de evidencia impiden ciertos tipos de entramados. Tal es el caso de los campos de concentración nazis: no se puede escribir históricamente la llamada “solución final” como romance o como comedia⁶³. Otra crítica fue expuesta por Dominick LaCapra, quien plantea la necesidad de buscar nuevas categorías de análisis histórico ante este tipo de hechos. También cuestiona cualquier abordaje positivista; considera que el historiador debe repensar sus categorías de análisis cuando se enfrenta a nuevos acontecimientos que desafían el orden del discurso y del pensamiento, como fue la *Shoá*. En el acto de la investigación, suceden operaciones de transferencia que están determinadas por las experiencias de vida del historiador o analistas y sus condiciones psicológicas.

El enfoque antiobjetivista en torno al documento y al archivo es recuperado actualmente en los estudios literarios, donde ambos objetos materiales comienzan a adquirir, paulatinamente, un lugar central⁶⁴. Para los historiadores, los archivos son garantes de la ambición de verdad, referente

⁶³ Otra de las críticas que expone Anderson es que la evidencia material fija inevitablemente ciertos límites *absolutos*, por ejemplo, el de negar la existencia del régimen o de sus crímenes. Para más información sobre el debate de los historiadores, consultar Friedlander, S. (comp.) (2007). *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

⁶⁴ Si bien el problema del archivo ha sido una de las preocupaciones fundamentales de la crítica genética o la historiografía literaria, se habla en este momento del “giro documental” de la literatura y los estudios literarios.

real del discurso y lazo material con el pasado (Louis, 2018). Son el fundamento del conocimiento y, al decir de Paul Ricoeur, el lugar donde se compromete, en tanto que trazo, la reflexión sobre la historia tomada en el tiempo entre el pasado y el presente (2000).

En una etapa previa a la constitución del archivo, el documento puede ser definido como un escrito que sirve de evidencia o información escrita; cualquier base de conocimiento, físicamente fija, que pueda ser utilizada para consulta, estudio, evidencia o testimonio. El documento secunda a otro discurso que se apoya en él y que será tomado para diferentes usos (efectivos o virtuales) (Bloomfield & Zenetti, 2012). Asimismo, constituye un “objeto circunstancial” (Chevrier & Roussin, 2001) de naturaleza variable: cualquier material es susceptible de convertirse en documento. Por lo tanto, la definición de “documento” no tiene que ver con su naturaleza sino con su uso. Por un lado, siempre se encuentra atrapado entre una realidad, de la que dice dar cuenta, y discursos (análisis, demostraciones, interpretaciones) que dependen de él, lo prolongan y completan. Por otro lado, es parte de una temporalidad compleja, ya que existe solo en virtud de las potenciales miradas que serán puestas sobre él. Intermediario entre lo real inasible, y los discursos que pretenden iluminarlo, localizado entre la huella del pasado, la actualización presente y los usos futuros, el documento depende siempre de un sujeto que elige o rechaza constituirlo como tal. Se puede hablar de una inestabilidad formal y una incompletitud fundamental del documento (que no dice nada él mismo sino que debe ser interpretado). La labilidad y la posición intermedia del documento lo convierten en una herramienta y ayudan a comprender ciertos hechos históricos o sociológicos. El documento podría así pensarse como una etapa previa del discurso sobre lo real, como si ciencia o literatura no tuvieran posibilidad de acceso directo a lo real más que a través del pasaje por el documento. Es una noción que invita a interrogarse sobre la fabricación y el material con el que se crean las obras y con la ayuda del cual se construyen los saberes. Esa labilidad también hace que el documento, especialmente en las ficciones que podríamos llamar “posmodernas”, sea utilizado para construir ficciones-documentales, como ocurre en la obra de los escritores españoles Javier Cercas e Isaac Rosa o en el caso del autor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa.

El documento se da siempre en presente; consiste en todos los recortes de lo real antes de que sean clasificados o utilizados. El archivo, en cambio, es un documento al que ya hemos conferido la cualidad de la duración, que ya tiene una utilidad para comprender una parte del pasado (Samoyault, 2012). Solamente colocando cada fragmento en su orden probable e interpretándolo, se le dará una significación y se lo conducirá a su temporalidad. El documento tiende potencialmente al archivo o a la biblioteca de acuerdo al uso que uno hace de él y la transformación a la cual se lo somete para darle una duración. Desde la disciplina histórica, se puede afirmar que las fuentes archivadas de las que dispone el historiador fueron fabricadas en dos tiempos: una vez en tanto que

documentos, y una segunda en tanto que archivos, es decir, documentos conservados, clasificados e inventariados. La puesta en archivos de documentos es una operación en sí misma, que altera las lógicas documentales para crear otras, que asigna a cada documento coordenadas en series, fondos, lugares, todos los elementos que son entonces inseparables del documento (Anheim & Poncet, 2004). A pesar de lo dicho, los archivos, en rigor, se construyen tres veces: por la sociedad, por los agentes que intervienen en la operación de selección y de puesta en archivo (es decir, la transformación de documento en archivo) y por los historiadores e investigadores en ciencias sociales (Anheim & Poncet, 2004).

Los archivos, en la metodología de la investigación histórica, si bien no necesariamente dicen la verdad, *hablan* de la verdad (Farge, 1989). A menudo, cuando se trabaja con archivos judiciales, se evidencia el modo del discurso de un individuo, acuñado entre las relaciones de poder y sí mismo, relaciones a las cuales el individuo está sujeto y que actualiza al expresarse verbalmente. En esas palabras hay elementos de realidad que producen significado por su aparición en un tiempo histórico determinado. Los historiadores deben trabajar con las condiciones de su aparición para tratar de descifrarlos (Farge, 2013, 29). Los discursos silenciados aparecen a través de archivos pero siempre determinados por las condiciones de posibilidad y las relaciones de poder que determinaron la emergencia de esos documentos. Esas relaciones de poder no sólo determinan los discursos contenidos sino también la topografía organizada que yace bajo los archivos. Hay que saber cómo leerla y reconocer el significado que puede ser hallado en el lugar donde las vidas chocaron involuntariamente con la autoridad. La realidad de los archivos no sólo yace en las claves que éste contiene sino también en las secuencias de diferentes representaciones de la realidad, con la cual el archivo siempre preserva un infinito número de relaciones (Louis, 2018).

Se observan dos percepciones del documento estrechamente ligadas a las percepciones del oficio de historiador: una donde el objetivo es la restitución del documento como verdad y otra donde el historiador, escritor y hermeneuta, ha constituido su texto legal, su estatua, o su colección de testimonios en el documento. La noción de verdad ha dividido históricamente a los historiadores entre aquellos que, por un lado, presuponen la existencia de una verdad histórica absoluta que sería necesario retranscribir y aquellos que intentan mantener el equilibrio entre “la restitución de una realidad que saben que es solo percepción, y la escritura de un relato cuyo carácter ficticio no puede ser negado por completo” (Bloomfield, 2012, p. 74-75). Como escritura, el archivo requiere un verdadero trabajo de lectura, para el cual se forma el literato, más que cualquier otro: rastrear las huellas de una enunciación, observar los efectos retóricos y estilísticos, entre otras cosas. En otras palabras, considerar el documento como un texto tal como afirmaba Hayden White (Louis, 2018).

Como Paul Ricœur muestra en *La Memoria, historia y olvido*, es solo porque el historiador acude a los archivos con preguntas que se puede adjuntar un papel de prueba al documento

consultado. Sin embargo, este no fue siempre el caso en nuestra cultura histórica. Previamente, el archivo “tenía la reputación de establecer la objetividad del conocimiento del historiador”, pero desde lo que Ricœur llama la “revolución documental”, el archivo ha tomado autoridad sobre quién lo consulta. Ha sido elevado al estado problemático de “evidencia documental”. Así, el historiador debe asumir un papel primordial en la constitución de su fuente como prueba, y reconocerse, en el mismo gesto de orgullo necesario, como destinatario esperado de documentos que, sin sus interrogatorios, quedarían huérfanos. El archivo sería así el producto de un lugar, configurado por el sistema donde se elabora. Habla de una sociedad, pero antes que nada permite analizar cómo él funciona en ella (Farge, 2013). Arlette Farge habla así del archivo como un posible “observatorio social” (2013, p. 114), que ilumina la institución que lo produce⁶⁵. Ricœur remarca en estas definiciones el vínculo que se establece entre el archivo y la noción de documento (un conjunto, un cuerpo organizado de documentos) y sobre todo, su triple relación a una institución: en un caso, se dice de los archivos que son resultado de la actividad institucional o profesional; en el otro, se dice que son producidos o recibidos por la entidad cuyos documentos son los archivos; finalmente, el objetivo del archivo es conservar y preservar los documentos producidos por la institución en cuestión (o su equivalente legal). Sin embargo, el trabajo aparentemente inocente de la conservación de los documentos es una operación de discriminación de carácter ideológico.

4. 2. Del vacío documental al archivo que relata

En el capítulo 2 de *Los suicidas* se presenta una de las principales fuentes de archivo que usa la cronista: la revista *La Ciudad*, que durante años fue el único medio periodístico de Las Heras y por ende, fuente predilecta para investigar, más que los hechos en sí, el tipo de discursividad social que circulaba en el pueblo. También presenta al propietario del periódico, Carlos ‘zorro’ Figueroa, autor de *Pueblo Vázquez*, donde denuncia la corrupción del intendente justicialista Francisco Vázquez. *La ciudad* dio noticia de dos suicidios ocurridos en 1995, antes de que se desataran los casos más numerosos:

⁶⁵ En el capítulo II de *La escritura de la historia* (1975), Michel de Certeau analiza el archivo en relación con sus condiciones de producción. Desde su perspectiva, la “operación historiográfica” es un intento de entender la relación entre un lugar (un reclutamiento, un medio, una profesión), procedimientos de análisis (una disciplina) y la construcción de un texto (1975). O en otras palabras, el agenciamiento de un “lugar social”, de una “práctica” y de una “escritura”. El “lugar social” es el lugar desde el cual se habla. La historia permanece configurada por el sistema donde se elabora, es decir, por la situación social donde ella nace, que es lo no dicho de una institución de saber (una universidad, una sociedad de eruditos, una revista, con sus códigos, su lenguaje, sus posibilidades y sus prohibiciones). Antes de saber aquello que la historia dice de una sociedad, importa analizar cómo funciona al interior de esa sociedad. Esta institución es parte de un complejo que permite solo un tipo de producciones y prohíbe otras. Esta es la doble función del lugar. Para entender la afirmación de Arlette Farge es preciso reemplazar “historia” por “archivo”, lo que permite analizar la forma en que funcionan los archivos en la sociedad que los produce.

La lista oficial de esos muertos no existe. Ni el Municipio, ni el hospital ni el Registro Civil creyeron necesario reconstruirla y entonces todos inventan: fueron 22 en menos de un año, fueron 19 en dos años y pico, fueron tres y la gente exagera. Pero los de 1997 ni siquiera fueron los primeros (Guerriero, p. 27).

El 10 de mayo de 1995, *La ciudad* publica la muerte de María Eufronia Ritter, de 33 años y el 29 de junio del mismo año, la de Liliana Patricia Rojas, de 20. Sin embargo, nadie contabilizó ni encendió las luces de alarma. La indiferencia de la mayor parte de los medios de comunicación ante los hechos (a excepción del periódico *La ciudad*) produce un obstáculo en la labor documental de las cronistas. Para ambas, se trata de narrar la historia no historiada: “Los datos dicen, pero nunca explican” (Guerriero, p. 61), sostiene la cronista, quien cita un texto informativo sobre los suicidios que va de lo general hacia lo particular: inicia con cifras globales de la Organización Mundial de la Salud y su espectro de precisiones se va acotando hasta llegar al pueblo de Las Heras. Sin embargo, en ese momento adviene el vacío: “[...] es una ciudad acostumbrada a no contar con datos propios” (Guerriero, p. 61). Como vemos, el tópico del vacío no es solo topográfico sino también documental. Para paliar esta situación, en 1999 se organizó un censo de salud, población y vivienda válido para el período 2000-2001. Y aunque el estudio arrojó cifras relevantes, como el hecho de que había 8382 habitantes, o que el 89% de la población vivía de la industria del petróleo o que el 30% de las mujeres eran madres solteras antes de los 18 años, “nadie preguntó, ni entonces ni nunca, por los suicidios” (Guerriero, p. 62). Esto coloca a la cronista en una posición de importancia y responsabilidad: ni funcionarios, ni periodistas ni científicos sociales ejercieron previamente un rol mínimamente similar al suyo.

En cuanto al aspecto documental, en el capítulo 10, destinado a Las Heras, Cristoff cita un fascículo de la biblioteca local: “Las Heras no fue fundada, surgió por propia gravitación”. En la memoria colectiva, Las Heras es representada como una comunidad que comparte un origen aleatorio o infundado. Como contraparte, ese origen reclama un destino de igual carácter. “No hay ningún libro al respecto. La historia de Las Heras hay que leerla así: en fascículos, en recortes de diarios, en folletos, en documentos oficiales, en fragmentos” (Cristoff, p. 213). La de Las Heras es una historia aún no historiada. El mismo aislamiento de los pueblos patagónicos se refleja en el olvido de los documentos diseminados y en la ausencia de políticas documentales. Si el archivo es un documento al cual ya se le ha otorgado la cualidad de a duración (Samoyault, 2012), los documentos sobre Las Heras han sido pocas veces convertidos en archivo. Asimismo, si recuperamos la idea de que los archivos se construyen tres veces: por la sociedad, por los agentes que intervienen en la operación de selección y de puesta en archivo y por los historiadores e investigadores en ciencias sociales (Anheim & Poncet 2004), los documentos que las cronistas recuperan son presentados como parte de los documentos diseminados, olvidados como otra consecuencia más de las políticas centralistas. El trabajo de los agentes institucionales lo realizan las propias cronistas: convierten el documento en archivo, pero un archivo mediado por una mirada

que también los piensa como parte de un objeto literario; que los integra como imágenes o los constituye como una alteridad que debe ser incorporada al texto. Esa incorporación supone la puesta en diálogo del documento con otros discursos (que “lo prolongan y lo completan” y que constituyen la crónica misma (con su polifonía), que a la vez se erige en documento.

El problema del vacío documental también aparece en el capítulo cinco del libro de *Los suicidas*, donde Guerriero entrevista a Carlos Navarro, de Servicios Fúnebres Navarro. En la siguiente cita, el texto hace uso de un contrapunto donde la voz de la narradora aparece en la constatación principal y el paréntesis transmite las respuestas de los organismos estatales:

El hospital no tenía registros (las muertes no se catalogan como ‘suicidios’); el Registro Civil no tenía registro (los libros, decían, se envían una vez por año a Río Gallegos); la policía no tenía registro (la policía no tenía registro); el Municipio no tenía registro (el Municipio, decía, no tenía por qué). Pero Navarro, vecino de los muertos, pariente de algunos, conocido de todos, en cuadernos Gloria con letra prolija y clara había anotado edad, nombre, fecha, causa de muerte y tipo de cajón: cerrado o abierto (Guerriero, p. 84).

El archivo personal de Navarro ejerce un rol fundamental que debieran ejercer las instituciones: salvaguardar la información que permite realizar diagnósticos y diseñar políticas públicas. Ante la ausencia de documentos oficiales, el final del capítulo diez de *Falsa calma* presenta una escena elocuente: la adivina de Las Heras, segura de estar siendo víctima de una conspiración por parte de la “secta de los siete”, expone ante Cristoff una serie de recortes de prensa que prueban sus acusaciones. La cronista observa que se trata de numerosas fotocopias del mismo documento. Un material que, siguiendo a Farge, no dice la verdad pero habla de la verdad: en este caso, de las creencias que sostienen las prácticas esotéricas del personaje.

El capítulo quinto del mismo libro, donde se aborda la historia de la desaparición de los comerciantes sirios de Maquinchao, es un buen ejemplo de los sentidos que es posible construir a partir del trabajo documental y sus desafíos. Apenas la cronista escucha el relato oral sobre estos hechos ocurridos a principios del siglo XX, conduce su narración hacia los archivos del caso. El primer documento es el expediente N° 1875: novecientas fojas dedicadas a robos y asesinatos en la zona del Paraje Lagunitas entre 1905 y 1910. Ahí consta la denuncia de Salomón Daúd ante la desaparición de su cuñado, que al igual que muchos de sus coterráneos, vendía mercadería en consignación de manera itinerante. El comisario Torino descubrió a la supuesta banda que se dedicaba a asesinar y robar la mercadería de los vendedores. Como ya hemos señalado, la autora realiza un relevamiento de artículos de prensa que demuestra el afán del gobierno nacional de la época del Centenario por proteger el fomento a la inmigración. Para ello, los periódicos de la época se afincan en la mirada hegemónica de la historia oficial y la construcción de mitos nacionales que obliteran la mirada territorial de los pueblos indígenas, signada por otras nociones de fronteras anteriores a las del Estado argentino. Nuevamente, es posible vincular esta trama con la afirmación

de Arlette Farge: los archivos no dicen de la verdad del caso, pero hablan de la verdad en la medida en que muestran las formas a través de las cuales las distintas instituciones (la policía, la prensa) asediaron el hecho y lo constituyeron narrativamente en función de sus propios intereses.

Para volver sobre este caso, la cronista recurre al Archivo Histórico de Viedma, cuyo director, Nilo Fulvi rescató los expedientes y confirmó una serie de irregularidades que condujeron al sobreseimiento de los acusados. Como ya hemos señalado en el capítulo anterior, la idea de crónica como campo de experimentación en torno a diversos entramados textuales, se pone en juego en la vinculación de esta historia con una serie de intertextos y films a los que Cristoff apela para construir el relato –y quizás también para cubrir los vacíos documentales–⁶⁶. Si seguimos la idea de Farge según la cual en los archivos judiciales encontramos las voces de los sujetos cuando se enfrentan a la autoridad, los aportes del Archivo Histórico de Viedma debieran ofrecer una respuesta que permita encontrar la voz del Comisario Torino. Sin embargo, adviene el vacío. Es por eso que el capítulo finaliza con un documento de carácter ficticio: una carta del comisario a su hermana, donde la cronista imagina la subjetividad del personaje y su denuncia del estado deplorable de las cárceles. Los archivos de prensa, por otro lado, dan cuenta del modo en que el proyecto de consolidación del Estado liberal que había extendido sus fronteras a través de exterminio, el reclutamiento, la usurpación o el destierro del indio y del gaucho, establece fronteras ajenas a la territorialización de las comunidades nativas y engendra nuevas formas de violencia que relega a la impunidad y el olvido.

⁶⁶ Como ya hemos indicado en el capítulo anterior, se trata de discursos referidos al canibalismo; las sagas de Hannibal Lecter, las crónicas del explorador Antonio Pigafetta; *La tempestad*, de Shakespeare y *En la Patagonia*, de Bruce Chatwin.

5. Conclusiones

Hemos iniciado este trabajo recuperando un derrotero posible para el género crónica, que se inicia con los primeros exploradores del “Nuevo Mundo” y que llega hasta la actualidad. A partir de la oposición entre la concepción del género desde teorías ontológicas y normativas frente a las teorías que lo consideran una categoría de productividad textual, hemos analizado el prólogo a la edición de *Falsa calma* de 2014 y un ensayo de Leila Guerriero sobre el periodismo narrativo. Ese análisis permitió demostrar la utilidad de ambas aproximaciones. También aportó una perspectiva definicional afín a las posturas que Cristoff propone acerca de este género como espacio de experimentación de distintas formas de transtextualidad. Si retomamos aquella definición descriptiva de Juan Villoro respecto de la crónica (que además recalca en la oposición entre pureza e hibridez que Alicia Montes problematiza en su tesis), *Los suicidas del fin del mundo* puede ser leída como una novela capaz de exponer la condición subjetiva de la narradora y la visión de mundo de los personajes. Por su parte, *Falsa calma* explora la estética del cuento con su sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato. Ambas se apropian de todos aquellos aspectos que forman el “ornitorrinco de la prosa”: el montaje de diálogos, la polifonía de los testigos, la opinión pública como forma moderna del coro griego, entre otros. Pero si permanecemos en el ámbito de las definiciones que refuerzan la idea de un género puro e impuro, permanece inadvertida la estrategia de mercado que exagera, para la crónica, rasgos que quizás sean comunes a cualquier género literario en la actualidad.

Si bien ambas crónicas se publican en los albores del siglo XXI, bien pueden definirse como crónicas de fin de siglo. Estos relatos denuncian la realidad de comunidades que luchan por definir su identidad en el proyecto nacional de cada etapa. Así, forman parte de una larga tradición de escritura de crónicas que plantean preocupaciones afines en distintos períodos de la historia de la literatura argentina.

Detrás de las palabras “Terra (in)cógnita”, que dan título a nuestro segundo capítulo, y del doble sentido que aporta el paréntesis, pretendemos aludir al territorio como un escenario ya visitado y conocido por toda una red textual pero revisitado y reconocido con una mirada diferente a partir de las dos crónicas de las que nos hemos ocupado. La particularidad de este nuevo punto de vista está marcada por la construcción de un paisaje atravesado por procesos de pugna política por la crisis del modelo neoliberal. Ese paisaje, fuertemente centrado en la topografía regional de Las Heras y otros pueblos patagónicos, contiene con la obliteración de esa localidad en las representaciones cartográficas que disfrazan sus signos codificados bajo la apariencia de objetividad. A comienzos del siglo XXI, la representación del horizonte sin interrupción ya no comporta las mismas significaciones que en los discursos del siglo XIX o XX. En los tiempos

actuales, la palabra “vacío” o el concepto de “vacío topográfico” como categoría descriptiva contienen en sí mismos, otras significaciones o pujas de sentido vinculadas con el fracaso del proceso supuestamente civilizador del proyecto liberal.

En *Falsa calma*, la aproximación al territorio se convierte en un “viaje dislocante” que coloca la alteridad en el interior de la comunidad. Las dos formas de describir el espacio -la explícita (que nombra los pueblos y los caracteriza) y la implícita (que omite la provincia de Chubut, ubicada entre Río Negro y Santa Cruz)- también forman parte de una estrategia dislocante. Siguiendo a Fermín Rodríguez, es posible leer en el texto una transición de procesos en devenir, donde se desactiva la dimensión metafórica del lenguaje, que expresa indistintamente los efectos del mundo físico y los fenómenos sociales. En *Falsa calma*, los ríos, las rutas, las vías interrumpidas son elementos de distinta naturaleza que en virtud de razones diversas, eluden al pueblo de Las Heras. El análisis del capítulo dos de este libro demuestra que la narración trasciende el lugar de la superficie para incorporar tanto el espacio aéreo como el subterráneo. En *Los suicidas del fin del mundo*, la descripción del viento como fenómeno se aproxima a la tonalidad de los testimonios, como si ambos -la fuerza (sobre)natural y la voz de los personajes- hablaran el mismo idioma.

En el tercer capítulo, titulado “Crónica cultural”, hemos centrado nuestra atención en una serie de problemáticas que recorren ambos libros. Por un lado, la relación entre comunidad, nación y suicidio. Hemos puesto de relieve que el vacío ya no es meramente topográfico sino que manifiesta una ausencia de sentido de la identidad de las comunidades locales en relación al proyecto de la nación concebido como “comunidad imaginada”. La dificultad de imaginarse para sí un lugar en el proyecto nacional del período democrático engendra diversas respuestas que se manifiestan en los testimonios y las decisiones extremas de los personajes. La dicotomía “civilización y barbarie” se refuerza con la violencia del suicidio como respuesta al aislamiento. Las cronistas oponen a eso una estrategia de representación y creación de comunidad a través del relato. La activación del tópico “civilización y barbarie” se manifiesta de dos modos: el primero, donde se problematizan los ejes comunidad/aislamiento, humanidad/animalidad, cultura/naturaleza. El segundo, donde la dicotomía se encarna en otras problemáticas como el canibalismo y el colonialismo. Expresada como excluyente o incluyente, la dicotomía se retoma como parte de una tradición con la que dialogan ambos textos. En el caso de *Falsa calma*, se la piensa finalmente como integración de dos polos que actúan dialécticamente en los mismos sujetos, en el territorio, en la sociedad. En el capítulo cuatro, la referencia a los casos del carnicero de Milwaukee o “el caníbal de Rotenburgo” supone, en definitiva, un recurso que permite identificar la barbarie en el seno de la sociedad “civilizada”, no solo por la emergencia de una forma criminal semejante al interior de la cultura occidental sino también por la motivación que empuja a ambos sujetos a la antropofagia: el deseo de lograr la integración extrema de la alteridad en su propio cuerpo. El relato contribuye a

reconocer que la barbarie está en la civilización. La figura de Calibán también le permite a la cronista expresar que el tópico de la barbarie representa la vigencia de la mirada imperialista en los modelos neoliberales. En ese capítulo, Cristoff integra tres tramas de naturaleza ontológica diferente: el relato verídico ajeno, el relato verídico propio de la cronista y la ficción ajena. Todas, de algún modo, están hablando de lo mismo, como una estructura mítica que transita las distintas culturas y se reviste de distintos ropajes. En el capítulo cuatro, donde Cristoff atiende a una forma de comunidad canina, la oposición entre lo humano y lo animal se mantiene a la vez que se diluye bajo la categoría más amplia de lo “viviente”, que también se manifiesta en la selección léxica con la que Guerriero se refiere al “bicho humano”. Así, la dicotomía se desliza de sus versiones políticas tradicionales para revelar su costado biopolítico.

Ya situados en la perspectiva de la sociología de la cultura, el análisis *Los suicidas del fin del mundo* pone en evidencia la representación del conflicto social tras el fracaso de las privatizaciones y las formas de organización comunitaria para afrontar las consecuencias de esos procesos. En *Falsa calma*, por el contrario, esos mismos fenómenos sociales son analizados a partir de la experiencia del aislamiento y la comunidad en el personaje de Federico, figura central del capítulo ocho, que expresa las formas en que las condiciones materiales configuran su propia subjetividad y su relación con el adentro y el afuera. La teoría cultural de Raymond Williams brinda herramientas para pensar la cultura sin restringirla al campo de las ideas y concebirla como una fuerza productiva, presente también en los recursos energéticos, los medios de producción y las modalidades extractivistas. El punto de vista de Federico representa al aislamiento como resultado de sus condiciones de trabajo. Del mismo modo, muchos personajes de *Los suicidas* experimentan fuertes tensiones con respecto a las formas de vida posibles dadas las condiciones materiales y el sistema de valores hegemónico en las comunidades locales. En *Falsa calma*, cuando el proceso social organizado por una ideología dominante en tensión con aspectos residuales y emergentes se experimenta a partir de prácticas culturales (en las que se insertan aspectos tan diversos como la constitución familiar, la prostitución, el trabajo petrolero, las actividades religiosas y el uso de las distintas lenguas), el cuestionamiento a la hegemonía procede por vías muy variadas como la determinación a un proyecto de vida alternativo a través del estudio, la docencia, la música, la enseñanza del hilado, la reivindicación de la identidad aborígen, la lucha por la igualdad de género e incluso los rituales esotéricos. La crónica misma, como práctica cultural, es una respuesta posible, emergente y disidente, frente a la abulia que el texto mismo relata.

Con respecto a nuestro cuarto capítulo, “El documento disperso”, podemos afirmar que ante el vacío documental y la constatación de la existencia de fuentes escritas que dan cuenta de las historias de estos pueblos de manera parcial e inexplorada –como otra forma de terra incógnita- las cronistas optan por distintos caminos. En ambos casos el recurso al testimonio y a la construcción

de personajes a partir de los testimoniantes es una operación fundamental. A eso se agregan otras estrategias: mientras Guerriero recurre a los archivos personales (sin por eso eludir la prensa y los datos que a duras penas encuentra en registros de censos), Cristoff reconoce ese vacío como un elemento productivo que le permite explorar analogías entre las tramas que construye en su viaje y los intertextos a los que recurre en la mayoría de los episodios de *Falsa calma*. La ficción también contribuye a producir sentido sobre ese vacío cuando la autora opta por cerrar la historia del comisario Torino con un documento ficticio.

En el texto de Cristoff, casi todos los capítulos juegan con una estructura aparentemente digresiva que finalmente no lo es tanto, pues esas digresiones acaban por unir una red de sentidos subyacentes a las tramas. Es la cronista la encargada de navegar entre relatos de diversos estatus en relación con la verdad (ficticios, reales, documentados, testimoniados o de dudosa condición) para finalmente construir esa red de tramas de las que emerge un sentido. En ocasiones, ese sentido está asociado a distintas formas de alteridad que la cronista aprovecha para hacer surgir una analogía entre el trabajo del cronista -de investigación, de indagación, de observación minuciosa- con las figuras de alteridad que recoge o construye en sus historias. Y esa reflexión opera, a su vez, como una reflexión metadiscursiva sobre las características de la crónica como género. El intertexto de Antoine de Saint-Exupéry habla de la dificultad de hacer de la experiencia un relato, un desafío que se refiere también a la voz del cronista. La figura del caníbal ofrece un tópico para explorar los caminos extremos de fundirse con la alteridad, pues el testimonio deviene alimento del cronista-caníbal. La adivina de Las Heras expresa la creencia en la capacidad de “la secta de los siete” de escrutar la mente ajena, como el cronista con sus testimoniantes. Así, Cristoff toma el problema central de sus tramas, elabora a partir de él una metáfora que lo representa y, finalmente, alude, mediante ese tropo, a su labor como cronista. La autora desglosa las ficciones literarias y cinematográficas que le permiten dar inteligibilidad a las historias y las articula con todas las formas de alteridad que encuentra: los testimonios, los documentos, la extranjería, lo nativo, el paisaje. Su mirada de la topografía, como hemos visto, adquiere otra escala e incorpora el espacio aéreo como “territorio” de soberanía, experiencia e intertextos. Al igual que Guerriero, presta una atención a los documentos y en el proceso de convertirlos en archivos a través del relato. Guerriero hace del viento una forma de alteridad que acompaña cada testimonio, adecuándose al clima que cada historia reclama para sí.

Para representar las distintas formas de alteridad y comunidad, las dos obras integran a su propia maquinaria todos aquellos elementos que se presentan como ajenos a la voz de la cronista: el territorio, el testimonio, el paisaje, el documento y el intertexto. La capacidad de integrar no es solo una virtud del texto como objeto cuyo atributo principal es la cohesión, sino que también es el andamiaje de estas crónicas que integran “lo otro” como forma de construir comunidad. Si a finales

del siglo XIX el Estado había cooptado el territorio para consolidar su proyecto liberal y su economía agroexportadora, a finales del siglo XX lo abandona o modula su relación con él en función de intereses particulares. Tanto las comunidades como los documentos sufren la falta de políticas públicas o la intervención estatal para el beneficio privado. Ambas autoras dan cuenta de estas problemáticas.

Estas conclusiones han sido el resultado de un trabajo intenso y sistemático, focalizado en dos obras particulares. Pero como hemos planteado previamente en la introducción, existe una amplia diversidad de textos de no ficción donde el territorio, la comunidad y todas las disputas culturales que en ella se dirimen son temáticas vertebrales. En el futuro, esperamos continuar con este trabajo de análisis a través de dos caminos: por un lado, la ampliación del corpus sobre la crónica argentina y latinoamericana en las primeras décadas del siglo XXI. Por otro, la revisión de los textos que hemos analizado a partir de otros ángulos y perspectivas.

6. Bibliografía

Textos primarios

- Cristoff, M. S. (2005). *Falsa calma. Un recorrido por pueblos fantasma de la Patagonia*. Barcelona: Alpha Decay, 2014.
- Guerriero, L. (2005). *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico*. Buenos Aires: Tusquets, 2015.

Bibliografía extendida de las autoras

- Cristoff, M. S. (comp.) (2000). *Acento extranjero. Dieciocho relatos de viajeros en Argentina*. Buenos Aires: Random House.
- (2006). *Desubicados*. Santiago de Chile: Libros del Laurel.
- (Comp.) (2009). *Pasaje a Oriente. Narrativa de viajes de escritores argentinos*. Argentina, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2010). *Bajo influencia*. Buenos Aires: Edhasa.
- (2014). *Inclúyanme afuera*. Buenos Aires: Mardulce.
- (2014). Prólogo a la presente edición. La no ficción hoy: una alternativa. En *Falsa calma. Un recorrido por pueblos fantasma de la Patagonia*. Buenos Aires: Planeta.
- (2017). *Mal de época*. Buenos Aires: Mardulce.
- Guerriero, L. (2009). *Frutos extraños*. Buenos Aires: Alfaguara.
- (Ed.) (2008). *Voltios. La crisis energética y la deuda eléctrica*. Buenos Aires: Planeta.
- (2011). *Los malditos*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- (2013). *Plano americano, 21 perfiles de artistas publicados originalmente en diversos medios*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- (2013). *Una historia sencilla*. Barcelona: Anagrama.
- (2015). *Zona de obras*. Buenos Aires: Anagrama.
- (2019). *Opus Gelber. Retrato de un pianista*. Buenos Aires: Anagrama.

Bibliografía general

- Alarcón, C. (2003). *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*. Buenos Aires: Aguilar.
- (2010). *Si me querés, quereme transa*. Buenos Aires: Norma.
- Aliata, F. & Silvestri, G. (1994). *El paisaje en el arte y las ciencias humanas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Almada, S. (2018). *Chicas muertas*. Buenos Aires: Random House.
- Anderman, J. (2000). *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Anderson, B. (2003 [1983]). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Anheim, É. & Poncet, O. (2004). Fabrique des archives. Fabriques de l'histoire. *Revue de Synthèse*, 5, pp. 1-14.
- Auyero, J. & Grimson, A. (1997). 'Se dice de mí...' Notas sobre la confusión entre etnógrafos y periodistas. En *Apuntes de Investigación del CECYP*, 1, Recuperado de <http://www.apuntescecyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/699> .

- Bachelard, G. (1983). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Badenes, D. (Comp.) (2017). *Editar sin patrón. La experiencia política-profesional de las revistas culturales independientes*. La Plata: Club-Hem.
- Bajtin, M. (1985 [1979]). El problema de los géneros discursivos. En *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Balibar, É. (1998). Racisme et nationalisme. En Balibar, Étienne & Wallerstein, Immanuel (1998). *Race. Nation. Classe. Les identités ambiguës*. Paris: Edit. La Découverte, pp. 54-92.
- Bartolomé, M. A. (2004). Los pobladores del ‘desierto’. Genocidio, etnocidio y etnogénesis en la Argentina. *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, 10, Les Cahiers ALHIM.
- Benjamin, W. (1989). Tesis de filosofía de la historia. En *Discursos interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.
- Bernabé, M. (2006). Prólogo. En Cristoff, M. S. (comp.). *Idea crónica. Literatura de no ficción iberoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Bianchini, F. (2016). *Antártida. 25 días encerrado en el hielo*. Buenos Aires: Tusquets.
- Bhabha, H. K. (1990). Introducción: narrar la nación. En Bhabha, H. K. (comp.) *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2010.
- (2002 [1994]). Diseminación. El tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna. En *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Blanchot, M. (2005 [1959]). *El libro por venir*. Madrid: Trotta, 2005.
- Bloomfield, C. & Zenetti, M. J. (2012). Écrire avec le document : quels enjeux pour la recherche et la création littéraire contemporaine ? *Littérature*, 166. Recuperado de : https://www.fabula.org/actualites/litterature-n-166-usages-du-document-en-litterature_51981.php
- Brown, M. F. (2010). Relativismo cultural 2.0. En Cruces Villalobos, F. & Pérez Galán, B. (comp.). *Textos de la antropología contemporánea*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Bonano, M. (2014). Tendencias del periodismo narrativo actual. Las nuevas formas de contar historias en revistas y cronistas latinoamericanos de hoy. *Questión. Revista especializada en Periodismo y Comunicación*. 1, (43), 40-50. Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/2241>
- Bragagnini, D. (2016). *Las fuentes periodísticas como personajes literarios y el narrador en las crónicas de Leila Guerriero, Martín Caparrós y Juan Villoro*. Tesis de Maestría. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Burke, E. (1998). *A Philosophical Enquiry into the Origins of our Ideas of the Sublime and Beautiful and Other Pre-Revolutionary Writings*. London: Penguin. Second Part.
- Caparrós, M. (2007). Por la Crónica. En *Paneles y Ponencias IV Congreso Iberoamericano de la Lengua Española*. Cartagena, Colombia. Recuperado de http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparros_martin.htm.
- Carmona Jiménez, J. (2010). Periodismo y Antropología: Ficción y Lealtad. *Revista RE – Presentaciones: Periodismo Comunicación y Sociedad*, 3, (6), 11-41.
- Carrión, J. (2012). Prólogo: Mejor que real. En *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. Barcelona: Anagrama.
- Chevrier J. F. & Roussin, P. (2001). Présentation. *Communications*, (71), pp. 5-11. Recuperado de: https://www.persee.fr/doc/comm_0588-8018_2001_num_71_1_2077
- Chillon, A. (2001). El giro lingüístico en periodismo y su incidencia en la comunicación

- periodística. *Cuadernos de Información*, (14), 24-47. Recuperado de <https://cuadernos.info/index.php/CDI/article/view/180>.
- Cuche, D. (1966). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.
- Darwin, Ch. (1997). *Diario de viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: El elefante blanco.
- Derrida, J. (1980). La loi de genre. *Critical Inquiry*, 7, (1), pp. 55-81.
- De Mello, Luciana (2011). Arte va. En *Página/12*. Domingo 6 de febrero de 2011. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4158-2011-02-09.html>.
- Durkheim, É. (1985 [1897]). *El suicidio*. Madrid: Akal.
- (1960 [1912]). *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. Paris: Alcan.
- Durkheim, É. & Mauss, M. (1913). Note sur la notion de civilisation. *L'année sociologique*, XII, 46-50.
- Eagleton, T. (2004 [1988]). *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Enrique, L. A. (2015). Paisajes coloniales en las fuentes escritas: una propuesta para repensarlos mediante la idea de 'nodos territoriales'. Jensen, S., Pasquaré, A, Di Gresia, L. A. (eds.) *Fuentes y archivos para una nueva historia socio-cultural*. Bahía Blanca: Hemisferio Derecho.
- Enríquez, M. (2013). *Alguien camina sobre tu tumba. Crónicas de mis viajes a cementerios*. Buenos Aires: Galerna.
- (2013). Silban las balas. En *Página/12*, 28 de septiembre de 2003. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-754-2003-09-28.html>.
- Farge, A. (1989). *The Allure of the Archives*. Yale University Press, 2013.
- (2002). Penser et définir l'événement en histoire. Approche des situations et des acteurs sociaux. *Revue Terrain*, 38, 67-78.
- Fernández Retamar, R. (1971). Calibán. *Casa de las Américas*, 68, septiembre-octubre de 1971.
- Foucault, M. (1984). De los espacios otros. *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5. Recuperado de http://yoochel.org/wp-content/uploads/2011/03/foucalt_de-los-espacios-otros.pdf.
- Friedlander, S. (comp.) (2007). *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Geertz, C. (1987). *La Interpretación de las Culturas*. México: Gedisa.
- (1988). *The Anthropologist as Author*. Stanford: Stanford University Press , pp. 9-20.
- Gellner, E. (1964). *Thought and Change*. Londres : Weidenfeld and Nicholson.
- (1983). *Naciones y nacionalismo*. Madrid, Alianza, 2001.
- Genette, G. (1988 [1979]). Géneros, tipos, modos. En Garrido Gallardo, M.A. (comp.) *Teoría de los géneros*. Madrid: Arco/Libros.
- (1981). *Palimpsesto*. Madrid: Taurus.
- (1987 [2001]). *Umbrales*. México: Siglo XXI.
- Giménez, Gilberto (1996). "Territorio y cultura". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, Época II*, II (4), 9-30. México: Universidad de Colima.
- Gornitzky, C. (2017). El periodismo narrativo en las revistas culturales. En Badenes, D. (comp.), *Editar sin patrón. La experiencia política-profesional de las revistas culturales independientes*, La Plata: Club-Hem.
- Halperín Donghi, T. (1982). *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Centro Editor de

América Latina.

- Herrscher, R. (2009). *Los viajes de Penélope. Las tres vidas de un velero legendario. De la exploración patagónica a la Guerra de Malvinas*. Barcelona: Tusquets.
- (2016). *Periodismo narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*. Buenos Aires: Marea.
- Humboldt, A. V. (1961). *Cuadros de naturaleza*. Barcelona: Iberia.
- Igal, Diego. Todos los misterios de la carta de Walsh. *Revista Anfibia*, s/f. Recuperado de: <http://www.revistaanfibia.com/cronica/todos-los-misterios-la-carta-walsh/>
- Jaramillo Agudelo, D. (2012). Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno. En Jaramillo Agudelo, D. (ed.) *Antología de la crónica latinoamericana actual*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Jauretche, A. (1968). *Manual de zoncetas argentinas*. Buenos Aires: A. Peña Lillo Editor, 1973.
- Lévi-Strauss, C. (1955). *Tristes tropiques*. Paris: Plon
- (1958). *Anthropologie structurale*. Paris: Plon.
- Licitra, J. (2014). *El agua mala. Crónica de Epecuén y las casas hundidas*. Buenos Aires: Aguilar.
- Louis, A. (2013). Notas acerca de una posible articulación entre epistemológica entre los estudios literarios con las ciencias humanas y sociales. *Ex-libris. Revista del Departamento de Letras*, 2, 210-220.
- (2018). Before the Archives. From Personal Intellectual Workspaces to Archival Opening. *Poetique des archives*. Recuperado de: <https://poetiquedesarchives.wordpress.com/2018/09/21/annick-louis-before-the-archives-from-personal-intellectual-workspace-to-archival-opening-2/>.
- Ludmer, J. (2009). Literaturas Postautónomas 2.0. *Propuesta Educativa*, 32, 42-45. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/4030/403041704005.pdf>
- Malinowski, B. (1973). Introducción, objeto, método y finalidad de esta investigación. En *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona, Península, pp. 19-42.
- Martínez Estrada, E. (2001 [1940]). *La cabeza de Goliath*. Buenos Aires: Losada, 2001.
- Mauss, M. (1930). Les civilisations, éléments et formes. Febvre, L. et al. *Civilisation, le mot et l'idée*. Paris: La Renaissance du livre.
- Mignolo, W. (1982). Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista. En Íñigo Madrigal, Luis (coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid, Cátedra.
- Montes, A. (2014). *Políticas y estéticas de representación de la experiencia urbana en la crónica contemporánea*. Buenos Aires: Corregidor.
- Peker, L. (2017). *La revolución de las mujeres*. Buenos Aires: Eduvim.
- Penhos, M. (2005). *Ver, dominar, conocer. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Prenz, M (2015). *Gigantes. La guerra de los dinosaurios en la Patagonia*. Buenos Aires: Tusquets.
- Prieto, A. (1996). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rancière, J. (2008). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial, 2010.
- Renan, E. (2010 [1882]). ¿Qué es una nación? En Bhabha, Homi K. (comp.) *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Rest, J. (1979). *Conceptos fundamentales de la literatura moderna*. Buenos Aires: CEAL.
- Ricoeur, P. (2013 [2000]). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura

Económica.

- Rodríguez, F. (2010). *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna cadencia.
- Rodríguez Pésico, A. (2017). *Los unos y los otros. Comunidad y alteridad en la literatura latinoamericana*. Buenos Aires: Edivim.
- Rotker, S. (1995). *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ryan, M. L. (1988). Hacia una teoría de la competencia genérica. En Garrido Gallardo, M.A. (comp.). *Teoría de los géneros literarios*. Madrid: Arco/Libros
- Sabaté Llobera, N. (2013). La región silenciada. Una mirada a la Patagonia argentina a través de *Los suicidas del fin del mundo* de Leila Guerriero. En: Forero Quintero, G. (comp.) *Novela negra y otros crímenes. La visión de escritores y críticos*. Bogotá: Planeta.
- Salazar, J. (2005). La crónica, una estética de la transgresión. *Razón y palabra. Primera revista electrónica en América Latina*, 47, Recuperado de <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n47/jsalazar.html>
- Samoyault, T. (2012). Du gout de l'archive au souci du document, *Littérature*, 166, 3-6. Recuperado de: https://www.fabula.org/actualites/litterature-n-166-usages-du-document-en-litterature_51981.php
- Sarmiento, D. F. (1952). *Facundo. Civilización y barbarie*. Buenos Aires: El Ateneo.
- (1953). *Conflictos y armonías de las razas en América Latina, Vol. 2, Obras completas, Tomos XXXVII y XXXVIII*, Buenos Aires: Editorial Luz del Día.
- Sarlo, B. (2007). *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Scalabrini Ortiz, R. (2001 [1940]). *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Schaeffer, J. M. (1988 [1985]). Del texto al género. Notas sobre la problemática genérica. En Garrido Gallardo, M. A. (comp.). *Teoría de los géneros literarios*. Madrid: Arco Libros, 1988.
- (2001). Les genres littéraires d'hier à aujourd'hui. En *L'éclatement au genres au XXe siècle. Actes du Colloque de Paris III Sorbonne-Nouvelle Paris*, Presses Universitaires de la Sorbonne Nouvelle.
- (2011). *Petite écologie des études littéraires. Pourquoi et comment étudier la littérature?* Paris: Éditions Marchaisse.
- Schlögel, K. (2007). *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*. Madrid: Siruela.
- Smith, A. (1995). "¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones". En Fernández Bravo, A. (ed.) (2000). *La invención de la nación. Lecturas de la nación de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires, Manantial.
- Sosa Velásquez, M. (2012). *¿Cómo entender el territorio?* Guatemala: Cara Parens.
- Stratta, I. (1995). La imaginación espacial en Radiografía de La Pampa. *II Congreso Internacional sobre la obra de Ezequiel Martínez Estrada*, s/d.
- Svampa, M. (2005). El devenir de las organizaciones piqueteras en Argentina. *Mouvements et pouvoirs de gauches en Amérique Latine*, Alternatives Sud, Centre Tricontinental et Editions Syllepse, 2 (12). Recuperado de <http://www.maristellavampa.net/archivos/ensayo01.pdf>
- (2010, mayo). *Civilización y barbarie: de "dispositivo de legitimación" a "gran relato"*. Trabajo presentado en Seminario de Mayo "200 años de historia argentina. El difícil proceso

- de construcción de una nación”, Centro Haroldo Conti, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://maristellavampa.net/archivos/ensayo48.pdf>.
- y Viale, E. (2014). *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz.
- Tejero Yosovitch, Yael Natalia (2019). Dialogo con María Sonia Cristoff. En prensa.
- Todorov, Tzvetan (1978). *Los géneros del discurso*. Caracas: Monte Ávila, 1996.
- Vior, E. J. (2000). Visiones de Calibán, visiones de América. *CUYO. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*. 17, 89-103. Recuperado de: http://m.bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/1009/viorcuyo17.pdf
- White, H. (1973). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós.
- (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Prometeo, Buenos Aires, 2010.
- Williams, R. (1977). *Marxismo y Literatura*. Buenos Aires: Las cuarenta, 2009.
- Villoro, J. (2006). La crónica, ornitorrinco de la prosa. *La Nación*, 22 de enero de 2006. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>.
- Viñas, D. (1979). *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2013.
- Wolf, T. (1973). *El nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- Yanes Mesa, R. (2010). La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación. *Espéculo, Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de: <http://webs.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>